

ALABANZAS / ANTOLOGÍA / JUAN ANTONIO CORRETTJER

JUAN ANTONIO CORRETTJER

ALABANZAS antología



Edición: Emilio Hernández Valdés
Diseño y cubierta: Héctor Villaverde
Emplane computadorizado: Vani Pedraza García
Composición: Aníbal Cersa García

© Sobre la presente edición:
Ediciones La Memoria
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2000

ISBN: 959-7135-05-1

Ediciones La Memoria
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Calle de la Muralla Nº 63, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba
Apartado 17012, Habana 17 C.P. 11700, Ciudad de La Habana
Correo electrónico: vcasaus@colombus.cu vcasaus@artsoft.cult.cu

C E N T R O C U L T U R A L



P A B L O
de la Torriente Brau

Prólogo

Juan Antonio Corretjer Montes (1908-1985)

Juan Antonio Corretjer, hombre de inquebrantable compromiso con la lucha nacional por la independencia y el socialismo, es una personalidad destacada de la literatura puertorriqueña.

En la figura literaria y patriótica de Corretjer, Puerto Rico tiene a uno de sus hijos más ilustres. Hombre y poesía se entrelazan: su vida puede trazarse a través de su obra poética, centrada en la exaltación de su tierra y la independencia patria.

Obra poética

En la evolución de su poesía se aprecian tres etapas:

1. Criollista. *Escribe poesía lírica de fuerte matiz romántico con elementos del folklore y del mundo taíno.*
2. Neocriollista. *Su poesía es una afirmación de la identidad, la tierra y su gente; su gente como escenario del hombre en sociedad.*
3. De agitación política. *Esta etapa se nutre de una poesía agresiva y comprometida con la situación sociopolítica del país. Es una poesía de denuncia y de combate.*

Corretjer, además de poeta fue ensayista, periodista y cuentista.

Nacimiento y primeros años

Juan Antonio Corretjer Montes nació en Ciales el día 3 de marzo de 1908. Hijo de don Diego Corretjer Hernández y doña María Brígida Montes González. Según narrara en varias ocasiones, el seno de su hogar fue una escuela de amor a la patria. Sus canciones de cuna fueron los versos de José Martí y los cánticos épicos alusivos a la gesta de Juan Rius Rivera, Máximo Gómez y Antonio Maceo en Cuba. De labios de sus familiares escuchó la épica patriótica de la insurrección cialeña cuando el 13 de agosto de 1898 más de seiscientos campesinos declararon a viva voz la independencia de Puerto Rico.

En la dirección de ese levantamiento estuvieron involucrados su abuelo Juan Montes Núñez y su tío Ramón Montes. Esta tradición de lucha explica por qué Juan Antonio Corretjer, siendo aún un niño, encabezaba las manifestaciones de jóvenes que daban gritos de ¡Viva Puerto Rico Libre! y ¡Viva la Independencia de Puerto Rico! en las manifestaciones públicas del Partido Unión de Puerto Rico.

Cuando cursaba el octavo grado organizó la primera protesta estudiantil contra las autoridades norteamericanas en su pueblo. Como resultado de esta acción fue expulsado de las escuelas de Ciales. Las autoridades escolares determinaron que sus estudios tenían que realizarse en la población de Vega Baja. De regreso a Ciales ingresa en la Juventud Nacionalista, anteriormente conocida como la Sociedad Literaria José Gautier Benítez. Desde los 16 años de edad, Corretjer dedicará su vida sin interrupción a la lucha por la independencia de Puerto Rico.

El poeta

Su primer poema lo escribe a la edad de 12 años, y lo titula «Canto a Ciales». Esta loa a su pueblo es el inicio de una gran obra literaria que se extiende por espacio de sesenta y cinco años. Su más antiguo poema existente es el soneto «De otoño», que data de 1924. Sus primeros versos publicados se remontan a 1925, en que aparecen en revistas como Puerto Rico Ilustrado.

En 1926 trabaja afanosamente con los círculos literarios de San Juan. Algunos de ellos ya están influenciados por el marxismo. Publica para entonces su primer artículo marxista en la prestigiosa revista peruana Boletín Titicaca. A partir de 1927 su poesía es una lírica que posee tanto la influencia nacionalista como la marxista en interesante síntesis. En su «Canción multitudinaria», de 1928, ya apreciamos su compromiso ideológico con el socialismo.

Por entonces decide marcharse a Nueva York, donde se integra a La Liga Antimperialista de las Américas, que era un frente de la Tercera Internacional. En esta organización participa destacadamente en las protestas contra la intervención de Estados Unidos en Nicaragua y Haití. Por otro lado, aprovecha su estadía en Nueva York para trabajar con el Frente Sandinista con el propósito de conseguir armas para Sandino y de allegar simpatías y apoyo a la causa de la independencia de Puerto Rico. Esta organización condena enérgicamente la secuela de intervenciones militares norteamericanas en Latinoamérica, especialmente en Nicaragua, y respalda en la clandestinidad a los que luchan contra ellas. El trabajo de Corretjer en dicho frente le ocasiona su primer arresto.

Durante su estadía en Nueva York se integra a trabajar con el grupo de intelectuales que posteriormente se conocerá como la Generación del Treinta. Desde la urbe neoyorquina enviará trabajos que publica en la recién creada Revista Índice. En esta revista colabora junto a Antonio S. Pedreira, Vicente Géigel Polanco, Samuel R. Quiñones, A. Collazo Martell y otros destacados escritores. El primer poema que publica en esta revista, el 13 de agosto de 1929, lo tituló «Regresemos a la montaña», un profético cántico de guerra a la gran jornada albizuista que se aproxima.

Ingreso al nacionalismo revolucionario

Ese mismo año, debido a que su madre estaba gravemente enferma, Corretjer se ve obligado a regresar a Puerto Rico. Poco después, en enero de 1930, también retorna don Pedro Albizu Campos, luego de finalizar una exitosa campaña de apoyo a la independencia de la Isla en varios países latinoamericanos. En esos años Albizu se vislumbra como el líder máximo del nacionalismo.

Corretjer escribe en la prensa un artículo titulado «El regreso del peregrino», que llama la atención de Albizu Campos y pide a sus allegados que busquen al firmante de dicho artículo, pues quiere conocerlo. Una vez que se produce esta reunión Corretjer se une de inmediato a trabajar con el Partido Nacionalista de Puerto Rico como su secretario administrador.

En 1932 Juan Antonio Corretjer participa, junto a Pedro Albizu Campos, en la protesta popular que ataca el Capitolio insular para impedir la aprobación de un proyecto de ley que intentaba oficializar el uso de la bandera de Puerto Rico —enseña de las luchas libertarias desde 1892— como bandera de la colonia. En la protesta cae el primer héroe de la jornada del treinta, el joven Ángel Manuel Suárez Díaz. A pesar de que sus tareas políticas de organización fueron su prioridad, Corretjer realiza labores de periodismo revolucionario editando La Palabra, órgano oficial del Partido Nacionalista, y escribe diversos ensayos y cuentos.

Ese mismo año, Corretjer publica su primer cuaderno de versos titulado Agueybana, que dedica «al Maestro Pedro Albizu Campos con admiración y cariño». En su poema «Motín» da cuenta de los sucesos del 32. En su poemario Agueybana ya Corretjer se va proyectando como el poeta épico de Puerto Rico, lo que queda totalmente plasmado en su famosa «Alabanza en la torre de Ciales». Por otro lado, va desarrollándose como el poeta de temas afroindígenas y criollos que trasciende la lírica de estampas folklóricas.

En 1933 Corretjer publica su poemario Ulises, que identifica como «versos al mar de un hombre de tierra adentro». En el plano político se convierte en embajador de la causa

puertorriqueña en las Antillas. Representa al Partido Nacionalista en la República Dominicana y Haití, lugares que visita para continuar el peregrinaje de Albizu. Esta labor la inicia después de acompañar a Albizu en la dirección de las grandes huelgas de los trabajadores de la caña en 1934.

Cuba

A principios de 1935 viaja a Cuba con el propósito de buscar apoyo hacia la causa de su patria aún irredenta. Durante su estadía en Cuba colaboró con el grupo revolucionario que dirigía Antonio Guiteras contra el régimen de Batista. Al estallar la huelga general en marzo de 1935 —de carácter antimperialista—, inmediatamente Estados Unidos amenaza con invadir a Cuba. Ante esta situación Corretjer contesta el reto por una estación de radio declarando que el pueblo cubano lo recibiría con las armas en la mano. Esta declaración pública motivó su encarcelamiento en el famoso Castillo del Príncipe.

Durante su estadía en Cuba tuvo la oportunidad de conocer a figuras como Juan Marinello, con quien compartió la prisión, Pablo de la Torriente Brau y Blas Roca, dirigente del Partido comunista cubano.

Regreso a la lucha en Puerto Rico y la cárcel

En octubre de 1935 ocurre la Masacre de Río Piedras. Un día después de los hechos Corretjer es nombrado Secretario General del Partido Nacionalista.

En 1936 es encarcelado nuevamente al negarse a entregar a las autoridades norteamericanas el libro de actas del Partido Nacionalista. Por este alegado desacato, es condenado a un año de cárcel. Estando encarcelado en La Princesa se le acusa de «conspirar para derrocar el gobierno de Estados Unidos en Puerto Rico». En este histórico «juicio», un jurado compuesto por puertorriqueños declara inocentes a Albizu, Corretjer y sus otros compañeros. Inmediatamente el gobierno de Estados Unidos, violando sus propios estatutos jurídicos, reúne un segundo jurado donde los norteamericanos superan numéricamente a los puertorriqueños y los declaran culpables. De esta forma, el alto liderato del Partido Nacionalista es exiliado en el presidio de Atlanta, Georgia, al que fueron enviados en junio de 1937. Estuvo en la prisión de Atlanta desde el 7 de junio de 1937 hasta el 4 de junio de 1942.

Después de su excarcelación, el imperialismo yanqui lo mantiene desterrado en Nueva York; no se le permite cambiar de domicilio y menos regresar a Puerto Rico.

Excarcelación y exilio

Entre 1929 y 1937 Corretjer publicó cinco relatos. Años después, entre febrero de 1943 y octubre de 1944, publicó cuarenta narraciones en la sección «Cuento Semanal» del periódico Pueblos Hispanos, que inicia su publicación en 1943 en Nueva York bajo su dirección. Pueblos Hispanos se convierte en el órgano más importante de la expresión y la lucha de todos los grupos hispanos durante la guerra. Consuelo Lee Tapia, su inseparable compañera de lucha, trabaja como administradora del periódico durante los dos años que se estuvo publicando.

En 1937 había dado a conocer sus obras Amor a Puerto Rico y Cántico de guerra, en los momentos en que se enfrentaba al cruel proceso de la cárcel y el exilio.

Entre los años 1942 y 1946 Corretjer labora en actividades políticas y literarias en Nueva York y Cuba, a donde viaja antes de regresar a Puerto Rico. Trabaja arduamente en la creación de una pieza épica sobre la gesta del Grito de Lares, que finalmente queda plasmada en su magistral obra El Leñero, que publica en 1944, con la que obtiene el Premio de Poesía del Instituto de Literatura Puertorriqueña. Escribe también en el periódico Hoy, en Cuba, publicación comunista donde también colaboraba Juan Marinello.

Regreso

Después de diez largos años de ausencia, Juan Antonio Corretjer regresa a su patria. Junto con su compañera, Consuelo, ingresa en el Partido Comunista. Posteriormente, en marzo de 1948, ambos son expulsados del Partido por impulsar la vía revolucionaria y abogar por la revolución armada.

En ese mismo año participan en la organización de la Escuela Betances, donde desarrollan sistemas de alfabetización para el pueblo apoyados por la organización Unión del Pueblo.

Entre 1948 y 1952 Juan Antonio Corretjer continúa su labor política y literaria en distintos niveles. Se destaca escribiendo ensayos de carácter político y poemas combativos, mientras se mantiene trabajando en la Unión del Pueblo Pro-Constituyente, organización abiertamente antimperialista.

En estos últimos años de la década de 1940 también produce una serie de trabajos en prosa, entre los que se destacan: El buen borincano (1945), Lloréns: juicio histórico (1946), Nuestra bandera (1947), La Revolución de Lares (1947) y La lucha por la independencia de Puerto Rico (1949).

Al estallar la revuelta nacionalista, en 1950, es arrestado y acusado de incitar al motín. Posteriormente lo encarcelan de nuevo y cumple seis meses de prisión. De este proceso son sus obras Los primeros años (1950) y Tierra nativa (1951). En 1950 escribe Alabanza en la torre de Ciales, que publica en 1953.

Entre los años 1953 y 1960 publica sus obras Contestación al miedo (1954), Don Diego en El Cariño (1956), Yerba bruja (1957) y Distancias (1957).

Corretjer colabora estrechamente con el Movimiento 26 de Julio hasta el triunfo de la Revolución cubana. Viaja a Cuba en 1959 y allí nace su amistad con Ernesto Che Guevara. Desde Cuba parte a Centro y Sur América a buscar apoyo para la causa de la independencia de Puerto Rico. En Venezuela participa en el Segundo Congreso Pro Libertad y Democracia. Su peregrinaje le permitió iniciar amistad con la intelectualidad más prestigiosa de América Latina, incluyendo a Rómulo Gallegos.

Para esta fecha Corretjer ejecuta tareas antimperialistas en América Latina junto a Salvador Allende, de Chile; Ricardo Alarcón, de Cuba; Jovito Villalba y José Herrera Oropeza, de Venezuela; Cheddi Jagan, de Guyana, y otros destacados líderes.

Al regresar a Puerto Rico apoya la creación del Movimiento Pro Independencia y en su seno defiende la huelga electoral como arma de lucha política.

En 1961 Corretjer publica su obra Genio y figura. Desde ese año estará viajando a las Naciones Unidas para participar en las deliberaciones sobre el caso colonial de Puerto Rico. Entre 1961 y 1963 participará como portavoz de Acción Patriótica Unitaria en esta gestión internacional.

En 1962 se hallaba en México y poco antes de la llegada del presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, John F. Kennedy, fue arrestado y más tarde deportado.

De regreso a su país, organizó la Liga Socialista Puertorriqueña y continuó militando en comités contra el Servicio Militar Obligatorio impuesto por Estados Unidos en Puerto Rico, contra la usurpación de las tierras viequenses en poder de la Marina de Guerra Norteamericana, contra la explotación minera y contra el plebiscito colonial efectuado en 1967.

En 1963 publica su obra Futuro sin falla y Albizu Campos hombre histórico en 1966. Un año después publica Pausa para el amor.

En 1968 es acusado, junto con su compañera Consuelo Lee Tapia y otros militantes de la Liga Socialista, por cargos de conspiración. En 1969 nuevamente son procesados por las mismas razones. En junio de 1971 Corretjer y doña Consuelo fueron encarcelados junto a otros miembros de la Liga Socialista por la acusación que obraba contra ellos desde 1969.

En 1970 publicó el ensayo histórico La Historia que gritó en Lares y el poemario Canciones de Consuelo que son canciones de protesta. Posteriormente, entre 1972 y 1976, da a conocer los textos poéticos Construcción del Sur, Aguinaldo escarlata, Para que los pueblos canten, Día

antes y La noche de San Pedro. En 1977 publica Paso a Venezuela. Un año después el Instituto de Cultura Puertorriqueña le publicó un tomo de sus Obras completas.

En esa misma época dio a la luz varios ensayos, entre los que se destacan: Las banderas de la independencia (1970), El líder de la desesperación (1972), Semblanza polémica de Pedro Albizu Campos (1973), La patria radical (1975), que se vuelve a publicar tres años después en una edición ampliada, Problemas de la guerra popular en Puerto Rico (1977), El voto presidencial y Vieques y la lucha por la independencia, ambos de 1980.

Entre sus conferencias publicadas se destacan, entre otras: «El sufragio es una mentira» (1976), «De Betances a Lenin» (1977), «Fusilamiento en Maravilla» (1978), «Corretjer en la ONU» (1978), «El espíritu de Lares» (1978), «Asesinato en Tallahassee» (1979) y «Entre rayos y centellas» (1981).

Como periodista, Juan Antonio Corretjer fundó varios periódicos y revistas, entre ellos El Correo de la Quincena, órgano oficial de la Liga Socialista Puertorriqueña, y el periódico El Socialista. Como director de periódicos estuvo al frente de El Boricua, ¡Adelante!, Prieto y Puya, Bandera, Pabellón y Pueblos Hispanos.

Juan Antonio Corretjer murió el sábado 19 de enero de 1985 en San Juan, Puerto Rico.

Marisa Rosado

Cronología mínima de Juan Antonio Corretjer

- 1908 Nace el 3 de marzo en Ciales, Puerto Rico.
- 1920 Con el poema «Canto a Ciales» inicia su obra poética.
- 1923 Funda la agrupación independentista Sociedad Literaria Gautier Benítez.
- 1924 Redacta su más antigua composición existente, el soneto «De otoño».
- 1925 Aparecen sus primeros versos publicados en *Puerto Rico Ilustrado* y desde entonces una porción importante de su obra poética no recogida en libros.
- 1926 Se traslada a San Juan y se vincula, política y literariamente, con el movimiento vanguardista. Samuel R. Quiñones le presta una edición abreviada de *El Capital* de Carlos Marx.
- 1927 Inicia su carrera periodística en *La Democracia*.
- 1928 Viaja a Nueva York.
- 1929 Es miembro de la Liga Antimperialista de las Américas, organización que apoya desde Nueva York la lucha de Nicaragua y Haití contra la intervención norteamericana. En julio regresa a Puerto Rico al informársele de la gravedad de su madre.
«Cuento» (relato), publicado en *Gráfico de Puerto Rico* y «Regresemos a la montaña», poema que inicia el neocriollismo.
- 1930 Conoce a Pedro Albizu Campos. Es nombrado Secretario Administrador del Partido Nacionalista Puertorriqueño.
«Autobiografía breve de una criminal improvisado» (relato), en *Gráfico de Puerto Rico*.
- 1932 Publica su primer cuaderno de versos, *Agüeybana*.
Interviene en el ataque al Capitolio en Puerta de Tierra en protesta contra un proyecto de ley que ofende la bandera puertorriqueña.
- 1933 *Ulises* (versos).
- 1934 Es subdirector del semanario político *La Opinión*.

- Interviene, junto a Pedro Albizu Campos, en la huelga de los trabajadores de la caña. En el verano parte hacia Santo Domingo y Haití como delegado del Partido Nacionalista.
- 1935 Llega a Cuba el 6 de enero. Es encarcelado durante dos meses en el Castillo del Príncipe, por protestar radiofónicamente contra la intervención de los Estados Unidos en los asuntos cubanos.
Regresa a Puerto Rico el 18 de julio. Es electo Secretario General del Partido Nacionalista el 25 de octubre, un día después del asesinato de cuatro nacionalistas en la Universidad de Puerto Rico.
- 1936 *Cántico de guerra* (versos); «Spengler: una proyección criolla», en *El Mundo*: primer ensayo conocido de una extensa producción dispersa en revistas y periódicos.
El 2 de abril es encarcelado en La Princesa, en San Juan, por negarse a entregar los libros de actas del Partido. Se le acusa de desacato y se le condena a un año de cárcel. Mientras cumplía esta sentencia, junto a otros líderes del Partido Nacionalista, es sentenciado por «conspirar para derrocar el gobierno de Estados Unidos» en Puerto Rico. Es trasladado a la prisión de Atlanta, en Georgia, donde permanece desde el 7 de junio de 1937 hasta el 4 de junio de 1942.
- 1937 *Amor de Puerto Rico* (versos); «El cumplido», «El fin de Lucero», «La aldea» (relatos) en *Puerto Rico Ilustrado*.
- 1942-46 Permanece en Nueva York. Viaja luego a Cuba. Se afianza en sus ideas marxistas. Conoce a doña Consuelo Lee Tapia, su futura y constante compañera.
- 1943 Premio de Periodismo del Instituto de Literatura Puertorriqueña por la serie de artículos *Laurel negro*.
Publica «La maldición» en *Pueblos Hispanos*, Nueva York, y a partir de este, otros treinta y nueve relatos.
- 1944 «El Leñero» (Poema de la Revolución de Lares).
- 1945 *El buen borincano y Llorens (juicio histórico)*, ensayos, Nueva York.
- 1945-46 Trabaja en La Habana junto a Juan Marinello en *Hoy*, publicación del Partido Socialista Popular (comunista).
El 5 de junio de 1946 regresa a Puerto Rico, luego de diez años de ausencia.
El 12 de julio Corretjer y doña Consuelo se hacen miembros del Partido Comunista de Puerto Rico, del que serán expulsados en marzo de 1948 por incurrir en «nacionalismo y prédica insurreccional».
- 1947 *La Revolución de Lares; Nuestra bandera* (ensayos).
- 1947-52 Realiza trabajo político en la Unión del Pueblo Pro Constituyente, organización antimperialista.
- 1949 *La lucha por la independencia de Puerto Rico* (ensayo).
- 1950 Al día siguiente de la Revolución Nacionalista del 30 de octubre es arrestado y acusado de incitar al motín.
«Los primeros años», primero de la serie *Imagen de Borinquen*.
- 1951 *Tierra nativa* (versos).
- 1952 Es encarcelado seis meses por los sucesos de 1950.
- 1953 *Alabanza en la torre de Ciales* (versos).
- 1954 *Contestación al miedo* (ensayo) y *Quieto en mi isla voy* (versos).
- 1956 *Don Diego en El Cariño* (versos).
- 1957 *Yerba bruja* (versos) y *Distancia* (versos).
- 1959 En enero, mayo y agosto viaja a Cuba. Entabla amistad con Ernesto Che Guevara.
- 1959-60 Viaja por Centro y Suramérica haciendo gestiones a favor de la independencia de Puerto Rico y de la Revolución cubana.
En abril de 1960 participa exitosamente en el Segundo Congreso Pro Libertad y Democracia, en Caracas.
Regresa a Puerto Rico y predica el retraimiento electoral en las elecciones de 1960.
- 1961 Publica *Genio y figura* (versos), último de la serie *Imagen de Borinquen*.
- 1961-63 Viaja a las Naciones Unidas como delegado de Acción Patriótica Unitaria.

- 1962 Es arrestado en México por una semana porque John F. Kennedy está de paso por el país.
- 1963 *Futuro sin falla (mito, realidad, antillanía)* (ensayo).
- 1964 Funda la organización política Liga Socialista.
- 1966 *La sangre en huelga* (ensayo).
- 1967 *Pausa para el amor* (versos) y *La patria radical* (ensayo).
- 1968 Es acusado, junto con su esposa y otros compañeros de la Liga Socialista, de instigar a un levantamiento armado el día en que se conmemora el Centenario del Grito de Lares.
- 1969 En octubre, Corretjer, su esposa y otros compañeros de la Liga Socialista son acusados de conspiración e infracción a la ley de armas.
Albizu Campos (ensayo).
- 1970 El 17 de julio se realiza un atentado contra la vida de Juan Antonio Corretjer y su esposa.
La historia que gritó en Lares (ensayo).
- 1971 El poeta, su esposa y otros compañeros son encarcelados entre junio y agosto de 1971 por las acusaciones formuladas contra ellos en 1969.
Canciones de Consuelo que son canciones de protesta (versos).
- 1972 *Construcción del Sur* (versos) y *El líder de la desesperación* (ensayo).
- 1973 Recibe el Premio de Honor del Ateneo Puertorriqueño proclamándole Poeta Nacional.
Semblanza polémica de Pedro Albizu Campos (ensayo) y *Día antes* (antología de versos, selección de Ramón Felipe Medina).
- 1974 *Aguinaldo escarlata* (versos).
- 1975 Recibe el Premio Nacional del Instituto de Cultura Puertorriqueña.
- 1976 *Para que los pueblos canten* (versos).
- 1977 Desarrolla una intensa tarea política y literaria de solidaridad chicano-riqueña.
Paso a Venezuela (versos y relatos) y *Obras completas: poesía*. Prólogo de José Luis Vega.
- 1978 Inicia una nueva jornada de solidaridad con la lucha nacionalista y democrática del pueblo de Quebec.
- 1979 *El cumplido* (antología de veinticuatro relatos seleccionados por Ramón Felipe Medina).
- 1980 Artistas, intelectuales y público en general le rinden homenaje en el Colegio de Abogados.
- 1981 *Poesía y revolución* (ensayo).
- 1983 Recibe varios homenajes: de los departamentos de Español y Humanidades de la Facultad de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico, que también lo reconocen Poeta Nacional, del PEN Club de Puerto Rico, así como de las revistas *Reintegro* y *Mairena*.
El estado del tiempo (versos).
- 1984 *Los días contados* (versos).
- 1985 Fallece el 19 de enero.

Marcos Reyes Dávila

Principios poéticos de Juan Antonio Corretjer*

La poesía es la máxima tarea llevada a realidad por el obrero del lenguaje, de la palabra, del verbo (p. 60). Por la Palabra el hombre nace, hace y permanece (p. 79).

Por bella, por inmaterial, por pródiga, la Palabra es la cima del esfuerzo humano. Ella es quien da ocasión al hombre de creación verdadera, porque siendo el Símbolo, su poder es trascendente, su breve ánfora, etérica, se materializa en Tiempo y Espacio y se expande en la atmósfera de lo Eterno (p. 79).

La Palabra es la madre permanente del hombre, antigua y nueva, siempre ancha de perspectiva, infinita de horizontes, perpetuamente recreada en el vigor creador que su propio espíritu trasmite al hombre (p. 79).

Yo amo en poesía la sencillez profunda, la claridad latina, el olvido de sí mismo que el poeta revele (p. 194).

Hoy, más que antes, pongo mi invariable vocación humana por encima de toda tentación esteticista (p. 196).

El arte, la poesía, no son caminos de evasión; son instrumentos de trabajo para que el hombre se liberte de la naturaleza, transformándola, y transformándose en el mismo proceso de esa general metamorfosis (p. 61).

El trabajo poético, como la pesca, como la cacería, como la recolección de los frutos, es una función social. Una actividad que se comparte. El sujeto de la poesía es, por encima de todo, el ser humano (p. 62).

Igualmente la poesía, que aparece como magia, mantiene su mágico poder transformativo del ser humano mientras maneja diestramente su inserción en la ley de cambio histórico (p. 62).

El trabajo de hacer poesía, como todo otro trabajo, va dirigido al desarrollo social, al desarrollo histórico, cuyo fin primero y último es la libertad (p. 63).

Como actividad social que es, la poesía responde con máxima responsabilidad al medio que la produce. No hay pulmón de hierro en el que el poeta pueda aislarse para vivir por sí solo (p. 64).

La poesía responde tanto a la ley natural como cualquier otra actividad social del ser humano (p. 64). La cuestión de forma, de calidad, tan importantes —pues no hay poesía sin forma poética, sin lenguaje poético—, son secundarias ante este asunto fundamental de la orientación —el de la reacción o de la revolución (p. 66).

Una poesía que se apoya en la necesidad histórica es necesariamente una poesía revolucionaria. Y una poesía que se apuntala contra la necesidad histórica es obligatoriamente poesía reaccionaria (p. 66).

La obra poética ha de brotar naturalmente como una espontaneidad movida por la inserción misma del talento que la produce en la dinámica social (p. 68).

La poesía, como la historia, como parte de la historia, va también —como ha afirmado Mao Tse Tung— en el cañón de un rifle (p. 70).

No puede tener oficio mejor ni mayor ni más enaltecedora tarea la poesía puertorriqueña, que insertarse en ese propósito revolucionario (p. 72).

La bondad es siempre hermosa. Lo es más cuando es también buena poesía (p. 198).

* Estos principios poéticos de J. A. C. se han recogido de *Poesía y Revolución, Laurel negro*, tomo I, Río Piedras, quAse, 1981 y se publicaron originalmente en *Mairena*, Año V, No. 15, 1983, pp. 84-5.

POEMAS

Pero a pesar de todo...

Cuando yo vine
—cabeza desnuda, ojos en el vacío, manecitas tiernas—
me encontré una casona amplia
en donde la luz del sol entraba
y el viento removía descuidos de mi hermana...
Era en el sitio ancho que tiene el cielo arriba
y abajo mariposas, flores y hortalizas.
Después fueron mis pies dos cabritos ariscos
y mis manos dos aves entre las aves y las frutas.
Más tarde, me calzaron la hombría
y hasta un papel con la enredadera de mi nombre
en la pared atónita de la alcoba.
Entonces me separaron del río, de mi caballo,
de mi rifle y mis canciones.
Mi porvenir era, en una mente ingenua,
unos años de ausencia,
y una transformación en el regreso...
epílogo: ceremonioso paseo hasta la iglesia.
Pero ah, empecé a fotografiar horizontes
y a imprimir quimeras.
Sobre la mesa del dolor del mundo
edité mi proyecto de vida.
Vi el florido sentido de la dulce existencia de familia,
adornado con tiestos de claudicaciones.
Un tierno antesdeayer me enviaba
a repetirme. Con los brazos abiertos,
hogar —tranquilidad, esposa, hijos— esperaba...
Pero a pesar de todo he preferido esto...
No habrá boda en el pueblo.
No tirará, sobre los tejados, piedrecitas alegres, la campana.
Ni habrá vino en la mesa,
ni caracolearán sonrisas en traje de domingo, en la jarana.
Como ropa tendida un mundo se ha caído por la ventana.
Pero tengo una felicidad más mía, más de todos,
porque es también de todos la desgracia.
Ahora soy
un cajón en una esquina
y muchas voces juntas maldiciendo la tiranía.
Ahora soy tan sólo un buen muchacho...
Para todos, menos para la policía...

AVISO:

A quien interese el desenlace
que lo busque en la prensa... cualquier día.

3 de marzo de 1927

Agüebana

Agüebana —monte aborígen—
tronco de ausubo—
río suelto era su corazón.
Bajo las noches claveateadas de estrellas,
sus labios ponían besos de canción en los encajes
de luna del taparrabos de Borinquen —novia piel—roja.
Y, allá, por la tala colorida de la aurora,
sembradío de pájaros,
Agüebana —corazón de río suelto—,
se echaba al mar de puñetazos de espuma.
¡Mentira parecía que naciera una tierra
para sembrar con picotas de ensueño
tamaña libertad!
Y, como toda dicha tiene el tiempo partido en la distancia,
por ese mismo océano,
haciéndose la ruta,
vinieron unos hombres a quitarle la patria.
Monte aborígen sintió que le taladraban las carnes
con cuentas de colores.
Tronco de ausubo vio que le arrancaban astillas
por espejitos tontos.
Y bajo la noche taladrada de estrellas
sus labios no ponían besos de canción
en los encajes de luna
de Borinquen —novia—piel roja.
Y, adentro, en las vírgenes selvas de su pecho
le saltó el corazón —jaguar dormido.
Ejércitos de flechas —ferrocarriles de muerte—
y artificios de balas,
midieron, a cuartillos de sangre, las dos razas.
Ausculta, Puerto Rico, a tu jaguar dormido.
A filo de machete es que hay que hacer la patria.
A cuartillos de sangre hay que medir la raza.
Ellos cantan ahora...
Y adentro, en nuestro pecho,
aún en trance de vida,
monte aborígen —tronco de ausubo—
rebelde aún, Agüebana.

De Agüebana (poemas criollos), 1930

El cafetal

Miraba yo una tarde, succulenta
de sol y panorama, la armonía
de ondulación que el viento componía
con una mano larga, larga y lenta.
que pasaba, lasciva y modorrienta,
por el guabal que el cafetal cubría.
(Abril en los cafetos florecía.
A novia y azahar el aire alienta.)

Y algo vi, misterioso y evidente,
surgir y desprenderse del bosque.
Patria decimonónica y rugiente

de frente altiva, ensangrentado traje,
por Lares y Betances eminente,
herida y brava en la mitad del viaje.

De Tierra nativa, 1949

El ruiseñor

Zumbadores, zorzales, reina-moras,
calandrias, carpinteros y gorriones,
las tórtolas flautistas y los sonos
que desgrana el pitirre a las auroras;

chavoporeles; y en las yerbamoras
susurrante perdiz, entre cambrones
mozambiques, churríes; suave pones
tú, palomar, si al clarear rumoros.

luz de guitarra al abejar silbido.
Mas tiple y mandolín, guitarra y lira,
todo pico de pájaro y sonido,

en esa voz, de cielo que delira
y de mundo por sueños conducido,
del ruiseñor cuando a la luna mira.

De Tierra nativa, 1949

Calabozo

He aquí mi pie tan corto que no anda.
He aquí mi mano que no tiene sombra.
He aquí mi labio que ni besa o nombra.
He aquí mi voz que sueña y que no manda.

(Bello alhelí que mi pasión agranda,
voy hacia ti, mi mano ya te ensombra,
mi labio ya te besa, ya te asombra,
mi voz en la caricia te demanda.)

He aquí frente sin sol, palidecida,
y corazón que late sin latido,
floja vena sin piel, vida sin vida.

(Pensamiento triunfal no detenido,
el corazón, entre la mano erguida,
levantas sobre el muro, florecido.)

De *Tierra nativa*, 1949

Mar Caribe

Desde mi verdinegra serranía
hoy vengo a ti, Caribe soñoliento,
ansioso que me bese el pensamiento
tu boca de limón y travesía.

Una aventura de piratería
corre la nube por tu barlovento,
y ya, a bandera replegada, lento,
borra el sol tu poniente de sandía.

Oh mundo azul de espuma y claridades.
Esa impávida estrella que ha nacido
de tu líquida frente y las edades

de ignorados ayeres conocido,
Boyoán domador de tempestades,
no sabe de la muerte ni el olvido.

De *Tierra nativa*, 1949

Alabanza en la torre de Ciales*

I. Manifiesto

*En una isla selvosa, circundada
del proceloso mar.*

Pero, no. No es Ítaca.
Este mar que nos tiñe y nos abraza
es demasiado grande para un Ulises de gramática.

¡Por aquí anduvo Cristóbal Colón redondeando el mundo!
Ese ausubo de sangre que no se cimbra en la sabana
aún recuerda en su copa la primitiva selva borincana.

¡Ningún Aquiles lloró bajo sus ceibas y majaguas!
¡Aquí partió Guarionex con su corazón una lanza!

Ni cítaras ni laúdes en nuestras noches estrelladas.
Suenan el güícharo como una descarga.
Retumba el bongó. El *cuatro* tiene una prima de diana.
En el seno de la bordonúa arde una rabia.
A la orquesta criolla la llama el pueblo música brava.
Y, sin embargo, al hacerse la noche, cuando la gran
[fragancia
tiende su manto de coquíes como una bandera
[despertada,
y en los Picachos de Jayuya están las estrellas [arrodilladas;
cuando las aguas de la luna bajan por el Río de la Plata
haciendo celestes caseríos desde Comerío a Toa Baja,
y en Ponce nacen los nísperos con luz de lucero
[encapsulada,
o en Guaynabo están las marías llenas de alisios y de
[flautas,
en el Puente de la Aldea en Ciales está soñando una
[guitarra.
Una niña abre muy grandes los ojos en la oscuridad de
[su casa.
Un hombre, en su balcón solitario, con la cabeza canta.
Y la poesía de los siglos le llega desde las montañas
que no son las montañas de Ítaca.

II. La larga mirada

Desde un antes de ayer con la esperanza,
mientras tañe, lenta, la campana,
vuelvo a cruzar la plaza aldeana.
Rememora aún el día haber nacido del alba.
Hacia la torre de la iglesia mi pensamiento anda.
Entro. Veo la pila bautismal. El hisopo. Las andas.
Nadie habla a mi corazón. Nadie ni nada.
En silencio y a solas subo las gradas
hacia el coro. Cruje en el silencio mi pisada.

¡Oh soledad callada!
Los hábitos vacíos, y aquel atril agranda
en hondos calderones y oscuros pentagramas
las aguas de la cuenca gregoriana:
esas aguas profundas, largas y arremansadas.
¡Oh música callada!
El órgano. He aquí su pía voz valetudinaria
hecha fijo silencio. ¡Oh soledad callada!
Oigo mi frente cómo grita: ¡sombras carmelitanas,
queridos amigos: Fernando María de Lloveras,
el de la tierra catalana!
¡Carmelo Almela desde la huerta valenciana!
¡Oh soledad callada!
Nadie habla a mi corazón. Nadie ni nada.
¡Por aquí ha pasado la muerte con su larga sotana!
Tañe, aún tañe lenta la campana.
Sigo subiendo las gradas.
Llego. Mis ojos siguen el balón de la campana
por los montes, las vegas, las sabanas.
¡He aquí, seres humanos, la tierra bien amada!
Credibili est illi numen inesse loco... ¡Calla!
No hubo Ovidios ni Horacios que esta tierra cantaran.
Una lira inmortal, pensó Gautier necesitaran.
¡Oh música sonora! ¡Oh soledad poblada!
Todos me dicen. Todo y todos me hablan.
Solemne y monolítico el monte entona su hosanna.
Coloquian ambos ríos con sus lenguas de agua.
La vega escribe su oración horizontal y amplia.
¡Los árboles! Puertorriqueñamente accionan
[sus palabras.
¡Oh música sonora! ¡Oh soledad poblada!
Igual que en hombro amigo mi mano reposara
pongo sobre mi tierra la más larga mirada.

¡Y esto veo, camaradas!

III. La tierra

Por la mitología aruaca
que de areyto en areyto le llegara
a Luis Pané, y este nos relatara:

En el principio era la Tierra. Y la Tierra era ancha.
Érase una inmensa y única tierra ancha.
En mitad de esta tierra se erguía una montaña.
Y esta montaña era la más grande y más alta montaña.
Jamás el ojo humano vio igual o parecida montaña.

Creció en la cumbre de la montaña un árbol de
[gigantesca rama
Y era este árbol el árbol de altura más titánica.
Jamás el ojo humano vio igual o parecida planta,
Y al pie de este árbol, en la inmensa montaña,
nació una mata de calabazas.

Era una gigantesca mata de calabazas.

En la cumbre de la montaña más alta,
en donde crecía el árbol de gigantescas ramas,
nació esta mata, la más grande mata de calabazas.
Yo he visto nacer el Río Grande de Loaiza en la tierra
[sanlorenzana.

Allí, en el huevo de la glebal entraña,
como el misterio de un corazón que palpitara
bajo tierra, y por orden de amor resucitara,
he visto yo latir su prima agua.
Ya se le van uniendo las quebradas.
Ya el Río del Espino acumulara
sus aguas con sus aguas,
y el Gurabo, y el Caguas,
y el Trujillo, y el Canóvanas.
Y lo he visto, solemne, con sus amplias
riberas y sus ganados y sus cañas
y sus muchas comparecencias unificadas,
besar con dulce boca las espumas atlántidas:
él, el único, el Río Grande de Loaiza, el más grande río
[de la Patria
Cosa igual hizo aquella mata de calabazas.

Sus raíces hundió en la genésica montaña
y extrayendo todas sus secretas fuentes mágicas
fue única en su fruto: en todos los tiempos la más grande
[calabaza.
Jamás el ojo humano vio igual o parecida calabaza.

Y sucedió que un día aquella calabaza
fue vista desde lejos por la pupila humana.
Desde lejos, dos hombres, atentos, la miraban.
He aquí la ambición buena. Y he aquí la ambición mala.
El uno para el bien de la tribu la tomara.
El otro para sí. Para sí nada más la deseaba.
Por un lado de la pendiente el uno. El otro por la opuesta
[halda.

Llegados a la cima, cuando el sol más hermoso brillaba
y el viento en la maleza dulcemente arpegiaba,
ambos hombres por su botín luchaban.
Y luchando rompieron el bejuco de la calabaza.
La calabaza rodó cuesta abajo. De risco en risco
[rebotaba.

En el año de 1918 tembló la tierra borincana.
Fue el once de octubre a las diez de la mañana.
Una viga secreta en nuestra armadura geológica
quebróse, y un basto rugido salió del fondo de la patria.
Cuarteóse la tierra bajo las gentes empavorecidas.
En Mayagüez y en la región aguadillana
dio un salto atrás de espanto la mar encabritada.
Alejóse hasta considerable distancia
y brincó luego sobre la playa.

Era como una joven yegua desbocada,
roto el freno y la boca llena de lavaza.
Su pecho azul de sirena enajenada
fue dejándolo todo bajo agua:
calles, tumbas, domicilios y plazas.

Los boricuas que vimos la catástrofe mencionada
apenas podemos imaginar la hecatombe de la
[mitológica calabaza.

Rodó cuesta abajo. De risco en risco rebotaba.
Hasta que, contra una roca de puntas como lanzas
se abrió en dos la calabaza.

He aquí que sobre aquel mundo que era sólo tierra ancha
rodó cubriéndolo todo el mar que en la calabaza se
[ocultaba.

Y el espíritu de Bagú se movía sobre las aguas.
Su furia estaba desatada.
Lo cubrió todo, lo arrasó todo con sus terribles garras,
y cuando quiso reunir en un lugar las aguas,
y lo árido y lo seco se mostrara,
quedó, libre del mar, la cumbre de la inmensa montaña,
la sola cumbre de la más hermosa y grande montaña:

Una isla selvosa, circundada
del proceloso mar.
Pero, no. No es Ítaca.
¡Es la preciosa tierra borincana!

IV. Los desposados

La luz huele, cuando, en la noche, la tea de tabonuco
[pasa.

En aquellos tiempos Juan Ponce forcejeaba
contra la idea de trasladar Caparra.
Todos los funcionarios argumentaban
contra Ponce, y su tenacidad se empecinaba.

Todos los caparrenses partido tomaban.
Pero Diego González, un soldado de hambre y espada,
expresábase de una manera sarcástica
sobre la caparrense algazara.
Era una discusión entre dueños de indios, tierras y casas.
Diego González jamás ha poseído nada más que su
[hambre y su espada.
Mucha más hambre que espada.
Y una noche, burlando la guardia,
internóse en la profuda maraña
de la selva. ¡Al diablo con los petos de retórica
y las leguleyas corazas!
Diego González caminó las horas largas.
Cuando la noche, hambrienta y cansada,

apagó sus estrellas y acudió adonde la leche del alba,
seguro ya de la distancia
escondió en un balsero, bajo unas matas,
su humanidad fatigada.
Despertó. Un grupo de indios lo observaba.

Para Diego González una vida nueva comenzaba.
No. Nadie lo sabía. Pero empezaba a irse a España.
Mucha menos España había en los hijos que le diera la
[india Anana.

Este hijo que es ya un hombre de fornida espalda,
blanca la tez y cabellera lacia,
mezcla en su lengua españolas e indias las palabras.
Otros aromas, otros sonidos, otras luces, otras
[esperanzas,
imposibles en la llanura castellana,
impregnaron su infancia.
Por esta tierra que le tocó las pomarrosas suspiraban.

En su taza de piedras hierve espumas el Balbas.
Aquí, en lo profundo de los seres, una cosa nueva se
[prepara.

Un día, aquí se va a querer una patria.
¡La luz huele, cuando en la noche, la tea de tabonuco
[pasa!

Un día. La selva. La montaña.
Alrededor del incahieque las siembras retoñaban.
El conuco: el rubio maíz, la yuca, escondida y pálida.
Los algareros changos y las chirriantes calandrias.
Los hombres. Las mujeres. Los adolescentes.
[La infancia.

La rueda del areyto y el behique con su pedagogía
[cantada.

El cacaotal sombrío. Las cumbres soleadas.
El techado de zafírea luz y nubes blandas.
La vereda serpeando entre mayas.
Y unas voces que llegan. Y unos labios que hablan.

Hasta esta paz unos vecinos cazadores han conducido
[una figura extraña.
Su piel es negra. Su cabello es espesa maraña.
Como la más blanca tela de coco su dentadura es blanca.
No viene. Ha sido traído de muy lejos. Contra su gana.
Cruzó la mar terrible en asesina barca.
¡Pero esta selva, este cielo, esta montaña...!
Esta aldea en calma.
¡Oh nativas memorias! ¡Dulce tierra africana!
¡Ah los fugaces años que pasan y que pasan!

El conuco: el rubio maíz, la yuca, escondida y blanda.
El tabaco fraternal. Y la pesca. Y la caza.
Diego González bajo la tierra blanda.
El nieto de Diego González y su mujer. La evanescente
[indiada.
La destañada nieta de la figura extraña

traída por el terrible mar en la asesina barca.

¡La luz huele, cuando en la noche, la tea de tabonuco
[pasa!

V. Oubao-moin

El río de Corozal, el de la leyenda dorada.
La corriente arrastra oro. La corriente está
[ensangrentada.
El río Manatuabón tiene la leyenda dorada.
La corriente arrastra oro. La corriente está
[ensangrentada.
Allí se inventó un criadero. Allí el quinto se pagaba.
La tierra era de oro. La tierra está ensangrentada.
En donde hundió la arboleda su raíz en tierra dorada
allí las ramas chorrean sangre. La arboleda esta
[ensangrentada.

Donde dobló la frente india, bien sea tierra, bien sea
[agua,
bajo el peso de la cadena, entre los hierros de la
[ergástula,
allí la tierra hiede a sangre y el agua está
[ensangrentada.

Donde el negro quebró sus hombros, bien sea tierra
[o bien sea agua,
y su cuerpo marcó el carimbo y abrió el látigo su
[espalda,
allí la tierra hiede a sangre y el agua está
[ensangrentada.

Donde el blanco pobre ha sufrido los horrores de la
[peonada,
bajo el machete del mayoral y la libreta de jornada
y el abuso del señorito, allí sea tierra o allí sea agua,
allí la tierra está maldita y corre el agua envenenada.

Gloria a esas manos aborígenes porque trabajaban.
Gloria a esas manos negras porque trabajaban.
Gloria a esas manos blancas porque trabajaban.
De entre esas manos indias, negras, blancas,
de entre esas manos nos salió la patria.
Gloria a las manos que la mina excavarán
Gloria a las manos que el ganado cuidarán.
Gloria a las manos que el tabaco, que la caña y el café
[sembrarán.

Gloria a las manos que los pastos talarán.
Gloria a las manos que los bosques clarearán.
Gloria a las manos que los ríos y caños y los mares
[bogarán

Gloria a las manos que los caminos trabajarán.
Gloria a las manos que las casas levantarán.
Gloria a las manos que las ruedas girarán.
Gloria a las manos que las carretas y los coches
[llevarán.

Gloria a las manos que a mulas y caballos ensillaran
[y desensillaran.
Gloria a las manos que los hatos de cabras pastaran.
Gloria a las manos que cuidaron de las pjaras.
Gloria a las manos que las gallinas, los pavos y los
[patos criaran.
Gloria a todas las manos de todos los hombres y mujeres
[que trabajaran
porque ellas la patria amasaran.
¡Y gloria a las manos, a todas las manos que hoy
[trabajan
porque ellas construyen y saldrá de ellas la nueva
[patria liberada!
¡La patria de todas las manos que trabajan!
Para ellas y para su patria, ¡alabanza!, ¡alabanza!

VI. Perfil del ser

En la tenebrosa noche, cuando parece que va a salir la
[nada
del viento negro, como un caballo de sombra cuajada,
como una prieta vaca
con cabeza de mundo y cola de montaña:
en la tenebrosa noche de vela apagada
y de linternas suicidadas,
cuando por la vastedad de la tiniebla percibo la ancha
cintura del mundo que habita mi patria,
y como nunca siento la rápida
rotación del planeta, la ráfaga
que a los hombres del trópico derrama:
en la terrible noche que ha abolido el Paso del Guajataca,
que ciega la trinchera del Asomante, asomada,
empinada sobre el Mar Caribe, sobre Salinas de tierra
[aplastada;
en la terrible noche de manos embadurnadas
por Jácome oscurecida y ensombrecida Guayama,
y Lares callada
y ennegrecida Villalba,
y Adjuntas apagada;
en la tenebrosa noche que me prohíbe la mirada,
ando buscando yo, poeta, una palabra.
Una palabra como un cincel que esculpa y labra.
Una palabra como una llama,
como una luz, como una ventana iluminada,
como una esposa adorada.
Porque quiero escribir el perfil de nuestro ser, el centro
[de nuestra alma,
y el latido más profundo que late en lo más hondo de
[nuestra entraña
Por mi frente ha volado una paloma roja. Va a la
[distancia
y posa en un horizonte que va tornándose grana.
Este horizonte va creciendo. Se expande y se agranda
y todo él se vuelve una naranja dorada.

Es el día. La noche ha sido derrotada.
Se ha retirado llorando por Yabucoa, desconsolada.
Ha doblado el cuello en Humacao, ya en su última
[lágrima.

Ha perecido en Vieques, degollada.
Es el día. Ha resurgido la forma de la patria.
Está nueva, recién lavada.
Dulce que es hundir en la yerba rociada
la dolorosa frente insomniada.
Dulce que es poner las palmas
de las manos en la húmeda grama.
Dulce que es tomar en la mano la arcilla refrescada
y llevarla a la boca, saber a lo que sabe la patria,
y saborearla y tragarla
mientras una energía nueva su vitamina agiganta
en nuestra sangre que canta
y en nuestra piel que se abrillanta!
Probad y alumbraréis. Os doy palabra.
Os doy palabra que en la luz de esta mañana
he visto a un hombre, a una mujer y a un niño.

[Descansaba
un instante la brisa del Sur en el bordado de las guabas.
Una pareja de reinamoras piaba
saltando, picoteaba las guayabas,
extendía sus cortos vuelos de veloces alas
hasta donde la berenjena cimarrona, junto a la
[alambrada,
hacía brillar sus redondas y amarillas lámparas.
Huía el malangal un martinete de pasta
gris y un pájaro-bobo de cola pintada
en un seco yagrumo reposaba.
Había una novilla colorada
paciendo su yerba de guinea: apaciguaba
la luz con su abúlica calma.

El hombre, la mujer y el niño.

Antes que el lado negro de la peronía del mundo girara
y su lado de luz por entre el guabal se mostrara,
el hombre, la mujer y el niño saldrían de su casa.
Encendía la mujer el fogón. Entre las tres piedras
[tiznadas

enrojecía la leña sus ojos. Desayunaban
medio coco de negro café. Eso era todo. Eso, y el
[lucero del alba.

Seguían rumbo al cafetal las plantas descalzas.
Pendían de sus cuellos las canastas.
Dentro de sus ropas harapientas y livianas
sus cuerpos gemían el frío de la madrugada.
El hombre, la mujer y el niño pasaban
el día en el cafetal. El poético cafetal les daba
el ardiente escozor de los albayaldes que su piel
[desgarraba,
los enjambres de avispas que sus caras hinchaba,

los sacos de pus de la mazamorra en sus plantas
y un purgatorio de uncinaria.

Salían luego del cafetal. Vuelta a la casa.
La mujer cocinaba.
¡He aquí con qué voracidad tragaban
su dita de guineos a secas, lejos de la casa
principal de la hacienda, lejos de las viandas
exquisitas del dueño: la gallina horneada,
la multicolor ensalada,
los rubios lerenes y las sabrosas almojábanas!
El cansancio los tumbaba.
Iban a la cama
de madera, a la pesadilla de la malaria.
Iban lejos, muy lejos de la patria
del amo, que no es su patria.
Lejos de la cómoda butaca
en donde se acomoda la charla
idiota, la traidora palabra,
en donde se lee el magazine de moda y la revista
[de elegancia
mientras piensa el amo que es buena la canalla
imperialista yanki,
aunque bien sabe lo estima menos que a la banana,
menos que al tabaco y muchísimo menos que a la caña.

El hombre, la mujer y el niño...

¿Fue una tarde? ¿Fue una mañana?
Recogían un café que orillaba
el cercado. Oyeron cómo las gallinas cacareaban.
Alzaron los ojos al cielo. ¡Vieron, alta,
bien alta, la cruz plumada,
la egregia figura balanceada
del guaraguao! El guaraguao planeaba.
¡El guaraguao! Viene del fondo espeso de la montaña.
Viene de los últimos tabonuales, de las últimas
[caobas,
de los últimos ausubos y ortegones, de las últimas
[marañas,
y de las últimas rocas. Viene de las últimas aguas
y las últimas lontananzas,
de las más escondidas mayas,
de los tremedales en donde a pleno día aún burbujan
[las luciérnagas.
Viene de donde se esconden heridos los múcaros, de
[donde las yaboas de plata
oscura y de solemnes y húmedas patas
empollan; de donde los últimos carraos perduraran.
Viene de las cuevas de las ratas
más montañosas. Viene del fondo espeso de la
[montaña.

¡El guaraguao! Los jíbaros lo miran y se dilatan
sus pupilas en el azul de la alta distancia.

El guaraguao vuela en ondas largas.
Es la suya una pulcra y agresiva geometría de las alas,
una fuerza perenne y equilibrada
más allá de la piedra, más allá de la perdigonada
y del rifle. Sabe caer como avión de picada
sobre su presa, y se remonta con ella en las garras
entre un aplauso de plumas escapadas.
El hombre, la mujer y el niño le han seguido con
[la mirada.

Huyen las gallinas despavoridas bajo las matas.
Cuando, pequeño y rápido como una bala
se ve el pitirre que en persecución del guaraguao
[se lanza.

Viene de los negros laureles de copa abultada.
Ha estado de pie, ante los campos y la ráfaga,
enhiesto, como una flecha animada
sobre el solitario dedo de las reales palmas.
Viene del corazón puertorriqueño, de la masa
de nuestra sangre. Nació en nuestras venas, en la más

[alta

pulsación del ser nativo, en la palabra
que nos creó, en la primera luz de la madrugada
del primer día, en el primer rocío, en la primera gana
de ser lo que somos, en el primer manantial que
[brotara,

en la primera raíz que reventara
en la primera tierra oreada.
Viene del corazón de Agüeybana.
Y cuando canta, canta, canta:
—Pitirre, pitirre, pitirre— es como si gritara:
¡Patria, Patria, Patria!

El pitirre es pequeñín, altivo y rico en maña.
Nunca se mira el tamaño su valentía alebrestada.
(El guaraguao es muchas veces sus alas.)
Pero él es veloz, es ágil; su fuerza se agiganta
en el combate, su pico se multiplica en la batalla.
Es como el Cemí de la furia; es como un meteoro
[su picada.

Cuando en el cielo de la tarde o de la mañana
contempla el puertorriqueño sus hazañas,
le rien los ojos, le ríen los dientes, le ríe el alma.
Sobre el ave grande lo manda:
—Pícala, pícala, pícala.
Por debajo de las alas.
Por el lomo de plumas encrespadas.
Por la cabeza pelada.
Por el buche, por la cola erizada.
Pitirre: pícala, pícala, pícala.

El guaraguao huye como una bandera desquiciada.
Lo persigue el pitirre con insaciable saña.
Y el hombre, la mujer y el niño con el alma calmada
dicen desde hace siglos: —Cada
guaraguao tiene su pitirre.

Patria
de primaveras sosegadas,
patria de frentes martirizadas.
de manos trabajadas y cercenadas
y de sinsabores castigada.
¡Patria de guaraguaos abusada!
¡Toda la sangre, todas las ansias,
toda nuestra fe, toda la fuerza que alcanza
a extender el arco de nuestra ánima
se perfila en nuestro ser en la espontánea
admiración, en la pasión fijada
con que el hombre, la mujer y el niño, alzan
sus ojos al cielo: al cielo azul con nubes blancas
por donde el pitirre al guaraguao a picotazos
[desplumaba!

¡Oh patria, de pitirre esperanzada!

VII. Inmediata a la idea

El verbo nace del fondo de la especie humana
y en sus necesidades se sustancia.
Cuando hubo patria el hombre dijo patria.
Cuando hubo pueblo el hombre pueblo pronunciara.
Cuando ya hubo qué cantar Juan de Castellanos
[cantara.
Algo hay por aquí que relatar y Torres Vargas
[lo relata.
Estamos ya por historiar para que Íñigo Abbad
[historiara.
Letras hubo para fundar y nació Alejandro Tapia.
Cuando el crepúsculo boricua, el de la noche y el de la [mañana,
tiñó de rosa y de ternura las hondas telas de nuestra
[alma
cuando la boca de la doncella un beso al cielo enviara
y en el velorio del muchacho bebiéronse juntos rones y [lágrimas;
cuando en la floresta el viento entre los sauces
[retozara,
y entre las peñas el riachuelo ruidoso o manso
[deslizara,
cuando dentro de la gente borincana
gritara el clarín, y el bobardino sollozara,
José Campeche pintó sus tablas,
Frasquito Oller su obra creara;
en la Catedral de San Juan San Pío se levantara
limpio en las fuentes de los órganos con que Gutiérrez
[lo bañara.
Y en los salones y en las salas
de polizones y de máscaras,
Juan Morell Campos labró su estatua
con la batuta levantada.
Una hora crepuscular con su gran pompa solemnizada

sobre el mar de Puerto Rico otro de llamas derramara.
Un oficial de artillería desde El Morro lo contemplaba.
Su gran espíritu viril, su sensibilidad delicada,
vibraron larga, largamente, como las cuerdas de un
[arpa.
El mar inmenso cruzó un día y comió el pan de tierra
[extraña.
Desde allá vio y desde allá sintió con las dos cuerdas
[de su arpa,
y a una la quiso por la otra y las fundió en una sola aria.
¡Mirad, boricuas, al poeta dulce de la patria!
¡Mirad su endeble cuerpo enfermo y vedle la entereza
[del alma!
Sabed cómo quisieron abrirle la puerta falsa de la fama
y ved cómo entró en la historia con su fina llave
[borincana!
¡Recordad cómo el hombre supo dejar Madrid y
[romper su espada!
¡Venid a verle esta tarde soleada,
mientras el mar de Atlante junto a las rocas su espuma
[despedaza
y hasta en la tumba que sus amigos fielmente le
[cavaran
el tibio sol de su país penetra y esta querida tierra le
[idolatra!
Ayer me he parado en la colina, dominante
[y sacramentada,
de Hormigueros, donde Ruiz Belvis apostolara.
He meditado humilde y contrito en la Plaza
de Cabo Rojo. Y he sentido como una ráfaga
roja, muy roja, sobre mi frente calcinada.
He sentido en mi corazón como una roja marejada.
En Hormigueros el Informe me ha calentado como una
[llama.
En Cabo Rojo la *Virgen de Borinquen* me ha mirado
[con su dulce mirada.
He ardido con los Manifiestos y he vitoreado las
[Proclamas.
Y he gritado a todos los vientos como Betances gritara:

—*¡No quiero colonia ni con España
ni con Estados Unidos! ¿Qué hacen los puertorriqueños
[que no se rebelan?*

Hoy he vuelto de Mayagüez y me he detenido en Río
[Cañas.
Aquí ha nacido Eugenio María de Hostos, quien
[enseñara,
a pensar a un continente. ¡Gran Eugenio María!
[Todavía en el aula
madrileña, cuando apenas el bozo le apuntara
y un puñado de pueblos por su pluma esperara,
antes del desengaño y de la angustia, en el amanecer
[de la esperanza,
¡qué prosa la que el peregrino Bayoán hablara!

Un día ese gran amor de ojos abiertos y de sienes
[iluminadas
llegó donde Eugenio María. Tornasolado el Ávila.
¡Sonriente Caracas!
¡Ah mundo en flor! Escribía: «En aquellos momentos
[se me lisonjeaba...
Era yo el representante más activo de las Antillas, que
[aún necesitaban
hombres como yo. Se festejaba a la patria
en mi persona, y los puertorriqueños me recibían como
[la encarnación de su esperanza,
y los cubanos me recibían como al que su patria
[agradecida recordaba.

Entre los que conocí aquella noche estaba
el padre de Inda. Por el traje negligente, por las
[calurosas palabras,
por la vehemencia con que acentuaba
mis opiniones, conocí en él un emigrado y un patriota.
Me gustaba
dirigirle la palabra,
porque la recibía con calor de corazón.» Así hablaba.

Como Bayoán a Marién, así conoció el a Inda. Su
[delicadeza cautivaba.
«Parecía transparente.» Un sol desde sus adentros
[irradiaba.
Aquella aparición inesperada
objeto de su reflexión en el insomnio de su emoción
[inopinada
desde entonces lo llenaba y lo desbordaba.
¡En qué prosa de encanto dirá su íntima página!
¡Jamás amor de hombre más bellamente se prosara!
Fue su vida una voluntad tendida hacia
la verdad. Con la verdad pensaba
y fue dueño de tanta
que la noche del tiempo traspasara.
Entre dos siglos, de pie, a ver alcanza
más allá de las letras y de armas.
Nos mira ahora. Nos ve después. Nos ama
y nos enseña y nos proclama
la verdad más redentora y exacta.
A todos ama y para todos quiere la felicidad y la
[esperanza.
Propiedad para todos en la patria.
Trabajo para todos; y para los niños, los enfermos, los
[ancianos, holganza.
Producción y consumo para todos. ¡Alabanza
a este veedor de las largas distancias!
¡Alabanza para Eugenio María de Hostos! ¡Alabanza!
¡Alabanza para la patria y los pueblos en cuyas
[necesidades se fundara!
¡Alabanza para los hijos de su larga mirada!

En Jayuya hay un monte trino y otro que lo sobrepasa.

Allí el Valle de Coabey pinta tomates y abre sus casas.

¡Esta es la Tierra de los Muertos, según la leyenda
[indiana!

Cuando en las alturas huyen las nubes como torcaces
[retrasadas,
sus sombras huidizas cruzan el Valle como fantasmas.

Pero el monte inmenso no pasa.
En el crepúsculo los grises, los dorados y los malvas
atenúanse y adelgazan y la gran sombra se los traga.
Pero el monte inmenso no pasa.

En Coabey hay un río que corre, y corre y corre, y
[nunca pasa.

En Coabey hay un monte inmenso en la inmensidad
[de la montaña
y hay en Coabey un claro río que salta y ríe con
[pícaras aguas.

Un hombre un día miró este monte y el mismo día
[miró estas aguas.
En lo inamovible y en lo fugaz vio la perdurabilidad
[enlazada.

Como el monte pensó, y se queda. Como el agua rió,
[y no pasa.

Él vio una sombra galopante. Algunas sombras
[palicaban.

Hacia un lejano sol, riendo, hacia un lejano sol,
[marchaba.

Por Coabey pasan muchas sombras. Estas pasan.
[Pero él no pasa.

De ayer venimos hasta hoy. Ya el trimotor vuela al
[mañana.

Y el avión proyecta su sombra sobre la tórrida montaña.

Por Coabey ha pasado esta sombra en el frío de la
[madrugada.

¡Y todos vamos con aquel que hacia un lejano sol
[marchaba!

VIII. Luego

Cuando ya había visto estas páginas
el día era muerto. Un riego de estrellas fulguraba
sobre Ciales. Algunos niños corrían por la plaza.
Volvía a guardarse en su pequeño sitio mi larga mirada.
Pero mi sangre había quedado iluminada,
y la campana, que ahora alegremente repicaba,
me ceñía a las sienes una gran alabanza.

Una alabanza de martillos entusiastas,
de plumas y de azadas,
de frescos ríos en cordial llanada
y árboles nuevos en la fiel montaña.
Y ya el jíbaro hondo que adentro me canta
otro batey me acuerda, y la guitarra.

Agosto de 1950

Distancias

Cuando me dijo el corazón: —Afuera,
frente a la reja carcelaria espera
inútilmente verte tu Consuelo,
pensé...

 eso que piensa aquel que la mirada
tiene hundida en la noche de la nada
y quiere ver el cielo.

Cuando la larga ausencia
llenó con su presencia
en inhóspitas playas extranjeras
un recuerdo de infancia
(esa extraña fragancia
que suave exhalan las nocturnas eras,
o aquel *manso ruido*
de la avecilla que abandona el nido,
bien de la hoja al árbol desprendida,
bien del viento en los sauces del camino
o del riachuelo el paso peregrino
entre la suave arena ennegrecida,
o ese fantasma del presentimiento
que nos llega en el viento
y nos hace mirar por la ventana,
cual si un alerta el corazón sintiera
y sintiendo pudiera
ver escrita en la noche la mañana),

mi corazón solía
gozar la epifanía
de las cosas lejanas muy cercanas,
beber su poesía
y no sufrir la fría
soledad de las cosas tan lejanas.

¡Suertes que juega el ágil rapacillo
al corazón sencillo
que sabe amar humilde y bravamente!
¡Nunca estaré yo preso
de enemigas manos, tan opreso
que no aspire mi pecho libremente,

e ilumine lo oscuro,
y salte sobre el muro
y al campo de mi patria raudo vuela
adonde monte el protro la lomada
y en la flor rociada
el zumbador revuele!

Mas, he aquí la muralla,
la reja, la metralla
sin alma que vigila
entre su espera inútil a la puerta
y mi rabia despierta
que hacia una fútil decisión oscila!
Nunca ocurriera al pensamiento antes
que las cosas distantes
habiendo estado otrora tan cercanas,
el dulce bien amado
tan cerca de mi lado
forzaronlo a distancias tan lejanas!

Cierto que a este presente
no remedia lo ausente
dulce imaginación que el bien augura
y a la distancia aspira suave esencia.
No cura esta dolencia
«sino con tu presencia y tu figura».

Estas distancias de ahora:
esa ametralladora,
el kaki sudoroso
al fusil recostado
y hasta el sol recortado
y a ración como bálsamo precioso,

injurias son que al corazón invitan,
llaman y solicitan
hasta la irracional temperatura.
Pero a mi fe triunfante
sostiene lo que amante
tu persona a la puerta transfigura.

Y esto pienso esta noche en La Princesa:
La lucha nunca cesa.
La vida es lucha toda
por obtener la libertad ansiada.
Lo demás es la nada,
es superficie, es moda.

Patria es saber los ríos,
los valles, las montañas, los bohíos,
los pájaros, las plantas y las flores,
los caminos del monte y la llanura,
las aguas y los picos de la altura,
las sombras, los colores

con que pinta el oriente
y con que se despinta el occidente,
los sabores del agua y de la tierra,
los múltiples aromas,
las hierbas y las lomas,
y en la noche que aterr

el trueno que retumba en la negrura,
penetrar la espesura,
ver como en un relámpago la senda
y de un trago apurado
el soplo del huracán, entusiasmado
reconocer las bestias de la hacienda.

—La Patria es la hermosura
con que yergue su mágica escultura
la letra, el libro, el verso,
y, vestida de gloria
verla cruzar la historia
hasta la plenitud del Universo.

—Tomar su cardiograma
y ver cómo le inflama
la salud los rubores.
Besarle su bandera,
soñarle su quimera,
amarle sus amores.

—Pero en la dura prueba
cuando la Patria abreva
de nuestra propia vida en la corriente:
la Patria estremecida
que lleva por coraza nuestra vida;
esa Patria exigente

que impone su silencio o su palabra,
y con sus manos labra,
en la sangrienta masa de dolores
a golpes de centella
la forma de una estrella,
un canto de fulgores,

cierto momento, un día,
tras la muralla fría
de la prisión, un preso
meditará ese juego de distancia
entre su muda estancia
y el cercano embeleso

que al corazón le dice: —Afuera,
junto a la reja carcelaria espera
inútilmente verte tu Consuelo.
Y siente como aquel que la mirada
tiene hundida en la noche de la nada
y quiere ver el cielo.

Cárcel de La Princesa, San Juan,
9 de marzo de 1951

Un recuerdo de Cuba

Del Primero de Mayo
en la limpia mañana
van los trabajadores
marchando por La Habana.

Van tomados del brazo.
Llevan cantos de flores,
ramilletes de versos,
música de colores.
Banderas de amapola,
frentes de vencedores,
de los trabajadores
la marcha es una ola
de segura poesía,
segura y resonante y poderosa
como una corriente de alegría.

Llegan. Bajan y suben
Llegan los torcedores.
Y el gran Lázaro al frente
como buen capitán.
Llegan. Suben y bajan.
Llegan los zapateros.
Y el gran Blas Roca al frente
como buen capitán.
Eléctricos, guagüeros,
tranviarios, ferrocarrileros,
marineros, muellersos,
son millares, millares
y millares de obreros.
Y van al frente Aníbal,
Joaquín, Vilar, Carvajal,
cada cual en su puesto
como buen capitán.

Vamos también nosotros,
poetas, escritores,
periodistas, profesores,
Ángel, Sergio, Salvador,
Edith, Carlos Rafael,
Mirta, Nicolás.
Entre nosotros marcha,
bien en su puesto, al frente,
Juan, como buen capitán.
Y al mando la columna

de los azucareros
aquel que ahora nos manda
ya desde los luceros:
Nuestro Jesús Menéndez,
el más resuelto capitán.
Son millares, millares
y millares de obreros:
cada columna marcha
con su buen capitán.

(El Sindicato eléctrico lo quiso...
Y allá va mi romántica bandera
gallardamente en el humano friso
—sangre cubana en dignidad obrera—

de Reina hasta Misiones y hasta el rizo
espuma-añil de golfo y de ribera,
para que la salude el Presidente
y el Estado Mayor y la alegría

de la escultórica caballería
que le sale a Maceo de la frente
—Quede así la bandera de mi gente
—¡ah la bandera de la Patria mía!—
sol en la cumbre y cumbre sobre el día
de un Primero de Mayo eternamente.)

¿Quién ha puesto este pueblo en marcha?
¿Quién dijo, entre los cañaverales y las chimeneas,
entre los tabacales de Vuelta Abajo,
en las anchas llanuras ganaderas
de Camagüey y los cafetales de Guantánamo,
desde las fábricas de Luyanó
hasta las lomerías de Santiago:
¡Celebremos del Día Internacional de los Trabajadores,
celebremos el Primero de Mayo!

¿Quién es tan poderoso y persuasivo?
¿Quién el dueño de tan profundo mando?

Se dirá que un hombre de fulgurantes ojos
en la familia de los predestinados.

Se dirá mal,
porque nosotros en ese no pensamos.

Se dirá que un sabio en su elevada torre
apretó un timbre, y su repercusión se oyó en el lado
Oeste del país, y en el Norte y en el Sur y en el Este.
Y el pueblo concurrió espiritadamente a su llamado.

Pero se dirá mal.
—porque nosotros en ese no pensamos.

Se dirá Dios.

Se dirá que su trueno vesicular ha detonado.
Pero se dirá mal,
—porque nosotros en eso no pensamos.

¿Quién ha sido, pues?
¿Quién ha tocado el fondo de Cuba
en su verdadero punto cubano?
¿Quién ha puesto la despertadora mano
en la raíz de la palmera y en el corazón del tabaco,
y en la cifra de Baraguá y el enigma de Dos Ríos?
¿Quién dijo, «Levántate» a la Sierra Maestra
y al Río Cauto le dijo «Anda»,
y de la Sierra salió un hombre y del Río salió una muchacha
que al encontrarse sus canciones tomaron de las manos
llegando juntos hasta Carlos III 609, en La Habana,
para celebrar alegremente el Primero de Mayo?

Diremos: es el Partido, camaradas.
Y se dirá bien
pues en este sí que pensamos.
En él pensamos cuando pensamos en Cuba,
a Cuba amamos cuando a él amamos,
y cuando por él regocijamos,
o cuando por él nos desvelamos,
nuestro regocijo y nuestro desvelo
serán por todos los cubanos.

(Por todos los cubanos una estrella,
una rosa por todas las cubanas,
por todo ser un Julio Antonio Mella.

Y a galope por todas las sabanas,
toda Cuba en un potro de centella
al vuelo de flamígeras campanas.

Tal verá a Cuba quien libre la quiera:
bravo oriental de la muerte gloriosa.
José Martí con la frente espaciosa.
Carlos Baliño y la fábrica obrera.

Rubén Villena, la rima primera,
la dinamita que al paria destroza,
la recortada que sangre reboza,
y el estudiante que muere en la acera.)

Estos recuerdos que evocamos
son de hace ya seis años.
Ahora no estamos en La Habana.
Ahora no estamos en la bonanza.
Ahora estoy yo en mi patria
—y esta cárcel de La Princesa
es significativa parte de mi patria.
—Pero estos recuerdos me enardecen.
Estos recuerdos me entusiasman.
Y me arde una interrogación

en medio del fuego del alma:
—Hoy, Primero de Mayo de 1952.
Primavera de la esperanza,
¿qué estará ocurriendo en La Habana?

Mi corazón me mira cara a cara.

Tranquilamente dice:
—No hay que desesperar, Camarada.

La Princesa, 1º de mayo de 1952

El Acabe*

Franjó el azur frontoneño
el *Camino de Santiago*
dos veces más, y una más
volvieron los Reyes Magos.

En sus jaquitas pintadas,
con sus tiples de aguinaldos,
sus espuelas eran seis
horquetitas de guayabo.

¡Qué gusto verlos llegar
a la vez por doble plano:
de puerta en puerta eran gente
y en los cielos eran astros!

Llegaban por las veredas
entre güícharos y cantos
y venían por los cielos
sobre los montes brillando.

Y lo recuerdo... En enero,
con el ripio terminado,
asomado a la ventana
mi padre dijo: —Este año
que viene, La Guardarraya
su mejor fruto irá dando.
Haremos más grande Acabe
que se ha hecho en el pasado.

Y fue. ¡Ver la florecida
que nevó, copioso, marzo!
Parcas lluvias, luz de abril,
la florecida plenaron.
Leche que llovió en el bosque,
sobre el verde, en cada árbol,
esa vaca de los cielos
que pace al lado de Tauro!

Ver granar junio y mirar
las orillas ir dorando,
y cargando hasta el agobio
encapsular sol los granos.

La guitarra correcostas
regresada de los llanos
ver finar julio, trayendo,
al cuello ya los canastos,
nuevos sueños a la luna,
nuevas coplas a los labios.

Claros triunfos del esfuerzo,
alegrías del trabajo,
que van por la vida arriba,
vienen por la vida abajo,
como la línea melódica
del poema de los campos.

¡El Acabe ¡Qué ilusiones
las del Acabe! ¡Qué ancho
vuelo de jarana! ¡Trémulo
son que volando del cuatro
en un potro de piropos
la novia se irá robando!

¡Sueños que sueña la musa
de aquel que va improvisando
con madreSelva y lucero
sueño llevado en los brazos!

¡El Acabe! Y a su nombre
todo se va iluminando.

¡Cuando, en septiembre, una tarde,
sobre el monte se ha formado
tan rara nube! ¡Era un hombre
de ancha espalda y muy anciano!
¡Llevaba el hombre a la boca
sostenido entrambas manos
un gran fotuto, y de pronto
se oyó el caracol sonando!

Tremó el campo como trema
el zarzal si está quemando.
Una ráfaga tremenda
vibró al monte, plegó el prado.

Luego, en el mundo, el silencio.

Huyeron los cucubanos,
los coquíes; cuanto vuela,
cuanto se mueve arrastrando.

La última luz del crepúsculo
fue como un lienzo morado.

Lo rasgó el viento. Girones
de nocturna sombra. Harapos
de panoramas deshechos
y luceros destrozados.
Desde su cuenca lejana
se trasladó el oceano
derramándose en la tierra
como un aljibe sonámbulo.
Luego, un remedo de día
que no llegó a ser creado.
Lívidas mutilaciones
entre el silbido satánico
de un ejército invisible
deshaciéndose en disparos.

Y esto lo vi. Sobre el cerro
que el viento dejara calvo,
bailaba un monstruo gigante
con dos molinos de brazos,
en un solo pie. ¡Ese pie
sobre la tierra clavado
lo hundía en la tierra! Escarbaba
en loco giro, bailando.
El fango subía en un chorro
enloquecido, girando.
Y cuando el gigante monstruo
fue del cansancio ganado,
al derribo de su cuerpo
quedó la tierra temblando.

Lo aplastó todo. Ni un trino.
Ni una sombra. Era el amplio
horizonte sin árboles.
Desde Cerro Gordo al Paso
de Yunes. Todo horizontes.
Y en medio los ríos cargados
de escombros. Tremendos ríos.
Todos los ríos sangrando.

¡Padre mío! ¡La Guardarraya!
¡Todo El Cariño! Y andando,
solo, entre troncos caídos,
miré sus ojos.

Pasaron
sobre las ruinas, sus ojos.

Y ya diciembre, salvado
lo salvable, ya rehecho
lo que rehacer fue posible,
llorado ya lo llorado,
la afirmación de la vida
reafirmaba su mandato.

¡Nadie lo creyó, de súbito!
¡Nadie lo creyó, y en cambio
era cierto! Todo el glácil
había sido preparado
y el festival de El Acabe
don Diego va a celebrarlo.

(Alrededor, como un fantasma
del huracán el estrago.)
Sonó la guitarra triste.
Seco y duro cantó el cuatro.
Y una a una las muchachas
a bailar fueron sacando.

¡Sueño que sueña la musa
de aquel que va improvisando
con madre selva y lucero
sueño que lleva en los brazos,
y en la jaca del piropo
un corazón va robando!
¡Claros triunfos del esfuerzo,
alegrías del trabajo,
que va por la vida arriba,
vienen por la vida abajo,
como la línea melódica
del poema de los campos!

¡Acabó alegre El Acabe!
Y con el pecho alegrado
volvió el hombre a su faena.
¡Marchó al recuerdo el pasado!

¡Nuevas guabas de El Cariño!
¡Cafetal nuevo sembrado!
¡Guardarraya que creciste
nuevamente de sus manos!

¡Ahora que huérfano vuelvo
a la sombra de tu árbol,
bien sé que mi larga deuda
mal con estos versos pago!

1955

La guardarraya

Cuando libraron los negros
habiendo sido estrenada,
a buen estado repuso
—muy lo primero— la casa.

Ya en el campo éramos todos

para tiempos de la Octava.

El alambrado de púas
fue sucediendo a la maya.
Acabó pronto el desmonte.
Nunca se vio tal peonada
por estos campos de Dios,
en los árboles trepada.

Sobre el paso del levante
iba la limpia avanzada.
Con una red de caminos
toda la finca enlazaba.
Hizo talar los cercados,
sombra reseñar, terrazas
en las pendientes, y hoyos
para filtros y hojarascas.
Muró la joya que corre
desde El Burgo a Las Malangas.
Y cuando en mayo lluvioso
tendió su manto la blanca
flor del cafeto, lucía
cual si otra fuera, la estancia.
Más, en parte de la finca,
que llaman La Guardarraya,
unas doce cuerdas eran
todo higuillo, helecho y zarzas.
De mi padre esta iba a ser
la niña de su mirada.

¡Nunca lo podré olvidar!
¡Pieza de La Guardarraya!
Una dulce primavera
y unas manos que trabajan.

Por otras partes del mundo
los hombres se asesinaban.
Rugía el Bertha homicida
sobre los campos de Francia,
haciendo sangre los ríos
y los bosques llamaradas.

El fuego que ardía en Frontón
consumía las yerbas malas,
y aventadas las cenizas
la siembra se comenzaba.

Había otros hombres que
en sus pechos la venganza
escondían como una víbora
de veneno alimentada.

Allá, en Estados Unidos,
en un pueblo de Alabama,
el cruel miedo del prejuicio

a un negro vivo quemaba.

Pero los que en esta finca
la buena tierra labraban,
con Dios y con ellos mismos
tenían en paz las almas.

Sobre la tierra el sudor
de sus frentes derramaba
la bendición de la vida
que es comer lo que se gana.

Hora no había con sol
que mi padre descansara.

Llovió una luna
Ya el trueno
de septiembre restallaba.
Luego, dos veces cayeron
del roble las floreadas,
y dos veces maduraron
en el huerto las naranjas.

¡Era de verse lo linda
que crecía La Guardarraya!
¡Era de verse el orgullo
con que mi padre la amaba!
Y un día, cuando unas cuatro
Navidades recordaba,
ya por las fiestas de Cruz
(¡adórote, sol y plata!)
se oyó la voz de mi padre
subiendo de entre las guabas:
—¡La primera flor muchachos!
¡Florece La Guardarraya!

¡Flor de El Cariño, primera
flor de una buena labranza!
¡Flor que contiene los jugos
de la tierra y de las almas!
¡Subas por la cordillera!
¡Por toda mi tierra vayas!
¡Toda mi Isla seas tú,
blanca flor de la esperanza!
¡Que el viento no te deshoje!
¡Que el sol no te marchitara!
¡Que en fruto te vuelvas, flor,
y en flor el fruto trocaras!

Y por los siglos de siglos
que florecerá mi patria,
la tierra en ti se haga flor
y tu flor fruto se haga!

Prólogo de Yerba bruja

Hay en Puerto Rico una yerba llamada *bruja*. Don Ismael Vélez, en su libro *Plantas tropicales*, p. 48, la describe así:

Bryophyllum pinnatum (Lam) Kurtz. —Bruja, yerba bruja. —Crasulaceas (familia de la bruja).— Este yerbajo, típico de las regiones cafetaleras sobrevive casi todos los tratamientos de erradicación, desde el desyerbo a mano hasta concentraciones altas del yerbicida 2,4-D. El nombre vulgar de bruja hace referencia a su resistencia a los tratos más crueles que puedan dársele. El tallo carnoso retoña con facilidad; y cada ondulación o mella de las hojas también carnosas, es una región potencial para el desarrollo de una matita. Aun guardadas en libros o suspendidas en clavos las hojas suelen retoñar. Es a esta característica que alude el término griego del cual se deriva el nombre genérico.

No posee esta yerba elementos narcóticos que pudieran convertirla en fuerza de alteración imaginaria de la realidad. Su prospecto botánico no me capacita, pues, para usar su nombre como símbolo de la transformación imaginativa de materiales puertorriqueños en poesía.

El sentido *mágico* de su nombre era demasiado incitante, sin embargo, para que dejara de moverme a la connotación titular de mi libro. Mi conocimiento de la planta, viejo como mi edad —hijos somos los dos de la región cafetalera— y su comprobación en la obra, científicamente rigurosa y para mí fascinante de don Ismael Vélez, bastaron para mi decisión. Porque, si la raíz de lo puertorriqueño ha logrado sobrevivir a casi «todos los tratamientos de erradicación», desde «el desyerbo a mano» de la conquista española y la lava ardiente de la forzosa inmigración africana, «hasta concentraciones altas del yerbicida 2,4-D» del sistema deformador entronizado con la invasión yanqui, entonces la yerba bruja es el mejor símbolo de la admirable, mágica capacidad de lo puertorriqueño para sobrevivir todas las adversidades. «Su resistencia a los tratos más crueles que puedan dársele», es un fenómeno que ha de asombrar a los futuros botánicos y fitotaxónomos de nuestra flora histórica.

Sería ridículo que lo anteriormente expresado me haga aparecer confundido sobre lo que Puerto Rico es. Nuestra patria es una nación hispanoamericana. Somos los descendientes de indios, españoles y negros. Y en la transculturación de estos elementos, que nos completó como nación, nuestro común denominador es lo hispánico. ¿A qué, entonces, nuestra constante evocación literaria del indio y de lo indígena? ¿Resonancia a secas del romanticismo? No. Es que secretamente nos conmueve el sacrificio de los que fueron nuestros últimos paisanos realmente libres. Nuestra añoranza indiana es nostalgia de la libertad.

En este libro no hay sólo elementos indianistas. Siendo puertorriqueño, otros componentes ha de tener. Aparte la perogrullada de que ha sido compuesto en español, y que en buen español se ha deseado escribirlo, el lector encontrará en sus páginas comprobaciones adicionales en formas métricas tradicionalmente castellanas. Y ese amor de sangre y burla que viene con la espinela y el disparate *trobado*.

Mas, si todo no es material indígena el de este libro, el tema indio ha recibido en él consistente tratamiento. He encontrado, desde hace años, en el *Popol-vuh*, libro sacro de los mayas, inspirada fuente de orientación artística. No es en lo mío, sin embargo, emigración imaginativa, sino punto de referencia. Lo que de mí sale me vino de mi tierra. Me entró por las raíces. ¡Yo creo en mi América, en mi Caribe, en mi Borinquen! ¡Aunque sólo de mi Borinquen soy en cuerpo y alma!

¡Ahora sí! Al tratar el tema indio he intentado hacerlo de manera distinta a mis muchos ilustres predecesores. No narro. No evoco. Intento actualizar. Aplico al tema un tratamiento casi reminiscente, en el sentido platónico del vocablo. No he pretendido desenterrar una momia. He deseado hacer visible el resplandor de la imaginación india presente en la nuestra —en la mía,

por lo menos. Y he querido hacerlo en una forma viva. Como vive en ciertas ancestrales intuiciones y en determinados reflejos subconscientes del alma patria. Como vive en nuestra toponimia y zoonimia, en nuestra fitonimia y ornitología.

Lo he hecho mediante un procedimiento literario cargado de propósito. (No creo en el sonambulismo estético.) He querido contribuir mi porción de abono para que siga viviendo. Lo he hecho por saber que la vida engendra vida.

Dice el erudito don Ismael Vélez que en la yerba bruja, «el tallo carnoso retoña con facilidad y cada ondulación o mella de las hojas también carnosas, es una región potencial para el desarrollo de una matita».

Pues bien. Riego, contra la mano intrusa y el cultivo extraño, esta sementera de *bruja*. Y, como «aun guardadas en libros sus hojas suelen retoñar», acariciándome quedo con la esperanza.

Yerba bruja

Caminando por el monte
vi acercándose una estrella.
Yerba bruja me ató el pie.
Sentí pesada la lengua.

Debajo de los anones
un arco lanzó su flecha
que era rastro luminoso
de cucubano o luciérnaga.

Seguí andando, seguí andando
sin saber rumbo ni senda.

A un claro de seboruco
llegué al fin.
Froté la muesca
y aspiré el humo sagrado
que hace la boca profeta.

¡Bateyes del Otuaio
para la danza guerrera!

Tú gritaste, ¡*Manicato*!
Y yo, encima de la puerta,
cuando la noche acababa
colgué mi collar de piedra.

De *Yerba bruja*, 1957

Guanín

Porque me pusiste al pecho
este guanín relumbrante,
he de andar, el hacha en mano,
y la muerte por delante.

Mano que unciste a mi cuello
el guanín del batallar:
con mi cemí, con mi flecha,
¡conmigo te enterrarán!

De Yerba bruja, 1957

El mundo es de otra manera...

En hojas de yerba bruja
bebí, larga y lentamente,
sorbo a sorbo, aquel rocío
hecho de luna clemente.

El mundo es de otra manera...
(Un sí es no es, realmente.)
¡Ah palma! Por mi quimera,
a orillas de la cascada,
no eres sueño ni palmera:

Eres mujer: india amada,
para el areyto ligera
como de novia ataviada!
Y en honor a tu belleza,
bien hilado en mi poesía,
me sacaré de las venas
un collar de peronías!

De Yerba bruja, 1957

Inriri cahuvial

Envuelta en un remolino
de alas, te vi primero.
Vi el resplandor de tus ojos
y vi tu pelo.

Cabellera de noche clara
con tabonucos vueltos luceros,
vueltos cometas;
y ojos en los que arden llanos y cerros
con quemazones alucinantes
de cucubanos revoloteando sobre un espejo.

Borrando todo sobre mi frente
pasó un recuerdo que ya no era sólo recuerdo.
Llevando todo consigo, todo,
pasó una ráfaga que ya no era tan sólo viento.
Bajo tu pelo, bajo tu frente, bajo tus ojos,
que no eran ojos, ni era ya frente, ni aún era pelo,
sino ramaje, sino rocío que me miraba desde las hojas:
hacia esa forma que era tu tronco siendo tu cuerpo,
se fue volando lo que yo era, lo que yo he sido:
con las dos alas, y con las uñas, y con el pico
[del carpintero.

De *Yerba bruja*, 1957

Recreaciones panorámicas

I

Una tribu de imágenes fantasmas
bajo la luna de septiembre parte.
Vuelan, en la guazábara inaudible,
cibas, caneyes, guayzas, haytinales.
Con el embrujo de Maroho forma
alucinado hyén la última imagen.
Y un arcabuco de macanas monta
su vegetal areyto en homenaje
cuando Guaybana sale del ausubo
y se sienta en la *Silla de Guilarte*.

II

Cercana Adjuntas. Por el mar de cerros
que en el más lueñe monte hace ribera
un bergantín de roca encara el viento,
llevando por lo *alto la bandera*.

III

Ha temblado la tierra.
Cayey abre a los campos sus ventanas.
Desde las cumbres luminosas oye,
hasta los entoldados de La Plata,
cómo muge su Toro enfurecido.

—¡*El Toro de Cayey en la mañana!*—

IV

Si quieres mirarle al Sur
—azul y verde— el semblante,
tirarás los anteojos
al llegar al *Asomante*.

V

Pero si quieres perder
y no recobrar, el habla,
ve con los ojos cerrados
y ábrelos en *Guajataca*.

VI

Soñé que el agua era cielo,
que era azúcar la arenilla:
cuando desperté bogaba
por el *Bajo de Patillas*.

VII

Un hombre perdió el oído.
No tiene voz, y no anda.
Fue que yendo hacia Maunabo
se detuvo en *Mala Pascua*.

VIII

En una noche oscura. Grave el alma.
Por los cerrados cielos ni una estrella.
Un horizonte de betún. Adentro,
sin forma o voz, un algo, una quimera.
En el silencio sin color se escucha
la ola espaciarse en la invisible arena.
Súbitamente se ilumina el ámbito.
Un repentino enjambre de luciérnagas,
un estrellado cielo, en la bahía,
prende a la vez sus mil fosforescencias.
Desde el fondo del mar salen a flote
algas de verdes ojos de sirenas.
Y yo me arrojo al mar, ¡en luz me ahogo!
¡Insomne mar ardiente! ¡*La Parguera*!

De *Yerba bruja*, 1957

De Ciales soy

Corría por la bajura.
Flechaba el sol en mi frente.
Hembra, ¡juj! ¡Qué sol ardiente!
¡Qué sol ardiente en la altura!
Ni una sombra en la tortura
de cristal resplandeciente.
Ni una nube en la vertiente
del cénit puertorriqueño.
Pero tu amor fue beleño,
sombra, y agua de la fuente.

A solas y a ciegas iba.
¡Mi carbón de Cordillera!
¡Diablo de mi enredadera
sauce abajo y palma arriba!
Trueno que noches derriba
en guazábaras de sombra.
Pero ya mi labio nombra
tu sílaba matutina,
y el egregio Zemí se inclina
y *Camuy, joven, se asombra.*

Te encontré, Loarina, un día.
Mira si estaré contento
que al ciclón de barlovento
le encaro la fuerza mía.
La lluvia, ¡qué lluvia fría!
Y el viento, ¡qué ventoleras!
Pero si en casa me esperas
hasta casa he de llegar.
¡*Turey*! Me has de guiar
entre riscos y laderas!

Soy como potro cerrero
que la jáquima resiente.
Yo soy como aquella gente
que se alzó con *El Leñero*.
De Ciales soy. Soy del fiero
riñon de la serranía.
Fíjate tú si querría
jurutungos y escotero.
Repara lo que te quiero
que te doy la vida mía.

Jardín del Trotcha,
La Habana, enero de 1946

De *Yerba bruja*, 1957

Serenata

*Asómate a esa vergüenza
cara de poca ventana,
y dame un jarro de sed
que me estoy muriendo de agua.
(Disparate trovado, siglo xix.)*

De tu casa en el solar
hay de vergüenza una mata,
y ya, del sol escarlata
estoy, de tanto rondar.
El día ha vuelto a fugar.
Los saucos de su trenza
ya la luna los destrenza
sobre mi mayo florido.
¡Vuela, corazón sin nido,
asómate a esa vergüenza!

Bien lo sé. Tu ánima es fría
y la noche te acobarda.
Mas yo soy un espingarda
que al amor te desafía.
Eres pura en demasía.
Tienes vocación de hermana
del Coro de Santa Ana.
Pero, ¡hay!, ¡eres tan linda!,
¡grosella boca de guinda!,
¡cara de poca ventana!

Tanto apuraste el recato
que te me he puesto mohoso,
y me veo tan borroso
que más parezco un retrato.
¡Jum! ¡Lo que es amor de gato
que no alcanza la pared!
Hazme, chica una merced
que me traiga al cuerpo el alma:
¡vuélvete coco en la palma
y dame un jarro de sed!

¡Diantre! Invéntate alguna
manera de brujería,
hecha con menta del día
y yerbaluisa de luna.
Añade nieve de tuna
y una menguante de jagua.
Échalo todo en la fragua
de San Telmo trotifoco,
¡y vuelve, vuélveme loco,
que me estoy muriendo de agua!

De *Yerba bruja*, 1957

Ahora me estoy riendo

*Una vez yo te quise
y siempre te estoy quisiendo,
y el amor que te tuve
siempre te lo estoy teniendo.
(Copla popular, siglo XIX.)*

Te pusiste mi sombrero
y yo te di un beso, m'hija.
También te di una sortija.
Fue juntito al limonero.
Fue por la luna de enero
y para siempre entendí.
(Eso te lo dije allí.)
Pero, no; no entendí bien.
¡Ay corazón de lerén!,
juna vez yo te quise!

Llevo, en un blanco papel,
siempre una décima escrita,
y siempre tengo una cita
con la muerte y el laurel.
Y siempre con el clavel
voy lo que quiero diciendo,
y siempre me estoy comiendo
el corazón con que adoro,
y siempre, siempre te añoro,
y siempre te estoy quisiendo.

Cosas hay que nunca pierdo:
el trillo de la quebrada,
la amapolita morada
y la luz de tu recuerdo.
Yo tengo el olvido lerdo
y el genio como de ají.
Y yo guardo un pacholí
metido bajo la almohada,
y tengo una madrugada
y el amor que te tuve.

Esperé por ti un buen rato.
Me encandilé de tal modo
que me mordió el perro godo
y le hallé tres pies al gato.
¡Ay la carne en garabato
y uno abajito y queriendo!
¡Ahora me estoy riendo
pues todo el tiempo lo cura,
pero aquel plan de locura,
¡siempre te lo estoy teniendo!

De Yerba bruja, 1957

En la vida todo es ir

*En la vida todo es ir
a lo que el tiempo deshace.
Sabe el hombre donde nace
y no donde va a morir.*

El hombre que en la montaña
—por la cruz de algún camino—
oye la voz del destino,
se aleja de su cabaña.
Y prosiguiendo su hazaña
se dirige al porvenir
una esperanza a seguir.
Mas no ha de volver la cara,
pues la vida es senda rara:
en la vida todo es ir.

Miro esa palma que airosa
su corona al sol ostenta
y miro lo que aparenta
la esplendidez de la rosa.
Contemplo la niña hermosa
riendo a lo que le place,
y lo que el viento le hace
a la hoja seca del jobo:
es la vida como un robo
a lo que el tiempo deshace.
Tuve un hermano que dijo:
—«Cuando salí de Collores...»
Así cantó sus amores
al Valle del que fue hijo.
Una y otra vez maldijo
la gloria que en letras yace,
(y en que su nombre renace)
pues que llegó a comprender
lo poco que es el saber:
sabe el hombre donde nace.

No hay más. Un solo camino
que se quisiera tomar,
mas la suerte del andar
maltrata y confunde el tino.
Nadie niegue su destino.
Es que ser hombre es seguir
—y un ideal perseguir—
por la vida hacia adelante,
sabiendo lo que fue enante
y no donde va a morir.

De *Yerba bruja*, 1957

Andando de noche sola

*¡Qué triste es una paloma
cantando al oscurecer!
¡Más triste es una mujer
andando de noche sola.
(De una décima jíbara)*

Al caer de monte en monte
el lindo manto del día,
y ya en la azul lejanía
liquidarse el horizonte;
cuando al vuelo del sinsonte
se ha enternecido la loma
y la dulce luna asoma:
cercana al canto del río
y oída desde el bohío,
¡qué triste es una paloma!

Por la vereda sombría,
habiendo dejado el llanto
en la paz del camposanto,
hasta la 'cienda volvía.
Una sequedad me hacía,
en el largo atardecer,
el ansia del fenecer;
y esa soledad que espanta
un lazo por la garganta,
¡cantando al oscurecer!

Duele mucho, mucho y hondo,
esto que estamos mirando.
El mundo se está salvando
y nosotros tocando fondo.
Mientras más la voz ahondo
más fiero vibra en mi ser,
pues si es duro en cárcel ver
mi frente que no ha pecado,
más triste es mirar al lado:
más triste es una mujer.

Cuando en traje de sudores
te miro sin compañía,
pesado el fardo y sin guía
en un ciclón de rencores:
incendios son mis amores
a los que el canto se inmola
como en llamas de amapola
—¡ay patria! ¡Por suerte viva
y por desgracia cautiva,
andando de noche sola!

5 de noviembre de 1950

De *Yerba bruja*, 1957

El diablo y yo

*Una vez yo llamé al diablo
y lo vi venir sin miedo.
Esto me salí ganando;
ni lo cuco ni le temo.*

Como trago de aguardiente,
como zinc al sol terrero,
como el ají caballero
o pica-pica inclemente:
alma jíbara y ardiente
—¡fue así, como yo lo hablo!—,
en patriótico retablo,
de cara a la muerte fría,
—en mi mano el arma ardía—
una vez yo llamé al diablo.

Se abrió el suelo americano
como un infierno de hielo;
y brotó, brotó del suelo
un monstruo que era un enano.
Venía como a echarme mano
y yo parado quedo.

Él parecía un torpedo
y yo un barco parecía.
Mas yo ante él me crecía
y lo vi venir sin miedo.

Hay en el hombre un estado
que se llama valentía,
pilar de sabiduría
y de la verdad soldado.
Y hay otro, más levantado,
que sólo se aprende amando:
llega cuando va acabando
en el alma la fiereza
y a vivir sin miedo empieza:
esto me salí ganando.

Al diablo ahora lo miro
sin rabio y aun sin desdén,
manque comprendo también
que amenaza mi retiro.
Yo con libertad respiro,
pues no estoy atado al remo
del banco esclavo y blasfemo.
Y al que a otros hace temblar
—temblar o desesperar—

ni lo cuco ni le temo.

De *Yerba bruja*, 1957

Ahora me despido

*Por seguir la estrella
ahora me despido,
con mucha tristeza.
¡Dios te salve, lirio!*

Me lo dejé todo
en la lejanía.
Hasta a la poesía
le di con el codo,
viviéndola a modo
de trueno o centella.
La mañana bella
me encontró despierto
y hasta hubiera muerto
¡por seguir la estrella!

En el horizonte
otra vez asoma.
Me voy a la loma.
Me vuelvo a mi monte.
Pues soy el sinsonte
que siempre yo he sido.
Canto al estallido
de un tiro en la palma.
Lo llevo en el alma...
Ahora me despido.

La flor del destino
la llevo en la oreja,
y es flor que no deja
torcer el camino.
Yo soy peregrino
por roca y maleza.
De una sola pieza
me hicieron de ausubo.
La *cuchilla* subo
con mucha tristeza.
¿Qué será en el mundo
lo que va a pasar?
¿Qué me hace la mar
si en ella me hundo?
Siento en lo profundo,
como ardiente cirio,
ajeno martirio.
La pluma quemaba
y el libro se acaba.

¡Dios te salve, lirio!

De Yerba bruja, 1957

El Leñero

(Poema de la Revolución de Lares)
(fragmento)

A lo lejos, ilumina
el bosque, un rojo fulgor.
Oye el golpe de un tambor
la atmósfera cristalina.
A los astros se encamina
un coro de tono fuerte,
cual si invocara a la Suerte,
a la Guerra, al Huracán,
a las potencias que están
gobernadas por la Muerte.

Rosado toma la brida
en la mano, y adelanta
a pie, por senda que encanta
la madre selva florida.
El misterio de la vida
indescifrable, acumula
la alta tesis que postula
la noche en el bosque umbrío,
en los rumores que el río
con los del viento copula.

Al llegar cerca de un claro
del bosque, lleva agitado
el pecho ya acostumbrado
a lo nuevo y a lo raro.
El pulso, como disparo,
siente en la sien sudorosa
y la mano temblorosa
rompe, para ver mejor,
el bejuco trepador
que a un débil arbusto acosa.

El terraplén está lleno
de la familia morena
con que el dulce Congo llena
el litoral borinqueño.
Alzado, el labio risueño
muestra el diente de palmillo,
esplende en el ojo un brillo
de contenida venganza
como el filo de una lanza
en un incendio amarillo.

Los negros bailan. Retumba
el monótono tum-tum,
en que dialoga el betún
con la tinta de la rumba.
Ráfaga de charol, zumba
en la copa del mangó,
y un relámpago punzó
signo de fuego restalla
abre, retuerce y estalla
en el trueno del bongó.

Los negros bailan. Rosado
se retira lentamente.
Su fino instinto presiente
viviendo, un rudo soldado
en el pecho lacerado
del hermano de color.
El martillo del dolor
le ha aflojado la cadena
y él mismo, presto, se ordena,
al machete redentor.

Piensa que es suyo este lar
por sus labores labrado,
y el noble hogar levantado
por su brazo muscular.
Que no ha venido a parar
en esclavo, por su ley.
En el África fue rey,
fue sacerdote y guerrero
y en esta tierra el primero
en batirse por la grey.

Y cuando suene en la altura
el clarín libertador,
será el paladín mejor
en la pelea más dura.
En la sangre que satura
el dolor en su pigmento
trabaja el bélico aliento
un sol de heroicos mañanas.
Él dará a las antillanas
huestes su mejor talento!
Pronto, brota un surtidor
de música: son violines
pulsados por serafines
los trinos del ruiseñor
en el bosque. El primor
de la acacia se ha inclinado,
el orgullo sosegado
por el dulce madrigal
hecho con fronda otoñal
en la redoma del prado.

Y hacia donde va el camino
perdiéndose en la montaña
el horizonte se baña
en un silencio divino.
La estrella de su destino
el Leñero, ve salir,
y su rumbo a perseguir
se dispone. Ya logrado
su empeño. Manuel Rosado
hacia Lares va a partir.

¡A Lares! Alto baluarte,
almena, curul y altar,
asta en que ha de flotar
el genésico estandarte.
De la Silla de Guilarte
serenísimo señor,
trompeta con el clamor
de todo un pueblo vibrante.
¡Marcha la estrella adelante!
¡Adelante el Leñador!

Cárcel de La Princesa
San Juan de Puerto Rico,
septiembre de 1936

Yo los encontré despiertos

Me dijeron: —Están muertos.
Fui a su tierra.
Yo los encontré despiertos.

Con su rifle y su Fidel
atrás quedaba La Habana
—Cuba fiel.

Más allá mi Puerto Rico:
enamorado palomo
que tiene sangriento el pico.

Yo en avión.
Yo volando sobre el Golfo
como por una ilusión.

Y en la línea que hace el mar
con la tierra mexicana
los vi pintar.

Uno, con sangre y canana,
el buen mundo de mañana.
Lo pintaba al guerrear.

La sangre pintaba el otro:
la de sufrir y luchar,
esa sangre de la historia
que no se quiere secar.

Hombres tan bien contruidos
¿cómo han de morir?
¿cómo han de dormir
hombres tan bien advertidos?

Pintar los vi. Pintar la era,
el adobe y el cañón,
el magüey, la soldadera.
Todo en México es Rivera
si tiene forma y color,
si tiene fuerza, bandera,
rostro, dolor.
Todo en México es Zapata
cuando se dice valor.

Otra vez, como huracán
de rifles y pabellones,
de puños y corazones
los mexicanos irán.

Como en Cuba de Fidel
volverá a guerrear Zapata,
armado de barba y hiel.

Yo encontré a Zapata vivo.
Blanco el potro, y a Rivera
sujetándole el estribo.

Nadie diga que están muertos
Zapata y Diego Rivera.
Yo los encontré despiertos.

1960

Guaracha segunda*

I

Pitirre que fue atrapado
en una trampa de hierro
sabe que callar es yerro
de ruseñor derrotado.

Puesto que se ha de morir
no se muera sollozando.
Es bueno morir cantando
porque cantar es vivir.

II

Yo tuve la buena suerte
de nacer cuatro templado
y de haber galanteado
a la mismísima muerte.

Fue en un día ya lejano.
No marchita en mi memoria.
El misterio de esta historia
lo llevo escrito en la mano.

Recuerdo la selva oscura,
de las estrellas el manto.
Recuerdo que iba en mi canto
el rapto de la hermosura.

Bajo casco y resoplido
pasaba el monte sonoro.
Entre mis espuelas de oro
moría el tiempo vencido.

Cuando, del vado a la orilla
me volví por darle un beso,
¡qué espanto! ¡Era de hueso
lo que pareció mejilla!

III

Tarde, una tarde morada
desde un suspiro de amor,
voló, como un resplandor,
una tórtola dorada.

Lo vio un niño. De su honda
partió duro y triste acierto,
y vi desplomarse yerto
el vuelo de oro en la fronda.

Corrí a la palma desierta
a cuyas plantas cayó.
No, no encontré el ave, no.
Encontré una mujer muerta.

IV

Oí, en un cuarto de luna,
piafar la jaca briosa.
Pasó como la raposa
dejando huella ninguna.

Primera luna de estío.
—El astro en junio y sequía.

El sur nocturno mujía
por el pedregal sin río.

V

Iba lento y solitario.
Súbito el llano piafó.
Y en mi oído galopó
el caballo imaginario.
Remonto a la lontananza
con bridas de oro, El Cariño.
Donde dejé de ser niño
se va al paso mi añoranza.

Cierto es. Trisca aventura
el zaino de mi recuerdo
y me siento como cuerdo
«que recobra su locura».

Aguas de clara poesía
en las que se hunde hasta el pecho,
busca la jaca el repecho
vadeando la alegría.

Más allá de la floresta,
más allá, por la pendiente,
se desgaja la corriente.
Se desgaja, clara y presta.

Siete corpiños de espuma
la frívola se desata.
Su cabellera de plata
se deslíe entre la bruma.

Bruma. Y en un remolino
una voz canta que encanta.
Bruma. La luna abrillanta
las piedras de mi camino.

VI

Una noche, en la heredad
ardió las cumbres el rayo.
Iba mi voz a caballo
en medio la tempestad.

—Rayo, ¡quema! Viento, ¡azota!

¡Ahoga, mar! ¡Arrastra, río!
¡No sois prueba para el brío
que no cede y no se agota!

Mitad flor, mitad lucero,
de la espuma en la rompiente
vi tu frente, ¡vi tu frente!

¡Viva, clara luz de enero!

Y aun más allá del rugido
del rayo, el viento y el mar,
cuando me sentí llamar
grité tu nombre querido.

VII

Desde el fondo del abismo
llegó la Fiera. Echó el diente.
Callé. Morí. Lava ardiente
era el fondo de mí mismo.

No soy de madera. Fui leño.
Leño fui. Me torné flama.
La claridad de mi llama
es el resplandor de un sueño.

De *Genio y figura*, 1961

Día antes

Jugábamos a recrear este mundo.
Hacíamos pichinchas, illimanis, aconcaguas,
paraná, moctezumas, incas, caupolicanes.
Juguetes para niños:
cibucos y loarinas,
guilartes, asomantes, maravillas.
Piedras preciosas:
luquillos, lapizlázulis,
hechizadas pargueras nocturnales,
amonas de esmeralda y oro.
Un vieques nada más,
color de grito.
Un mar: este lo hice a solas para ti,
con una barca que fuese una magnolia.
Y muchos peces de colores.
Última hora
puse en él unas rocas
negras para que se hiciese la espuma.
En el fondo, con hilos de venas,
cosí el coral.
Alzaste los ojos.
Y en el espacio superior, vacío,
fulgió el azul.

Pero volvió a ocurrir.
Se robaron el mundo, las formas, el color.
Sembraron la moneda.
Rebanaron la tierra.

Partieron el mar.
Hirieron los montes
y raptaron las islas.

Paraíso, ¡te falta su habitante verdadero!
Para que nazca el que te merece
construiremos ¡oh espanto! la guerra,
haremos ¡oh gloria! el combate.

¡Hijo del fuego y el amor!, ¡¡lucha!!
—Tu herencia es el paraíso—.

De Pausa para el amor, 1967

Poema para otro aniversario

Quiero recordarles cuando nací, yo,
hijo pecador de Diego Candoroso y María Brígida
[Circumspecta.
Y hace mucho tiempo, ahora se cumplen no sé cuantos
[años,
esposo amantísimo de Consuelo La Rebelde.
El Balbas saltaba entonces tan espumoso y ancho
que parecía macizo, duro, y en la callada noche
La Sonadera bramaba sobre la Plaza de Ciales como
si se dejara caer desde la vieja torre de la iglesia.
La gente sabia del pueblo —que la había—
pronosticaba cómo, un día,
el río correría por las calles
e invisiblemente llegada, la luz se haría en todo Ciales
con solamente apretar un botón, un botoncito negro
[y redondo.
Nadie sin embargo, nadie era tan atrevido
o sabio para dejarnos saber que
llegarían los tiempos cuando
oiríamos tronar en nuestras propias casas
los cañones de España,
los obuses de Coventry
y muchísimo menos contemplar
la luna pisoteada por los imperialistas.
—(Y uno, así, poeta y combatiente y todo
sin poder siquiera decir ji.)—
He vivido bastante para ver cumplidas
aquellas profecías, he vivido
para ver realizado lo no predicho
—yo, Juan Antonio Corretjer Montes, de 65 años
de edad en 1973, pasado por desazones y traiciones,
penalidades y combates y
retrocesos y hambres;
jamás humillado, jamás herido ni aplazado,
atreviéndome siempre sencillamente a ser quien soy,

tal y como me lo aconsejó una tarde en Atenas

[olímpica

el más eminente de mis antepasados:

a mí, griego de Ciales,

africano de Loíza Aldea,

romano de Lares, catalán de La Jagua,

puertorriqueño desde Fajardo a Cabo Rojo

y comunista hasta sentir la tierra en que nací como si

[fuese una

hermana dolida ultrajada, violada, abandonada, dejada

de la mano de Dios, tan triste que me obliga

a matar sin sentir odio ni ganas de matar;

a morirme del deseo de ver a todos

los obreros del mundo unidos y triunfantes.

Y a vivir, vivir, querer vivir

para vengar a Van Troi traicionado,

para combatir junto a Toño y a Manuel,

luchar junto a los que tienen dieciocho años,

hasta clavar el último dólar contra el paredón de Jayuya

y llegándome hasta la tumba de Albizu

—Ya está hecho viejo, decirle.

De Aguinaldo escarlata, 1974

Aguinaldo escarlata

Bien yo sé, Puerto Rico,

qué es lo que está pasando

como una gota ardiente del estío

por ese mundo tuyo de corazón insomne.

Ya puedo ver lo que veo, escucho

la corriente de voces que se despeña

de día a noche, dejándome un suspiro,

un anhelo con que decir al rumbo

«por aquí no ha pasado».

«Vete, malísimo.»

Todo conspira.

Los átomos y las estrellas,

la cautela del riacho bajo la brisa

y yo, solo entre los árboles

con mi rifle vacío y mi palabra

mordida

como una cáscara

que va perdiendo su virginal dulzura.

Trato de saber, recordando.

Reconocer

la cítara quebrada, el acero

azul con la sangre luminosa,

el después,

la cuna, con el pelo amarillo

y los ojos oscuros fijos en mí
desde una esperanza tan misteriosa.

Un raudal corre sobre mi pecho.
Vengo
desde las aguas cristalinas.
Riego
de sonoras escamas el silencio.
No encuentro
una hoja con qué quebrarlo, el iris
podría romper el ánfora sublime
y derramarse todo el azul. Mis manos
lo sentirían huir entre los dedos.
Y entonces sería horrible
que ruja el puma espléndido
que yo amo, o el altivo
corcel con que retozo piafe
o aún el zorzal junto a la almendra, silbe.

He dicho la verdad.

Ahora veo en la noche nacer la hoguera.
La veo arder, arder hasta
tornarse gris y yerta.
Y echando alas irse lejos, muy lejos,
como un puñado de semillas
llevadas en los picos por los pájaros.
Pero los pájaros viven para cantar.
Mas no cantar como nosotros los hombres
cerrada la boca, con el cerebro a solas
o a solas con el corazón roto.
Ellos no pueden, —y veo
lejano el horizonte
alzarse el bosque en llamas,
venir corriendo el puma
a lamerme las manos, alzarse
en dos y estremecer el aire, el brioso
corcel, y aún el zorzal tender el vuelo
lejos
de la almendra que cae mordida al suelo.

Isla y llama. Ha sonado
la hora de cantar, la hora
de libertar la fiera; el plácido
cabestro de pastar librar el potro.
Y aún menos al zorzal decirle ¡alto!
La hora de partir, capitán,
entre la flor de espuma
y el clavel escarlata demorado
que el horizonte en llamas al fin prende
al pecho del gigante
¡Detente! nadie diga.

Procede. Marcha sea
todo el lenguaje humano.
Y el desfile,

el retoño de antorchas, los rifles victoriosos
pasen
como triunfos del sol sobre las aguas.

De Aguinaldo escarlata, 1974

En las aguas del Inabón el nombre

Si yo nacer quisiera
de nuevo, si pudiera
escoger mi nombre y mi apellido,
Inabón prefiriera,
Inabón Yunes fuera
mi nombre libremente decidido.

Estar claro,
por propia condición ser transparente;
pasar sencillamente
cerca al amor de la paisana gente;
discurrir sin reparo,
correr, saltar sobre la roca
o reposar sobre la linda arena;
siendo fuerza que choca
salvar, no destruir; no en pena
detenido quedar puro remanso;
bien ser arroyo manso,
más rebasar en el desbordamiento
que arrastra y que fecunda
e ir a la mar como un derramamiento
de la tierra profunda:
¿se ha de clamar que conozco esa ciencia?
¿o acaso no ha corrido
—¡fuente de mi conciencia!—
mi caudal por mi cauce preferido?

Mas si fuese Inabón, mi transparencia,
mi sencillez, mi fuerza, mi reposo,
no fueran jubiloso
beso de sol en sombras de mi mente,
ni impulso generoso
hecho de antaños en mi sangre ardiente.
Entonces, Inabón yo, naciendo
de mí mismo, y corriendo
desde la nube al mar, uno sería:
uno, lloviendo sobre la montaña,
uno, manándole en la entraña,
uno por monte y llano
y uno también vertido al oceano:
fuerte, claro, fluente,
con el vigor, la claridad, la fluencia
de mí mismo inconsciente.

Guasa sobre un loco

El cardenal Martín Garabato,
con ilustrísima excelencia,
se quita un zapato y se lo come
como eucarística galleta.

El cardenal Martín Garabato
se sopla la nariz arcangélica.
Y tras pasarse el quinto whisky
su servil rebaño amonesta.

—«No permitáis, amados míos,
de Albizu Campos la influencia.
No es católico. No es cristiano.
Ese atrevido la independencia
quiere que Dios se la bendiga
y le regale la presidencia.
Enciérrenlo antes que aquí llegue,
pues se le acaba la paciencia,
agarra un látigo y nos saca
como a cochinos de la Iglesia.»

El cardenal Martín Garabato
se ha retirado de la escena.
Rápidamente ocupa su mutis
el rojo profe con su dialéctica.
—«¡Camaradas! Ese hombre loco
no da por Marx una peseta.
De Lenin no sabe un comino.
En vez del Libro Rojo lleva
debajo el chaleco jurídico
una constitucional escopeta.
No sabe lo es repliegue
ni táctica ni estrategia.
Del sombrero saca pistolas.
Es una ridícula quimera.
Huyan de Albizu, camaradas.
Mi Facultad abre sus puertas.»

Mister FBI y Misis CIA,
Mister Pentágono y Misis Blair
levantan sus malditos recuerdos.
Rememorando se concuerdan.
Y el mequetrefe de turno
domesticado en Fortaleza,
todos a uno en desespero
le gritan de esta manera:

—«Ojo abierto y bien cerrada
esa tumba en María Magdalena.
Ese Albizu es un perro loco
y si se escapa nos desconcierta
y nos rompe el pasodoble
como nos hizo en el cincuenta.
Reúne a su lado cuatro locos,
cuatro o cinco pistolas viejas.
Mata a Lincoln, mata a McKinley.
A nosotros nos desencuaderna.
En una palabra, ese viejo loco
si del sepulcro saliera
lo menos que poder decimos
es que nos agua la fiesta.»

(Nosotros, todos a Coro.)

¡Sal de tu tumba, Albizu Campos!
¡Sal con una metralleta!
¡Con tu gran bandera patriota
y tu grito de independencia!

De *Los días contados*, 1984

**Leído el soneto «El padre de mi abuelo»
de Ramón Fernández Larrea, nacido en 1958, Escribo:**

2 sonetos

I

Es de un joven cubano este soneto,
de abolengo mambí justo orgulloso,
con tres generaciones de furioso
salto de potro audaz al parapeto

anticubano, y brusco remolino
de sangre familiar en el acero:
machete del estribo hasta el sombrero
jalonando en tres guerras el camino.

Este soneto leo y mi memoria
viva discurre por la herida historia
de mi país que golpe a golpe evoco.

Betances, mire Ud., esa poesía
ningún puertorriqueño escribiría.
¡Ni tú, Panchín Marín! ¡y yo tampoco!

II

Ocorre que al mediar el Siglo Veinte
los Estados Unidos se autoerigen
en amos del Planeta. Y lo rigen
con un atómico por Presidente.
Se llamó Harry Truman el enano,
el hazmerreir más tremebundo
que jamás existiera en este mundo.
Pero con bomba atómica en la mano.

Pues cuando esta desgracia era ya un hecho
fue Puerto Rico quien le pegó un grito
y una banderilla en la testuz.

Esto, muchacho, nadie más lo ha hecho.
Ni Hitler, ni aun Stalin o Hirohito.
Y ni siquiera Fidel Castro Ruz.

De *Los días contados*, 1984

Las rayas y las armas

I

Terciaba el día cuando llegamos
al paso de la alcabala.
Las carabinas extranjeras.
La tropa venezolana.

Nosotros como transparencias
de alucinógena solana.
Y al lado acá y al otro lado
Venezuela inmensa y llana.

II

Ir de Guaynabo a las llanuras
del Sur. A Ponce, a Guánica.
Cruzar la Sierra de Cayey,
la Loma de Pedro Ávila.

Expreso del Sur, con peaje.
Cada estación es una trampa.
Cesta avara y luz de paro
usureras y policiacas.

¿Quién lo diría? Esta es mi tierra.
—Allá Salinas, allá Caguas.—
Boricuas por dondequiera.

Las pistolas «americanas».

II

Recuerdo. En mi niñez entró Arica
caminando junto con Tacna.
—Era la guerra —se decía,
en tierras suramericanas.

Resonó luego tristemente
la Leticia colombiana.
Silencio. Decirlo es guerra.
Esa Leticia es peruana.

Un día caminé el mundo
maravilloso de las patrias
que al amor se me ofrecen todas
desde Cali a Antofagasta.

Y cuánta raya fronteriza.
Cuánta frontera innecesaria.
En todas partes mi misma gente,
mis mismas penas, mi misma habla.
Y todos suramericanos.
Las carabinas «americanas».

IV

¡Que viva, amigos, Morazán!
¡Viva! sí. —Pero, ¿qué pasa?
Se han reunido los ejércitos
de la unión centroamericana.
Todos los gobiernos mandaron
unidades a la guazábara:
gran maniobra estratégica
en la defensa una y amplia.
Tachito agita sobre todos
el democrático oriflama.

¿Qué ocurre? Esta no es historia
chorotega o nagrandana
ni para leerse en los textos
del Libro Sacro de los Mayas.

Esta es historia de ahora
periodística y rutinaria.

Concluyeron las maniobras.
Casualidad, en Nicaragua.
Y cuentan las prensas unidas
por debajo, y asociadas,
cómo ha aparecido muerto
Fonseca. Un jefe en llamas.
Son siete letras que arden, gritan,
en la guerrilla de Nicaragua.

Y bien se sabe lo mataron
con armas «americanas».

V

Levántate desde Bolivia.
Recobra las manos cercenadas.
Sobre Illimani, sobre Momotombo,
Pico Bolívar y Pedro Ávila,
¡álzanos con tu metralleta,
Comandante Che Guevara!

De *Los días contados*, 1984

Ahora estos nombres que regresan...

Ahora estos nombres que regresan.
Ocotal. San Rafael del Norte.
Yáguar que aullaba en las Segovias
y Urbano Gilbert mató a golpes.
En las emboscada, temblorosos,
piden lo que no conocen
los marins ahora suplicantes
ante el fiero Carlos Aponte.
Huracanes y terremotos,
serpientes, pumas y sinsontes;
y los Springfields y las Thompsons,
chorros de fuego los aviones:
arsenal tórrido de muerte
vuelto hacia los invasores,
arrebataado de sus manos,
restablecido en nuevo orden:
soberanía, patria, guerra,
el continente y las naciones
de América irredenta, paz,
libertad, —todo en un nombre:
bajo las alas de un sombrero
ojos recónditos y nobles;
ceñido el cinturón de balas,
colgado a la diestra el revólver;
botas hasta las rodillas,
el yanki bajo sus talones.
¡Y en negro laurel de pólvora
los sandinistas vencedores!

De *Los días contados*, 1984

Farabundo recorre El Salvador

He aquí una montaña de dinamita.
Un volcán de plomo.
Ventarrón de bazucas.
Un gran estandarte rojo.

Farabundo Martí camina
tranquilo y erecto entre las balas.
Aún lo cubre el ancho sombrero
usado antes en Nicaragua.

Vivió la experiencia definitiva.
Su mando triunfó sobre el fusilamiento.
Veamos a Farabundo Martí ahora
en el laurel salvadoreño.

Que el invasor ose presentársele.
Atrévase el yanki imperialista.
Farabundo lo echará a los perros
a bofetadas comunistas.

De *Los días contados*, 1984

Trova por Vieques

Isla por la mar perdida
vuelves a ser encontrada
y en una nueva alborada
por patria luz defendida.
Llegue a ti mi voz transida:
sobre el vuelo belicoso
llegue mi arrullo amoroso.
Tal como a tu playa llega
la onda blanda y veraniega
como beso tembloroso.

Huracanados aviones
borran el añil del cielo
y llueve sobre tu suelo
el plomo de cien cañones.
Extranjeros escuadrones,
fuego junto a su estandarte,
en vano intentan ganarte.
Porque a ti, Vieques impávida,
de amor y coraje ávida,
jamás logran humillarte.

Vuele hasta ti mi poesía
desde la Isla Mayor
y en tus balcones de amor
trine un trino de alegría.

Cante y triunfe en la porfía
contra el extraño trajín
el clamor de mi clarín
que, porque lo alientes tú,
gana junto a Leguillú
la Plaza de tu Fortín.

De *Los días contados*, 1984

ENSAYOS

Lloréns: juicio histórico

La octava década

En la octava década del siglo XIX nació en el pequeño poblado de Juana Díaz, Puerto Rico, el poeta Luis Lloréns Torres. Esa década octava del siglo XIX fue de inmensa importancia para el mundo y para Puerto Rico. Para este último no solamente porque en su transcurso le naciera su más alto poeta, y en séptimo año sufrieran sus patriotas la terrible persecución llamada El Componte, sino también porque en ella maduró en el mundo un fenómeno económico, político y social que habría de ejercer radical cambio en su destino. Y el poeta que entonces naciera habría de expresarlo como ningún otro puertorriqueño en el ámbito de nuestra cultura.

Cambios profundos ocurrieron en el mundo en aquellos años de los '80. Alemania e Italia terminaron su proceso de unificación. Y con procedimientos distintos, y en diferente medida, en Estados Unidos, Alemania, Rusia, Japón, Italia y otros países, las barreras que frenaban el desarrollo capitalista fueron derruidas.

La década anterior había todavía contemplado el dominio mundial indiscutido de la única nación verdaderamente industrial: Inglaterra. Pero en 1873 el capitalismo fue sacudido por la crisis económica mundial más aguda del siglo XIX. Aunque en Inglaterra sólo provocó, al principio, un ligero empeoramiento de la situación económica, ya en 1878 la crisis se desencadenaba allí también. En 1882 otra crisis sucedió a la anterior, y una depresión duradera siguió a esta crisis. Los monopolios industriales que Inglaterra había disfrutado durante casi todo un siglo fueron irrevocablemente rotos. A fines del siglo fue agudizándose la desigualdad propia del capitalismo premonopolista. Para entonces Estados Unidos y Alemania habían conquistado los primeros puestos en la elaboración de la producción industrial.

Las crisis económicas que se iniciaron en 1873 dieron nuevo vigor a la lucha por los mercados de venta, y condujeron, en algunos países, a la formación de capitales disponibles por primera vez en la historia. En esta lucha brutal y cruenta por los mercados y los centros de producción de materias primas, se verificó el reparto del mundo entre las grandes potencias. Comenzó una nueva era de conquistas coloniales. De uno de los focos de contradicción imperialista creados por esta lucha surgió, en 1898, la Guerra Hispanoamericana entre Estados Unidos y España, de la cual pasamos los puertorriqueños de nación autónoma a nación intervenida por Estados Unidos.

La retención de Puerto Rico en manos yanquis anunciaba al mundo la entrada del capitalismo en su última etapa: la etapa imperialista.

Cuando a principios del siglo XX el mundo civilizado, aceptaba con el Tratado de París, la esclavitud de nuestra patria como un hecho consumado, nuestro poeta Luis Lloréns Torres había terminado su formación cultural y se libraba de que su genio poético y su instrumento verbal fueran mutilados por la bárbara agresión del imperialismo yanqui a la cultura puertorriqueña.

Nacimiento del alma

Los años que contemplaron la infancia, la adolescencia y la temprana juventud de Luis Lloréns Torres contemplaron también la estabilización de una economía agrícola, minifundista, en Puerto Rico. La subdivisión de la tierra se hizo grandísima. No había grandes latifundios. La inmensa mayoría de los campesinos poseía tierra. La población se había hecho racialmente homogénea. La tierra era homogénea también desde el punto de vista de la producción. Las vías de comunicación mejoraron notablemente. El país estaba preparado para dar, verdaderamente, un gran paso adelante. Existían las precondiciones para una verdadera asociación cooperativa nacional. La Constitución Autónoma nos daba, a fin de siglo, un grado cuasi completo de unidad política.

De ese disfrute de la riqueza de su territorio devenga el pueblo puertorriqueño candorosa alegría, inocente júbilo, un a modo de irreprimible deseo de reír, de cantar, una suerte de gracia telúrica.

La invasión, en cambio, destruye aquel grado de unidad política. Pone al país bajo ley marcial. Los dos ciclones finiseculares —el político de San Washington y el atmosférico de San Ciriaco—, sembrando la incertidumbre histórica y la penuria financiera, promueven la inestabilidad sicológica. Detrás de la sonrisa que aún perdura en el puertorriqueño, murmura el ¡Njú! De la desconfianza jíbara; el donaire vuelve a tener la entraña sangrienta de la doble intención, de la defensiva, del contraataque.

Nuestro poeta, nacido en una estancia de café, se empapa hasta el hueso en nuestra cultura de sombra y aguinaldo. Aprende a reír y a cantar. La primera lección de retórica y poética la oye del boyero y la cogedora de café: y ella le clava en los labios, como oriflama, la estrofa nacional, la décima coqueta, galante, hiriente y combativa, que sabe «pelear derecho» y «pelear de salida», recular cubierta bajo guarda de machete e irse recta al corazón como el puñal del duelo. El hombre Lloréns aprende la lección de claridad y recelo, de malicia, de jaibería, a la vez misma en que aprende a «trastear» el «cuatro» o componerle una endecha al jibarísimo lucero del alba. Y, cuando ya pasado por las aulas universitarias va a cantar su canción culta, el civilizado instrumento es en él, sobre todo, estilización victoriosa del madero criollo.

Mantenedor cultural

El Romanticismo es manifestación superestructural de la revolución burguesa en su etapa juvenil. Mejor diagnosticado en la literatura y en el arte, tiene también su expresión jurídica. Al romanticismo jurídico, político y social pertenecen la Declaración de los Derechos del Hombre y la Declaración de Independencia de las colonias inglesas de Norte América. Y tanto como el *Delirio en el Chimborazo* la inspiración constitucional de las Repúblicas Bolivarianas. La entraña de Ayacucho se expresa grandiosamente en el panegírico de Sucre por Bolívar, al conocer éste las nuevas de la inmortal victoria.

Pero a medida que el proceso capitalista avanza, el resplandor alucinante —era resplandor sobre el abismo— se va disipando. El hecho a quedado registrado en la mejor prosa y en el mejor pensamiento de Puerto Rico. Escribe nuestro Eugenio María de Hostos;

Hombres a medias, pueblos a medias, civilizados por un lado, salvajes por otro, los hombres y los pueblos de este florecimiento constituimos sociedades tan brillantes por fuera como las sociedades prepotentes de la historia antigua y tan tenebrosas por dentro como ellas. Debajo de cada epidermis social late una barbarie. Así, por ese contraste entre el progreso material y el desarrollo moral, es como han podido renovarse en Europa y América las vergüenzas de las guerras de conquista, la desvergüenza de la primacía de la fuerza sobre el derecho, el bochorno de la idolatría del crimen coronado y omnipotente durante veinte años mortales en el corazón de Europa, y la impudicia del endiosamiento de la fuerza bruta en el cerebro del continente pensador. Así, por esa inmoralidad de nuestra civilización, es como ha podido ella consentir en la renovación de las persecuciones infames y cobardes de la Edad Media europea, dando Rusia, Alemania, los Estados Unidos, los mismos Estados Unidos (¡qué dolor para la razón, qué mortificación para la conciencia!), el escándalo aterrador de las unas a los judíos, de perseguir los otros a los chinos. Así, y por esa inmoralidad constitucional del progreso contemporáneo, es como se ha perdido aquel varonil entusiasmo por el derecho que a fines del siglo XVIII y en los primeros días del XIX hizo de las colonias inglesas que se emancipaban en América el centro de atracción del mundo entero; de Francia redimida de su feudalismo, el redentor de los pueblos europeos; de España reconquistada por sí misma, la admiración y el ejemplo de los demás pueblos pisoteados por el conquistador; de las colonias libertadas por el derecho contra España, inesperados factores de civilización; de Grecia muerta, un pueblo vivo. Ese entusiasmo por el derecho ha cesado por completo, y Polonia, Irlanda, Puerto Rico, viven gimiendo bajo un régimen de fuerza o privilegio, sin que sus protestas inermes o armadas exciten a los pueblos que gimieron como ellos.

El culto a la civilización, que de ningún modo más efectivo y más dueño de ella debería manifestarse que civilizando los pueblos cultos a los que están en el primer grado de sociabilidad, y ayudando en su tarea de civilizarse a los que han comenzado con obstáculos que, abandonados a sí

mismos, no pueden o no deben superar, ni siquiera es un deber a los ojos de los Estados. Se busan, acá y allá, principalmente en América y en Oceanía, islas estratégicas que gobiernen mares, estrechos y canales, y que aseguran la primacía comercial, y en caso de querella, la prepotencia militar del ocupante... (Hostos: *Moral social*, pp. 8-9)

Esta vuelta de espalda de la razón al derecho, que se inicia a la hora misma en que la crisis económica mundial de 1873 surge produciéndola, se desencadena sobre nuestra patria con la furia apocalíptica de una venganza de nuestro viejo y ofendido Cemí Huracán. El imperialismo nos ataca en las cinco puntas de nuestra estrella nacional: se apodera militar y económicamente de nuestro territorio, procurando desequilibrar el concepto de unidad territorial en la mentalidad puertorriqueña; decreta la ignorancia de nuestra vida histórica y la emigración en masa, para socavar nuestro sentido de unidad de convivencia cuatro veces centenaria; barre el café como primer renglón de exportación comercial y primera fuente financiera, alterando fundamentalmente la cohesión de nuestra comunidad de relaciones económicas, y ordena, en cruel y repetido ukase la oficialidad del idioma invasor como instrumento educativo, hiriendo trágicamente nuestra unidad de cultura expresada en la común lengua española y esforzándose en producir la destrucción total de nuestras puertorriqueñas características psicológicas.

Es como mantenedor de nuestra cultura, de la inmortalidad y de la irradicabilidad de nuestro vernáculo, frente a esa expresión imperialista, que Luis Lloréns Torres se levanta como un símbolo de la lucha puertorriqueña por su supervivencia nacional.

Parte formó, por indiscutible derecho lírico, de la mejor grandeza de América y del mundo. Junto a Rubén Darío, Chocano, Nervo, Valencia, Herrera y Reissig, Lugones, su nombre es astro en la constelación modernista de América. Su hermosa poesía tubo excelencia, alcance, logro y fama universales. Y la escribió partiendo, como debía ser, de las esencias líricas del puertorriqueño valle de Collores de su infancia estanciera. Su borincanidad —digamos su jibardidad— no le falló nunca. Docto en lingüística, graduado en filología todavía muy joven (su primer libro publicado fue un estudio de las lenguas araucas) conocedor profundo de los arcanos, de las raíces y de las sublimaciones de nuestro idioma, Lloréns, hombre de su tiempo, se enroló en el Modernismo, llevándose a él su entrañable boricanidad, su sentir, dolorido o jocondo, de buen jíbaro poeta.

El modernista

Si la independencia política de nuestra América encontró su canción en el treno romántico —Andrade, Olmedo— el Modernismo es la conquista de la independencia poética. Estabilizada la República, y con ella la desgraciada perdurabilidad del feudalismo colonial del latifundio y la explotación minera, dos hechos concurren a producir este levantamiento lírico fundado y encabezado por el nicaragüense Rubén Darío, ¡ese montonero de lo exquisito! Y así como la osificación de las instituciones públicas en España precipita la rebeldía institucional de América, así la osificación de las formas poéticas en la Península provoca el aburrimiento formal de los americanos; y como la guerra de independencia busca, para estabilizar el estado que crea, inspiración en la Enciclopedia, así también la lírica americana se va en búsqueda del matiz y la renovación formal a la fronda lírica de Francia, entonces dulcificada por el invitador crepúsculo simbolista. La clase propietaria, explotadora de las masas campesinas y trabajadoras, educa a sus hijos, los diploma en La Sorbona y en Saint-Cyr. Las bibliotecas privadas alinean, desde México a Buenos Aires, cientos de títulos franceses. Y con las rentas que paga el Estado, envía este a Francia —Cónsul, Agregado, Ministro o Embajador— al hijo del aristócrata arruinado o al joven promisor que llena de versos las publicaciones locales. Gracias a este proceso encuentra fecunda leva la recluta rubendariana, y deja Madrid de ser el meridiano lírico de América. Porque la insurgencia lírica no es servil cambio de coyundas: es valiente y radical declaración de independencia que lleva sus armas victoriosas y conquistadoras hasta la fortaleza de Salvador de Rueda. Y, fiel a su origen, esta independencia lírica es, como la política, derecho exclusivo de la clase propietaria.

Mas, a la hora en que la impar prosa de Rodó consagraba en su ensayo al poeta de *Prosas profanas*, y el *Ariel* llamaba con éxito a una reafirmación de la personalidad unitaria de la

América bolivariana, Puerto Rico era cortado de un solo tajo de su natural tronco americano, y en el exilio doloroso la tragedia patria empujaba a la tumba a su Betances y a su Hostos. Fue en ese momento en que el joven poeta de *Al pie de La Alambra* decidió, como parte de la última galopada de Ayacucho, hacerse un gran poeta, incorporar, con su aportación Puerto Rico a la avanzada cultural hispanoamericana, y, al fin, nacionalizar el esfuerzo, crear una poesía modernista inconfundiblemente puertorriqueña por su contenido, no sólo en su espíritu mas también en su doctrina estética pancalista.

Lloréns, sin embargo, fue siempre un poeta eminentemente folklórico. Gran artista, él traslada nuestro folklore a las altas formas poéticas. La décima de cuatro, guitarra y güiro del cafetal encontró en él su exquisito y poderoso sublimador. Aun en sus más grandes poemas modernistas —en la famosísima «Canción de las Antillas», por ejemplo— cuando se estudia cuidadosamente la estructura interna del arreglo métrico, se observa como el poeta mantiene en alto formas musicales del pueblo, regodeos galantes con la musa popular que forman, por sabio contraste estético con el magno aliento y el impulso renovador del poema, su encanto más dulce y duradero.

Poeta nacional

Juzgado como poeta nacional Lloréns es un doble ejemplo: el uno docente, el otro de índice de la tragedia puertorriqueña. En primer lugar Lloréns, con una vida entera de talentoso afán literario, señala a las generaciones más jóvenes y venideras su posibilidad única de visión universal y de tamaño ultrafronterizo por medio del cultivo, amoroso, consciente y limpio de nefastos chovinismos, de nuestra forma nacional. Porque la expresión de una cultura es la cumbre de la nacionalidad, así como es la economía su natural asiento, y en la cultura es el poeta su más sublime intérprete. Lloréns ha sido el más universal de los puertorriqueños por ser el poeta más auténticamente representativo de la puertorriqueñidad.

Como índice de nuestra tragedia colonial, Lloréns representa, en su gloria misma, un máximo dolor puertorriqueño. Él lo supo en su prócer silencio personal, y acaso por ello llevó siempre como corona de espinas su ramo de laureles. Culminación del proceso ascendente de nuestra integración nacional, que comienza a principios del XIX y se interrumpe con la invasión yanqui, nuestra creatividad como genio nacional se estanca cuando él se estanca, porque la fluidez de la fuente y el declive fecundador de la acequia que esparcía por nuestro campo cultural el agua de la fuente, sufrieron mengua y veneno con la intervención. Solamente ahora, pasado ya casi medio siglo, cuando el desarrollo histórico ha ido poniendo a trabajar nuevas fuerzas creadoras en el taller del patrio esfuerzo, comenzamos a rehacernos del mal recibido. Ahora que no ha mucho se ha producido la inicial de una nueva etapa reconquistadora, ascendente y progresiva de la nacionalidad, anunciemos avizoradamente que su plenitud literaria —todavía es sólo balbuceo— se manifestará cuando se exprese, por sus propias palabras, la masa obrera y campesina que en el nuevo movimiento de liberación nacional busca su forma y su camino. Sus representativos poéticos tendrán en Lloréns su punto de partida de raíz popular y puertorriqueña.

Espejo del pueblo

Veamos a Lloréns, pues, en su verdadero rol como artista y como puertorriqueño. En su obra hemos de mirarnos como en espejo. Quienes le conocimos y le tratamos daremos fe de que en su persona se aguilataban las características más notables del puertorriqueño promedio. Era un gozo muy peculiar, reservado exclusivamente a nosotros los puertorriqueños, apreciarle aquel su acento jíbaro que es como la gloria de nuestro vino idiomático; las malicias y socarronerías, con que condimentaba su conversación de tema culterano. Me imagino que, en su día, en su forma, así debieron hablar para sus amigos Cervantes y Lope.

Como Cervantes y Lope, Lloréns llevó a su obra esa misma familiaridad de lo popular y de lo culto, de lo terremarfilesco y lo polémico, perfeccionando a nuestras generaciones nuevas la ruta literaria segura por seguir, la que mejor expresa nuestra entraña, la que en prosa nos habían

señalado los precursores: Alonso, el de *El Jíbaro*, el Tapia de *Mis memorias*, Hostos siempre; y en versos Padilla, el de la rabieta lírica contra Palacio y el de la tentativa sintetizadora del *Canto a Puerto Rico*. En él se revela en su mediodía, aquel amanecer de la literatura puertorriqueña esencialmente de fondo patriótico-social, capaz y pugnaz. Pero Lloréns les lleva, a sus ilustres antecesores literarios, Hostos exceptuado, la ventaja de estatura patriótica de su largo y franco alegato por la independencia nacional. Su actitud es, en este sentido, ejemplar conducta de hombre de letras ante nuestro problema nacional. Con la excepción de Tapia y Hostos nadie ha hecho tanto como él por nuestras letras.

En sus años más mozos, como legislador colonial, defendió, en unión de nuestro inolvidable Nemesio R. Canales, los intereses obreros. La lucha trabajadora tiene, muchas veces, eco en su verso maestro.

En este recuento de su obra, en el que palpita, orgulloso él, nuestro corazón puertorriqueño, la conciencia nos obliga a señalarle, no importa cuanto nos duela, las manchas a nuestro sol. La patria nueva que cada cual en su capacidad está ayudando a crear ha de venirnos, más pronto y más bella, cuanto más escrupuloso y severo sea nuestro examen de conciencia y cuanto más entusiasta y candorosa nuestra fe. Si señalamos en él sus numerosas y excelsas virtudes no lo hacemos para, enfermos de pernicioso narcisismo nacionalista, regodearnos en el deleite de la satisfacción propia. Lo hacemos para señalar un ejemplo que superar. Y por ello, también, cuando en un varón ejemplar encontramos el defecto o el vicio hemos señalarlo, no para la apocada y envilecedora satisfacción de la envidia o de la maledicencia, sino para evitar su repetición excusada por la grandeza.

Lloréns, que era tan espejo de su pueblo, que también llevó dentro de sí muchas de nuestras jíbaras virtudes no pudo escapar a reflejar algunos de nuestros defectos y debilidades. Hasta la debilidad, fue tolerante, como desgraciadamente, con tiranos y traidores ha sido tolerante, hasta hoy, Puerto Rico. Como el puertorriqueño promedio el gesto amistoso le confundía el carácter, llevándolo a la aceptación de lo que su decoro de patriota y de artista le prohibía. Él, que no era vanidoso —«la vanidad no cuenta entre nuestros vicios nacionales», ha observado, con razón, mi querido amigo Vicente Geigel Polanco— apareció como tal por ceder a la tontería y a la debilidad moral del medio ambiente en que transcurrió su vida. Así nos duele hasta los tenues del alma verle dedicando un poema al coronelito Roosevelt, por aquel entonces gobernador colonial en nuestra patria, descendiendo él, y haciendo descender nuestra lírica, hasta los pies del despotismo que, por toda la vida, combatió el poeta en su poesía. Así también nos arde, como caústico, en el corazón antillano, verle halagar en versos al dictador dominicano Trujillo. Y más duele, todavía, verle la inconciencia de niño travieso con que en ambas ocasiones peca, como si ni estuviese en esos actos manchando su persona y la pureza de su arte, que no le pertenecía, que era común propiedad de los puertorriqueños de todas las generaciones nació ese Arte para nuestra admiración y nuestro afecto. Y así nos duele que su puerilidad de gallito isabelino —y más nos duele que nuestra gente se lo aplaudiera— malgastara tanta espontaneidad y tanta maestría lírica en rimarle versos a señoritingas presuntuosas, sin otro derecho a la inmortalidad que la petulante inclinación del poeta a las ancas rotundas. Y, sobretodo, nos duele que su voluntad no triunfase de la invitación a la inercia con que en nuestro ambiente se culpa al trópico para excusar el marasmo colonial, y en vez de un drama, no nos dejase diez, y en vez de tres grandes libros de poemas no nos dejase veinte. Con todo, el balance de su obra es un tesoro, y ese tesoro es legítimamente nuestro.

Castigo y homenaje

Lloréns es, entre nuestros muertos recientes, el único que, por su gestión patriótica en la esfera de la cultura, merece un homenaje nacional. Lo mereció en vida. Si de algo debemos lamentarnos y avergonzarnos los puertorriqueños es de haberle dejado morir sin rendir a sus postreros años el homenaje que merecía. Me cuentan que de su cadáver se apoderó un grupo de traidores y de malhechores de la pluma, y que contado fue el patriota o el hombre del pueblo que pudo acercarse a llevarle un clavel de nuestros campos. ¡Castigo cruel, pero que entre otras cosas es castigo merecido a quien su mal entendimiento de la tolerancia y su falso sentido de la

bondad hizo tender la mano, en tertulia de La Mallorquina o puerta de librería, lo mismo al traidor que al patriota; y castigo cruel, pero merecido también, al pueblo nuestro que le amó por sus virtudes sin pararse a reconvenirle sus debilidades!

Ya no podemos sino rendirle homenaje póstumo. Más que certamen literario, más que «corona poética», verdadero homenaje a su memoria será dedicación vertical, sin tregua y sin fatiga, a producir, cuanto antes, la independencia de la patria que garantice, sin riesgos, el crecimiento de nuestra nación hasta que el día llegue en que la justicia de nuestro pueblo se haya hecho a sí mismo le capacite a tener por oficio permanente el desarrollo de la cultura y la sublimación permanente del espíritu.

¡Así sea!

Mayo de 1945

Aproximación al bohío

La aproximación de un gran poeta modernista a tema tan contrario a la esencia misma de aquel movimiento —el tema del bohío—, habrá sido motivo de frecuentes meditaciones en muchos preocupados en observar cómo se mueve, en el ámbito de las letras americanas, el espíritu de nuestros pueblos. Yo, sin embargo, no hallo los comprobantes. Claro: la imposición del mayúsculo ambiente, de la grandiosa naturaleza, acabó por quebrar en muchos casos la resistencia preciosista y permitir a las dilatadas pupilas alzarse hacia Momotombos y Aconcaguas, mientras de la montaña secular ven descolgarse los Tequendamas, y a Orinocos y Amazonas recorrer las llanuras ilímites. Ese hecho ha sido reconocido y señalado.

Pero lo de nuestro Lloréns es otra cosa. Para acercarse al bohío viola leyes fundamentales del modernismo. Y no es sólo desacato a los mandamientos formales o al requerimiento de postura espiritual. Es —sea ha dicho de una vez— ruptura con el sentido histórico del movimiento. El modernismo significa una proclamación de independencia de la poesía hispanoamericana con relación a la española: Rechazar lo español, romper la hegemonía lírica de Madrid en América; imponer aún a la poesía española misma un lenguaje poético diferente y manera distinta de poetizar, son intenciones cardinales, históricas del modernismo. El movimiento corresponde a la evolución histórica de la familia multinacional hispanoamericana. Y esta será quizá la razón más valedera para que se le perdonen sus princesas y sus cisnes a los enrolados en la tropa de Rubén Darío —¡ese monotonero de lo exquisito!

Mas a Lloréns la historia misma le plantea situación radicalmente distinta a los demás poetas de nuestra América. El modernismo es, históricamente, una consecuencia de la consolidación de la independencia hispanoamericana. La independencia ha abierto a nuevas corrientes el alma hispanoamericana. Ya no se emocionará a la vieja manera española, y pronto tampoco al modo de los patriotas que hicieron la independencia. Los maestros de la emoción y el arte del lenguaje estarán ahora en Francia o Italia. Francia sobre todo. Y nada estará tan distante de la poesía modernista como esa que es la esencia mejor de la tradición española: la popular y anónima —y aún estas proyectándose en la culta poesía marcada con el nombre de sus autores.

No quede sin decirse: la poesía modernista será, para decirlo con una palabra ahora de uso corriente, «alérgica» a lo político y lo controvertible. Discurrirá como ausente de su tiempo y de su drama contemporáneo. La torre de marfil simboliza y resume toda esa insensibilidad irresponsable del modernismo.

Lloréns no puede compartir tal irresponsable insensibilidad. En el crepúsculo finisecular ha culminado el modernismo y se han hundido los últimos reductos del imperio español en América. Víctima la más dolorosa al caer el telón en esta parte del drama hispánico, nuestra patria queda inerme y desorientada, desgajada de la vida en común con la familia hispanoamericana de naciones y en garras del puma yanqui.

En la mayoría de los intelectuales y artistas honestos, la reacción es volverse anímicamente hacia España. El nuevo dominado intenta, con el esfuerzo de dejarnos sin habla, arrancarnos de

cuajo las raíces. Ante la inaudita inesperada agresión, agarrarse a las fuerzas ancestrales y las radicales de la tradición deviene impulso patriótico y método diferenciador con el ocupante norteamericano. La tendencia pasa hasta el independentismo, en cuyas tiendas acampa buena parte del viejo autonomismo que habrá de imponer, con el fulgor dieguino y la meditación matienzana, retrancas, recurvas, ambivalencias que hasta entonces le fueron desconocidas. Y aun se vigoriza cuando parte medular del antiguo españolismo —encabezado por Vicente Balbás— levanta una espada que el neoindependentismo, castrado ya por los antiguos autonomistas, rehusa empuñar.

¿Cómo encara Lloréns este problema? El afán innovador, clave en el modernismo, lo lleva a romper con las formas tradicionales de la poesía castellana. Mas pone las nuevas formas al servicio de un independentismo más cercano al socialismo que al nacionalismo. Será, por lo tanto, el primer puertorriqueño de magnitud en acercarse a España sin apocamiento colonial, pero también sin furia insurrecta.

Tema de la poesía popular es el bohío. Ahora nos toca ver como Lloréns se le aproxima.

El tronco y la imagen

Los genios de la cultura, los insignes artistas, los grandes poetas, son fuerzas eficaces cuyo trabajo da a la humanidad resortes con que esta se mueva hacia un futuro siempre mejor. Pero estas próceres individualidades no existen a solas. Viven en su tiempo y en medio de un contexto social de los cuales ellos extraen la sabiduría y eficacia. Su existencia no abole, magnifica la obra anónima y colectiva del genio de su pueblo. Estas cúspides majestuosas se alzan sobre una base. Hondos y anchurosos ríos, manan de una fuente cuyas entrañas han preparado sus aguas secreta y porfiadamente. Las grandes masas trabajadoras de los campos y los pueblos sentaron las bases de toda la cultura espiritual de la humanidad y condicionaron su progreso. Obra del pueblo fueron, bajo todos los cielos, durante muchos siglos, el arte y la literatura. Antes de la literatura escrita, la epopeya, el romance, la narración, las tradiciones, el refranero y la canción fueron la cifra inmortal del genio colectivo. Y ya surgida la cultura en el sentido en que ahora la entendemos, estos materiales dieron cimientos a la obra de artistas y escritores. Los grandes escultores, arquitectos y pintores, cuyo nombre ilustra nuestra conciencia, vienen de la artesanía, las artes aplicadas y la arquitectura y escultura populares. Ahora mismo —Picasso lo comprueba— la artesanía sigue representando un valor artístico propio, fuente inagotable de inspiración, y de figuras y de recursos representativos. Manos innominadas en los valles y montañas de Puerto Rico trabajaron nuestra imaginería popular antes que el taller de los Campeches abriera sus puertas en San Juan. La forma nacional del arte y la literatura de cada país tiene su origen soterrado en la creación popular. De ese tronco común extrae el genio la imagen particularizada.

Poesía y realidad del bohío

Dos bohíos hay: el de la poesía, idealizado como algo representativo hacia lo cual, harta de urbe, cansada de impuesta extranjería, vuela desolada el alma puertorriqueña; en busca no de reposo, sino de autenticidad. El bohío deviene, necesariamente, mito. La raíz es de puro romanticismo. El bohío representa no lo español, no lo europeo, muchos menos lo yanqui: representa lo indígena. Esta recurva hacia lo primitivo como cura de la civilización opresora, iza nuevamente el estandarte romántico: Talla una imagen falsa y reaccionaria del bohío.

Porque la realidad es otra: si hay algo representativo en el bohío es de atraso social, de rémora política; de dolorosa convivencia entre la promiscuidad y la miseria. No la belleza; la fealdad de una sociedad regida por la disciplina del hambre y el hábito de la servidumbre, se cobija bajo su techo pajizo. Si hay en el bohío un símbolo, será el del coloniaje; en cuya múltiple condenable gama pueden mezclarse lo mismo el desprecio propio con la admiración del amo, como la televisión y el fogón de tres piedras.

Nuestro poeta, a despecho de sus innovadoras posiciones, no resiste la tentación y cede al reclamo romántico del bohío. Una y otra vez exalta la imagen falsa. La vida tiraniza su conciencia. Pues Lloréns jamás logró traspasar, vitalmente, la línea de su clase terratenientista y profesional. Y es sin embargo por esto mismo que su poesía del bohío tiene una autenticidad que no encontramos más que en él y, a veces, en la poesía —más pedagógica— de Virgilio Dávila. Los otros poetas que desde San Juan tocan el tema, trasudan superficialidad y artificio.

Lloréns no. Lloréns siempre se acerca al bohío como señorito de hacienda porque lo había sido. Su canción no resuena con la ira del jíbaro estrujado por la explotación o burlado por el explotador. Vibra con la alegría del amor, libre de todo compromiso. Su juventud amó bajo el ala del bohío; pero amó de veras, no por correspondencia. Esa jibarita que en su décima le da el corazón, «pedacito a pedacito», lo amó realmente. No se trata de una ilusión mesocrática vivida desde una oficina de San Juan. Aquella que él desea esté viendo, a la puerta del bohío, el lucero del Alba, despertó a su lado una madrugada de Collores.

En el bohío poético de Lloréns no se sufre. Es que esa ausencia de dolor refleja una realidad social ávidamente vivida: la del acceso gozoso, fácil e irresponsable del joven hacendado a la hembra campesina. Su evasión no es, por lo tanto, una evasión histórica; es una añoranza personal. Y esta índole clasista timbra de legítima sinceridad su acercamiento poético. Llevado por su pensamiento político, Lloréns dejará dicha su protesta en otras zonas de la opresión de clase. La experiencia erótica desorienta su poética del bohío.

¿Es lástima? ¡Quién sabe! Como en tanto caso de auténtico artista, volcar sinceramente en la obra hecha la experiencia vital resultará lo más acertado. A veces, lo más revolucionario. Sin tal insobornable lealtad artística, Balzac no habría legado ese gigantesco mural de la sociedad burguesa de su época que es la *Comedia humana*; y Shelley, a fuerza de ser lírico, no nos habría dado —esa es la observación clásica de Marx— una poesía mucho más revolucionaria en lo profundo que su contemporáneo Byron en lo aparente.

Lloréns no llora, no protesta en el bohío. Pero nos da —a nuestro más alto nivel poético— una imagen fidelísima de las relaciones de propiedad en términos de relaciones eróticas. Al hacerlo, saca las entrañas al bohío, mostrándolas en toda su reaccionaria naturaleza de abuso social.

1965

Mitología del grito de Lares*

Es lo más profundo de la noche. La palpitación de las estrellas, la simetría de sus luces lejanas. En ese mundo de sombras inmóviles pasa el susurro de la brisa, divaga el arroyo. Reposa la bestia. La familia se acoge al hogar. El solitario medita. Un hilo sutil, invisible, une los seres y las cosas. Es el reino de la paz profunda. De la ancha armonía. El sonido y el silencio no se perturban uno al otro. Se funden en una sintonía total como un gigantesco pentagrama.

Acercarse al inmenso reposo de la naturaleza ha sido reto incontestable para el artista. En el ancho mar, a mitad del Caribe, una noche de verano. Cae el viento. La goleta queda inmóvil., puesta sobre la transparente lámina líquida cuya quietud le da una como insólita solidez. Nada se mueve. Nada se oye. es casi el total, unánime silencio. Los grandes rápsodas del mar — Coleridge, Melville, Conrad, el mismo Homero— logran envolvernos en el torbellino de las tempestades. No han podido sin embargo trasladar a nuestro interior esa calma sin paralelo, ese mar pasado de su eterna inquietud al reposo inusitado y como total.

Lo mismo ocurre a los grandes rápsodas del desierto. Entre el Arauca y el Orinoco el sol cae, redondo y vertical. El llano arde. Se presiente el mundo invisible y móvil de las víboras; los ojos soñolientos de la fiera agazapada bajo el aroma del mastranto. Pero en redor no se ve sino el rebrillo de la luz cegadora sobre un mundo terriblemente callado. Ni Gallegos, ni Lawrence, ni Saint-Exupéry, han podido trasladar a sus rapsodias esa serenidad callada de la inmensidad del desierto en reposo. Melville toma su libreta de apuntes.

Y aún de ese cielo vacío del desierto, como salido de todas partes a la vez, un bramido redondo y devastador cruza de sierpes eléctricas el circuito cerrado de los cuatro horizontes. Es el prólogo a la entrada de aguas. Gallegos corre su escritorio.

En el contraste estremecedor el artista hace su hallazgo. La belleza es un parecido entre diferentes; un contraste entre similares.

Más hay un silencio más hondo e imperturbable. Es el silencio de la piedra. Adentro bullen moléculas y átomos. Pero la piedra siempre calla. Si alguna vez se oye hablar a la piedra su voz será la de la historia. Es a esta voz que acercaremos esta noche el oído ávido.

El silencio y el grito

La historia también, como la piedra, puede presentar una cara inmutable. Una boca cerrada como de piedra. Siglos hay en los que la historia parece detenida. Dentro, contrarias fuerzas debaten calladamente su tremenda dialéctica. Pero, por de fuera, nada se mueve, todo calla. No hay un solo pueblo que no haya pasado por una edad de piedra que no es la de los arqueólogos, sino la del espíritu.

El hombre puede resistir, tras la bóveda de su frente, sin que salgan a sus ojos ni salten a sus labios, los pensamientos más atormentadores. Caben en el pecho todas las penas sin que asomen a la palabra ni las delate al gesto. Las energías secretas del individuo se acumulan. La cólera va oculta, como sable envainado. Un día ya no puede contenerse. Del fondo del pecho, como de caldera trabajada a calor más fuerte que sus aguantes, sale desgarrado el alarido.

Como el individuo los pueblos. Hacen su historia, toda construida como edificio atroz de suplicio y penitencia. Los nutre la infamia. Los agita el látigo. Pero con sus manos, como fugitivos en la selva, abren en silencio su camino. Un día, sus rodillas, cansadas de sangrar, se estiran para ponerlos de pie. El largo silencio se ha convertido hace tiempo en grito ahogado. Finalmente, la necesidad quebranta su resistencia. En las entrañas sangrientas de la masa la voz se liberta. Por la enorme boca colectiva sale la libertad en forma de grito. En la historia, entre el silencio negador y el grito que niega al silencio, los elementos se restituyen en una nueva armonía.

La esclavitud colonial juzgada como silencio; el grito, identificado con la libertad, constituyen uno de los mitos más significativos del siglo XIX. La revolución burguesa encarna en este una de sus necesidades más perentorias: la de la libre expresión. Es necesario desahogarse. Es indispensable proclamar libremente ideas y sentimientos. El siglo romántico necesita echar por boca todo lo que hiciera callar una voluntad de dominio para la que toda disensión fue crimen.

La rica América romántica se llena de gritos. Por Dolores grita México. En 1868, el 23 de septiembre, Puerto Rico grita en Lares.

Ese grito ha sido llevado en nuestras entrañas de pueblo durante muchos años. Murió fusilado en el Morro; ahorcado en las haciendas de Bayamón, Guayama, Ponce. Osciló trágicamente silenciado en la celda de Buenaventura Quiñones; cabalgó tristemente en el caballo desorejado en el que pasearon por Juncos a don Esteban Falero, antes de ahorcarlo. Mordido en el silencio de todas las rabias contó las horas por azotes, los días por carimbos. Latió sin explotar bajo el sonrojo de todas las afrentas coloniales. No pudo más. No pudo más cuando la necesidad de ser se sobrepuso a las postreras inhibiciones del carácter, a los últimos frenos del coraje. Y salió disparado en la montaña, como por una enorme boca cuyos labios de granito se abrieran para dar paso a una torrencial protesta de dignidad herida.

El amor es una terrible violencia. El vientre de la colonia, fecundado por tres siglos de historia, se deshacía del ser cuya gestación había concluido. Una nación nacía en América. Y nacía entre el raudal sangriento de la maternidad desgarrada con el grito triunfal de la vida en los labios.

El mito es una invención caprichosa. En el desempeño de su destino la humanidad ha trasladado a su pensamiento las más grandes realidades de su avatar. La imaginación creadora de los pueblos los ha fundido en la transfiguración fantástica de la experiencia colectiva trabajada con los duros materiales de la realidad. Eso es el mito.

El grito es el más fecundo y benéfico de nuestros mitos porque expresa de manera irrevocable el más grande derecho de un pueblo: el de ser libre, independiente y soberano.

Lares

Pero si la independencia ha gritado en toda América, y aún con una fortuna que sigue a nosotros negada, el mito en Puerto Rico se enriquece con una simbólica única.

El grito puertorriqueño se da en Lares.

No quiso la voluntad imperial de España llamar Lares a la región y pueblo que serían cuna de la primera república puertorriqueña. España quiso, con acta notarial, dejar escrito otro nombre en la toponimia de aquella comarca. Láriz fue lo que España escribió. El desarrollo histórico de Puerto Rico borró Láriz y escribió Lares.

Lar es palabra latina. En su primera acción castellana significa hogar, fogón, la casa propia. Recordemos esto. La casa es algo más que una estructura física. Es el techo a cuyo amparo se goza y se sufre, se reposa y se sueña; es decir, se convive. La estructura en este caso es una isla llamada Puerto Rico. Su techo el firmamento. Gozos y dolores no son de nadie en particular: son los de los puertorriqueños. Se reposa de un trabajo de siglos. Se sueña con una patria libre. Esta es la casa que el Grito, significativamente doblado en el nombre, hace simbolizar a Lares. Es el hogar de una vida común, históricamente convivida.

En su segunda acepción castellana lar es el fogón, el lugar en que se hace el fuego para la preparación del llantar. El símbolo profundiza. Ya no es sólo la casa con toda su rica simbólica. Ya el Grito ahonda su trabajo de simbolización. He aquí que el hombre ganará su pan con el sudor de su frente. El fruto de su trabajo reunirá la familia más estrechamente todos los días, en las horas cotidianas de las comidas hogareñas. Llantar es cenar. Viene de la palabra catalana *llar*, que es lar en lengua catalana. El *lar* representará simbólicamente las relaciones de trabajo en términos de íntimas relaciones de consanguinidad.

El símbolo se ha ensanchado. Del oído ha pasado al gusto. Junto al plato humeante, el *lar*, es decir, el fogón, creará con la lentitud laboriosa de los siglos, un paladar nacional: ese algo tan significativo en la formación clásica de las nacionalidades.

En un solo rasgo, pues, el *lar* va juntando, en la casa que es la patria, la red de las relaciones de familia; y la otra, más sutil, de las características psicológicas. El gusto es un rasgo del carácter.

Pero todo esto ha de tener asiento más amplio, firme y decisivo. *Lar* es la tierra. Patrios lares llamamos a nuestra tierra de nacimiento. Lares, por lo tanto simboliza, sintetizándola, la tierra de Borinquen, el asiento de la nacionalidad, el hogar patrio, la patria misma, en una palabra.

Lares son, en la antigua Roma, los dioses protectores de la casa y el hogar. Si ahondáramos en el pueblo romano nos encontraremos los lares más en lo profundo de su psiquis. Los mares eran los manes, los espíritus, las almas mismas de los difuntos divinizados por la familia.

Una histórica, racial evocación surge del fondo del pueblo puertorriqueño. Cristaliza en la mañana lareña. He aquí que se presentan, como fantasmas redivivos, ánimas animadoras de su sucesión histórica, las sombras tutelares de los grandes guerreros taínos. Llega Agüeybana, la inicial confianza transformada en recelo; y Guarionex con un huracán en su corazón. Llegan Otua y Mabú y todos los caciques de todos los valles borincanos. Está presente también el más sabio y valiente, el más lleno de significado, encarnador de uno de los grandes mitos americanos, Urayoán, resuelto a deshacer un mito que a su vez crea otro: el cacique ha puesto a prueba la inmortalidad porque duda de ella y por eso mismo la gana. Los fantasmas de todos los jefes negros sublevados llegan, borrado de sus ojos el horror de la horca; y los de los fusilados, con sus pechos abiertos para mostrar a los suyos los corazones resucitados.

Tres siglos de trabajo llegan con ellos. Presentan credenciales sus manos encallecidas. Testimonian todo el desarrollo económico que ocurre, que sube, desde la invención de los criaderos al cobro del quinto, desde los hatos y las ganaderías marcadas a ojo, hasta la finca de familia con su específica cultura de café y aguinaldo.

Los romanos adoraban conjuntamente lares y penates. Entrambos reunían el culto a los antepasados de la familia y el de los héroes, padres de un pueblo cuya sociedad ponía su punto

de partida y su sentido de autoridad en el paterfamilias. El pueblo puertorriqueño, como familia nacional, tiene un mito en el que se incorpora, al culto de los antepasados el patriotismo. Recordemos la etimología de la palabra patria —tierra de nuestros padres. Y como esa conciencia presupone la existencia de una sucesión, en Lares cuaja un espíritu, se manifiesta un destino.

Por aquí venimos a desembocar en otra continuidad de nuestra mitología lareña. A la invención de Disraeli, la idea imperialista de *madre-patria*, respondió la imaginación libertadora de las colonias inventando la idea padre de la patria. Lares nos da míticamente el cuadro más completo de padres de la patria. Por un efecto genial de magia simpática se nos da, lareñamente, la figura patriarcal de Betances ausente, como la imagen fiel y reconocida del puertorriqueño que hemos identificado como padre de la patria. Mito este que enriquece nuestra simbólica con una encarnación majestuosamente prócer.

El centauro

El Cid se llamba Juan. Algo de Pelayo quedaba en él, por lo de soñador, libre de su coraje, por lo intimista de su presencia histórica. Pero la coraza era su yo: hierro y pelo en pecho todo; todo voluntad de pelea, toda fuerza para desdoblarse en fundación y conquista.

Venía tragicamente en él una condición centáurica. Cien veces se ha dicho cómo con él, «hervida en las fraguas sarracenas», civilización grecolatina desplegó sobre la isla borinqueña su ala de semen hispánico. Otras tantas se ha descrito cómo, al apearse del caballo morisco, la sorpresa ante el centauro dividido precipitó la absorta superstición indígena.

Pocas veces, quizá ninguna, ha tenido el esparcimiento ocasión de detenerse a meditar ese mito helénico en función borincana.

El potro andaluz correteó libremente su inocencia animal por valles y lomas. El hombre que lo sostuvo entre sus dedos, asido por las riendas, pisó tierra menos ligero de ánimo. Cargado de Europa, de África, de Asia, soberbio de la soberbia victoria sobre siete siglos de sangre, traía un pecado por cada siglo. Su engendro social repetiría su doble naturaleza. La sociedad esclavista que la fatalidad de las sucesiones históricas lo obliga a crear no puede sino reproducir el ser dividido dentro de sí mismo, mitad hombre, mitad bestia. Pero el centauro ya no es libre; es un pobre centauro doméstico amarrado al galpón.

El peso de un trágico destino, como de herencia griega, marca su costado con la seña vil del carimbo. Contra ese destino trágico tres siglos de historia oponen un día la fáustica protección de los lares. Los lares gritan exigiendo república. Sobre la genésica colina la teoría liberal, sublimando la conveniencia, rompe el sortilegio. El centauro vuelve a dividirse. De un lado, el hombre blanco, propietario de la crueldad; del otro el negro, heredero de la pobreza y el resentimiento. Entrambos, los elementos buscan nuevamente restituirse a una armonía superior y eterna: el puertorriqueño. La armonía superior se logra. Pero en el logro, la naturaleza centáurica pervive.

El trabajo esclavo ha terminado. Como una paradoja de la libertad el centauro resucita en la ecuación contradictoria: trabajo-salario.

Desde Lares, una honda, larga vibración recorre la red nerviosa de la patria. El cerebro germina. Los músculos se contraen. Los bíceps se endurecen. El país entra de lleno en una ascensión esplendorosa.

El desarrollo es desigual, sin embargo; otra se fabrica sobre la injusticia; y el alma de Puerto Rico expiará por ello nueva penitencia. Del auge financiero ganará retrancas el viejo cid de enmohecida espada semidormido en Santa Catalina. Contra el impulso betancino esgrimirá, una y otra vez, contantes y sonantes, una burguesía criolla que inicia sus ojos en el sacrilegio de interesada miopía. Pagará caro. No habiendo querido exponer nada lo ha perdido todo. Los lares airados saben también tomarse sus venganzas.

Pero Lares no acaba. La historia es una sucesión consecutiva de formaciones económico-sociales. Venero se ha diluido en la sangre del oro. El oro se llama Frasquito. Brígido no ha terminado de picar a machete las libretas de jornalería. En el grito poemático de Lloréns respira a pulmón lleno el anuncio de una secular y fatal amenaza. Brígido es una conciencia que se

encoge, como antes del salto feroz se encoge el yáguar. Brígido es otra vez el grito que se encrespa en el silencio.

Vivamos la pasión del fuego.

El fuego

Los cambios serpentean por la serranía. Espesos tabonuales, cafetales cargados de globos purpúreos, anchas guabas. De cuesta en cuesta, de vega en valle, jinete en el alazán de firme pisada, el peregrino de la buena nueva recorre la comarca. Lo llaman El Leñero. Bajo el humilde atavío aquel joven de treinta años distribuye historia. Encarna un mito.

En las hojas que la magia de la clorofila pinta de verde; por las ramas extendidas como músculos tirantes; en el grueso tronco arrugado, todo parece mansa y yerta savia vegetal. Apariencia engañosa del destello solar oculto en la semilla que explotó bajo tierra. El árbol es un depósito de fuego.

Rasgo del cemiísmo borincano la fitolatría. ¡Adoremos la ceiba maternal! ¡Adoremos el viejo abuelo ausubo! ¡Adoremos! ¡Oigamos cantar el areyto mágico, historiador y pedagogo! La adoración arbórea es el culto a los antepasados, y la del fuego, hijo del sol, fiesta a la vida. Al centro del lar arde la llama: ¡ese magnífico regalo de los lares!

El Leñero reparte por los caminos de la montaña la memoria de la patria. En el haz de leña anuda la remembranza de los antepasados ancestrales. Ocultos en su leños hacinados viajan los manes de la tierra. Lleva, en cada leño, una chispa esotérica.

Es necesario encender una hoguera muy grande. Es el homenaje del bosque primaveral a los guerreros ausentes. Arderá guiando sus pasos marciales. Velad. ¡En la Silla de Guilarte se sienta la sombra de Agüeybana! ¡Va a levantarse! Sobre su pecho refulge el sol hecho disco del guanín. Lleva a la espalda el carcaj, como ramillete de rayos solares. Al cinto el hacha, petrificado rayo del cielo. Este es el romanticismo hecho viva historia. Atala y René se llamarán aquí Manolo y Carmela. ¡Manuel, hijo de Dios! ¡Carmen, verso, jardín florido! En sus pechos arderá un fuego eterno: el de los símbolos patrióticos encarnados en un gran amor.

Este fuego habrá recorrido la cintura del planeta buscando manera y forma de asentar entre nosotros. El Salmista, poeta; Josefo, historiador; esenios misteriosos, magos reyes transmigran con esta blanca Estrella de cinco puntas. El Triángulo también llegará, pero no ahora; llegará por la misma ruta que ha de ser a la vez ruta distinta, pues ha estado entre nosotros sin ser visto todavía.

He aquí esta estrella belémica, davídica y masónica. Por las logias será que en definitiva hará camino hasta nosotros. Camino de guerra. El viejo cid hace un postrer ademán de reconquista como un Pelayo al revés; y Chile muestra sus dientes de tiburón magallánico. El espíritu de Ruiz Belvis vuela al oriente eterno entre columnas chilenas y desde allí remite la estrella que al oriflama betancino cosen Mariana y Eduviges.

¡Oh blanca Estrella! ¡Qué luz en todos nuestros caminos encendiste para siempre! ¡Blanca luz! ¡Remítanse a ti todas nuestras tinieblas y quedarán deshechas! ¡Puesto que diste la vuelta al mundo, llegaste, sabia de caminos, cansada de hospedajes, para montar casa permanente en la colina de Lares! No pudiste encontrar lugar más propio. ¡Eras lo único que nos faltaba, Blanca Estrella! ¡Blanca luz en fondo azul contrastado por rojo! ¡Estrella acuartelada! ¡Luz!

Tu claridad ha dicho al mundo esto que somos. Después de tu arribo, gloriosa, después de la claridad blanca de tu luz, sólo los ciegos no podrán ver lo que somos. ¡Sólo los réprobos podrán negarte! ¡Estrella Blanca de cinco puntas!

Nación es una comunidad de seres humanos históricamente desarrollada, sobre un territorio innegablemente suyo; relacionada de economía; de alma propia y propia cultura puestas en la música de un lenguaje único y propio.

¡Estrella blanca de cinco puntas! ¡Tú lo has dicho! ¡¡Tú lo estás diciendo!! ¡¡Blanca Estrella de Lares!!

Las puntas y el machete

Para el desmonte y el desbrozo mal están la espada, el sable y el cuchillo. El hacha europea pide a gritos un ayudante. El cuchillo crece. Adulto ya, limpio de crimen, con una varonilidad que ha dejado atrás los oficios domésticos, se enfrenta al monte y la maleza. Ya estamos con el machete de trabajar al puño.

Nuestros primeros ingenieros de caminos fueron nuestros indios. Ellos abrieron las rutas primeras que enlazaron valles, montañas y costas. El pie y el hacha neolítica fueron sus instrumentos de trabajo. El machete abrió los segundos caminos del país. Deslindó los hatos. Cuando los hatos se transformaron venturosamente en estancias, cuando la finca de familia creó la solidaridad humana para concretar la nación, el machete fue, a lo largo del proceso histórico, anónimo, ignorado factor de patria.

Pero al machete lo esperaba el llamado de los lares.

En Lares, por primera vez en América, el machete se transfigura históricamente.

Los ejércitos bolivarianos pelearon al arma blanca. El arma blanca de las grandes cargas libertadoras, desde Queseras del Medio a Carabobo y desde Bomboná a Ayacucho, fue la lanza. ¡Junín es el monumento que el soldado libertador levanta a la lanza!

Al puñal llamó Chesterton «infancia de la espada». El cuchillo hecho adulto en el machete completaría su ciclo de evolución con la transformación del machete en espada.

La transformación ocurre sistemáticamente en las Grandes Antillas. De la biografía de Máximo Gómez se deduce que se produjo en Santo Domingo. Fue el gran dominicano quien la llevó a la cumbre en su misión histórica. Su escenario fue el drama cubano.

Pero esta transfiguración heroica se origina en Lares. Fue en Lares en donde por primera vez el machete figura como arma al servicio de la independencia.

El uso bélico de instrumentos de trabajo no era nuevo. Los insurrectos de Espartaco, los sublevados de las revueltas campesinas en todas partes; los asaltantes de la Bastilla, combatieron armados con instrumentos de trabajo.

Es en Lares, sin embargo, que el machete sale a pelear por la libertad; sí que también por una forma específica de la libertad. En primer lugar, es por la independencia puertorriqueña, forma específica de la libertad política. En segundo lugar, combate por la abolición de la esclavitud social de los puertorriqueños de origen africano. Y en tercer lugar —lengua de hierro—, dialoga con el futuro cuando pica, a mano de jornaleros, las libretas de jornalería.

Hemos repetido, a lo largo de un cuarto de siglo, que la Patria es, primero y sobre todo, el derecho del pueblo al disfrute en común de la riqueza de su territorio.

Tal pensamiento no puede alejarnos del tema de este ensayo y por lo tanto, tampoco de uno de sus mitos esenciales.

Volvemos necesariamente a la Estrella de Lares.

Con menos vaguedad mítica señalaremos otra vez hacia sus cinco puntas como símbolo de los elementos fundamentales que constituyen una nación. Nación es —repetimos— una sociedad estable de seres humanos, que sobre un territorio común, desarrolla históricamente sus relaciones económicas, los rasgos particulares de carácter colectivo y su cultura, que expresa mediante un común lenguaje. He aquí pues el básico pentágono de la nacionalidad: territorio, relaciones económicas, carácter, cultura, idioma. ¿Cuál de esos cinco rasgos esenciales de la nación faltan a Puerto Rico? Así dijimos a la Estrella de Lares: ¡Oh Blanca Estrella!... ¡Tu claridad ha dicho al mundo esto que somos! Después de tu arribo, Gloriosa, después de la claridad blanca de tu luz, sólo los ciegos no podrán ver lo que somos. ¡Sólo los réprobos podrán negarte!

Estados Unidos nos ha querido destruir los cinco. Ocupa nuestro territorio militarmente. Sobre un 13 por ciento de nuestro territorio ha ejercitado su poder militar de expropiación y, al amparo de ese mismo poderío, se ha apropiado cerca del 90 por ciento de nuestra economía. Dueño de la educación formal deforma nuestra cultura, nuestra psiquis; intenta arrancarnos la lengua. Con escuelas, colegios, universidades, periódicos, radio, televisión; soborno, intimidación masiva; persecución, encarcelamientos, asesinatos, ha intentado quebrar todas las resistencias nacionales.

¿Hasta dónde ha logrado su objetivo? El pueblo puertorriqueño sigue ocupando, teniendo bajo sus pies, el 87 por ciento del territorio nacional. Del 13 por ciento del que ha sido desalojado sigue teniendo posesión mental. A ningún puertorriqueño se le ha ocurrido jamás pensar que Vieques o Culebra no son tan nuestros como todo lo demás que es tierra puertorriqueña. Con respecto a la tierra actualmente en manos particulares de norteamericanos lo que el puertorriqueño respeta es la superstición de una cosa que a cada instante de la historia se va disipando más en la mente humana: el derecho a la propiedad privada.

Frente a este problema de la propiedad privada como derecho el puertorriqueño tiene un problema real al que enfrentarse, que es un problema puramente mental: un estado de amnesia. En primer lugar la propiedad privada, no existió siempre, ni en Puerto Rico ni en parte alguna. Quedándonos en lo nuestro: nuestra sociedad indígena era colectivista; entonces la propiedad no era privada: era de todos. En segundo lugar, es parte del olvido cultivado por extraños y propios ignorar que, «respecto al régimen de propiedad inmueble territorial» establecido por las Leyes de Indias, «su dominio pertenecía íntegramente a la Corona de España, al Estado español, quien podía ceder las tierras llamadas ‘realengas’ para USO a la comunidad de los pobladores, sin distinción de clases y de modo general, o bien las distribuía en parcelas a diferentes colonos que habían realizado actos meritorios en los descubrimientos y conquistas, que deberían ser premiados haciéndoles entrega de su APROVECHAMIENTO nada más que con los correspondientes conucos, que así se denominaron en la Isla a las “encomiendas de los indios”, cuyo beneficio de USO debería durar dos vidas, la del encomendero y sucesor, a cuya muerte debía quedar extinguida la encomienda, que se reintegraba a la Corona (es decir al Estado), la que podía cederla a otro nuevo encomendero. Pero, reservándose siempre, aun estando las parcelas en posesión de los encomenderos, la nula propiedad de aquellas, que nunca prescribía». (Enjuto, *Historia de la propiedad comunal*, pp. 239-401.) Un buen uso de su memoria histórica debe llevar necesariamente a librar al puertorriqueño de ese supersticioso respeto a la propiedad privada que es su sentimiento verdadero ante las tierras y otros inmuebles nuestros actualmente en manos de norteamericanos.

De igual importancia para contestar si la nación puertorriqueña ha dejado de existir debido a la magnitud de la enajenación de su economía es indispensable señalar que con respecto a lo económico como desarrollo y evidencia de la nación la definición científica que hemos sostenido no se refiere a una forma particular de economía si no a relaciones económicas comunes entre los naturales de la nación. Por ejemplo: Santo Domingo y Cuba son naciones, aun cuando la primera tiene por base una economía capitalista semicolonial y socialista la segunda. En las relaciones económicas entre los puertorriqueños la forma colonial se intensifica con la enajenación según baja su contenido burgués puertorriqueño, a la vez que su potencial revolucionario sube proporcionalmente al ascenso de su contenido proletario.

En cuanto a características nacionales el puertorriqueño sigue siendo inconfundiblemente puertorriqueño; inconfundible inclusive con los más parecidos entre los hijos de la misma familia hispanoamericana de naciones a la cual pertenecemos.

La literatura, la música, las artes plásticas, han estado en constante desarrollo a partir de la quinta década del pasado siglo hasta nuestros días. El desarrollo de las profesiones, el crecimiento de las habilidades colectivas, siguen en ascenso.

El castellano, hablado con una específica inflexión y fecundado por la creación verbal, es el idioma común en el que se vierten, con la vida misma, todos estos factores.

Lares define todos los elementos de diferenciación nacional frente a España. Alteró definitivamente las relaciones entre Puerto Rico y España que, a partir de entonces, jamás volvieron a ser las mismas.

El machete fulgura como símbolo militar de Lares: es el supremo símbolo. Ningún poder se ejerce desarmado. Ni desarmado se conquista.

Puerto Rico es una nación deformada por el imperialismo. Nuestra deformación básica está en nuestra enajenación económica.

Falto de poder político, el pueblo puertorriqueño jamás ha podido disfrutar la riqueza de su territorio. No ha podido desarrollar plenamente sus posibilidades como nación, ni espiritual ni materialmente.

Para desarrollarse necesita lo que quiso ganar en Lares: la independencia. Armado con su independencia el pueblo puertorriqueño podrá entrar al disfrute de la riqueza de su territorio. Llegar a ese disfrute significa el apoderamiento de esas riquezas por el Estado patriótico, del que el pueblo puertorriqueño debe ser dueño absoluto. Esas riquezas no pertenecerán así a algunos, sino a todos, los puertorriqueños. Es con ese paso decisivo que las posibilidades de desarrollo de la nación puertorriqueña podrán llevarse a su plenitud. De lo contrario esas posibilidades se desarrollarán sólo parcialmente.

El logro inicial para ese desarrollo es un pueblo armado. En la realidad actual o en la realidad inmediata, las armas que el pueblo necesita, o necesitará, para ejercer su derecho al disfrute en común de la riqueza de su territorio, es evidente que no serán machetes. Pero el machete libertador, el machete lareño, picador de libretas de jornalería, instrumento de trabajo vuelto espada libertadora, queda en alto como el fiat creador de una patria libre, independiente y socialista.

La creación de una mitología antecedió, en la antigua Grecia, a aquel despertar asombros del espíritu —voluntad, inteligencia— ante el cual hoy mismo nos inclinamos con admirador respeto. Grecia es el ejemplo más grandioso. Pero lo mismo puede decirse de todas las civilizaciones.

Cuando escogí para festejar el 99 aniversario del Grito de Lares, el tema que he traído modestamente ante ustedes, me percaté de sus dificultades. Lo mismo en la invención que en la deducción. No se me ocultó que al trabajarlo, la invención poética, sostenida por los hechos históricos en que se nutriría, me llevaría lógicamente a extraer, de la vaguedad en que siempre los mitos se guardan, conclusiones políticas tan claras como son claras mi fe en mi patria, en mi pueblo, y en mis ideas. En el último septiembre anterior al Centenario del Grito de Lares dejo aquí formulado un escorzo de mitología en la esperanza de que estimule, a despecho de mi insuficiencia, esfuerzos mayores para hacer de la celebración una superación total de todos los anteriores esfuerzos independentistas.

Puerto Rico tiene derecho —derecho histórico— al entrar a su independencia con un retraso en el tiempo que nadie desconoce, a liberarse de las amargas experiencias vividas por las naciones que salieron del coloniaje antes que nosotros. ¡Con todo el fervor patriótico que pueda caber en mi alma, invoco los manes lareños! ¡Que ellos, que los manes libertadores de toda nuestra América, iluminen a mi pueblo para que, al llevar a cabo su esfuerzo definitivo e independizarse, lo haga de tal modo, que se dé a sí mismo base para que toda injusticia desaparezca a la vez que se hunda en el pasado la horrorosa injusticia del coloniaje! ¡Que Puerto Rico, purificado en sus fuentes de poder, viva feliz sosteniendo un gobierno a cuyos puestos sólo lleguen los mejores representantes de un pueblo bondadoso, heroico y sabio!

1967

¡A qué embocó ese hombre a este pueblo?*

La radical actividad de Albizu Campos, esa quema suya de todas las naves todos los días, no ha dado quizás mejor prueba de su mayor altura o abismal profundidad que ese, entre pregunta ansiosa y cordial reproche, que me hace un notable sociólogo puertorriqueño: ¡A qué embocó ese hombre a este pueblo?

Me la planteo como interrogante para darme ocasión de intentar una respuesta.

La respuesta tiene por forzoso punto de partida una cuestión filosófica. La realidad existe objetivamente, fuera e inclusive a despecho, de las ideas y de la voluntad de los seres humanos. Una cosa necesariamente fue lo que Albizu se propuso, lo que él pensó, lo que animó, desde sus adentros más recónditos y ardientes, el fervor de su palabra y el tesón de su ejecutorias; otra, tercios y obtusos, los problemas que en el fondo de la sociedad puertorriqueña tejían y destejían su red contradictoria de entrampe y escapada.

Ya hemos descrito cómo Albizu privado de una burguesía a la cual darle dirección política, y sin apoyarse en los trabajadores, desarrolla una estrategia fundada en la desesperación de las masas víctimas de la depresión de los años 30.

Pero que Albizu no tuviese a disposición suya una burguesía a la que darle dirección política no lo privó de intentar dársela. Tomando al vuelo dos ejemplos, apuntaremos a su campaña para que los colonos de caña no fuesen burlados por los grandes monopolios ausentistas azucareros gracias a mantener estos últimos —¡hasta eso!— el poder de determinar qué cantidad de sucrosa se contenía en su producto.

Ese control se mantenía con un mecanismo muy simple: era el químico de los centralistas quien lo determinaba. Con su hábito de predicar fustigando Albizu se burlaba de los colonos que no se organizaban para exigir que fuesen sus propios químicos quienes determinasen el grado de sucrosidad de sus gramíneas. Los colonos por fin se organizaron; por fin lograron los servicios de químicos responsables a ellos mismos. Sus ganancias subieron. Pero en cuanto a responder al llamado patriótico de Albizu, era otra cosa. Siguiéron correspondiéndose con los partidos coloniales. A través de la cuota azucarera el imperialismo regía su línea política.

Preso ya, y desde La Princesa, no lejano el día en que fuésemos trasladados a la Penitenciaría Federal de Atlanta, no recuerdo por qué incidencia en la contradicción de intereses imperialista-coloniales, Albizu requería los azucareros a sumarse en la lucha por la independencia: esto a despecho de saber, como bien se lo sabía, que estos bastardos intereses jugaron papel decisivo en la persecución de que se nos había hecho objeto y aunque, en el bufete de abogado de la Asociación de Productores de Azúcar, licenciado Sifre, se libraron cuantiosos cheques en premio a los jurados del panel que nos condenó a presidio.

Albizu no actuaba así por hacer el tonto, sino por mandato indeclinable del contenido clasista de su liderato. Era el peso de ese contenido imponiéndose impertérrito como una quilla para mantener el balance policlasista que él entendía como unidad nacional, como hermandad de todos los puertorriqueños por encima de toda división clasista.

Estaba ahí, yo no lo inventé —decía Marx sobre la lucha de clases. Estaba ahí aunque Albizu no la desease. Existía objetivamente, independientemente de su conciencia, sin importar lo que él pensase, lo que él quisiese: oscura y decisiva fuerza hacedora y destructora y reconstructora, más allá de la luz patriótica que alumbraba en su nacionalismo. «Todo movimiento libertador tiene que ser ortodoxo», filosofaba. «Es lesivo alentar la división de las clases», nos decía, «porque la lucha de clase divide horizontalmente a la nación incitarla es lesivo a los intereses de la independencia.»

No obstante, tuvo que dirigir la huelga de los trabajadores de la principal explotación del país en 1934, hecho que repercutiría, como jamás pudo él imaginarse, en la historia de Puerto Rico y en su propia vida. Su tarea como dirigente nacionalista, su esfuerzo baldío por poner bajo su liderato a la burguesía colonial en desbandada es el hecho que contesta la pregunta que motivó esta nota: —¡A que embocó este hombre a este pueblo?

Contradictoriamente es Pedro Albizu Campo quien prueba, por negación, la completa bancarrota política de burguesía puertorriqueña, su total incapacidad para actuar independientemente en política, cabe decir independiente de la coacción imperialista. Terminada la tarea lideril de Albizu sería una insensatez que cualquier nuevo liderato independentista queme su esmalte luchando por atraer a la bandera de la independencia los pocos capitales denominables nacionales —tan escasos que no forman clase. Y ni qué decir a esa burguesía compradora, comercial, pendiente del crédito como de una horca.

Esta no es cuestión del pasado. Al contrario, es por lo que tiene de presente, como engendro futuro, que podemos decir cuánto son hechos que su liderato precipita a lo que realmente «ese hombre embocó a Puerto Rico».

Y aquí regresamos a aquella afirmación dialéctica de que la realidad existe objetivamente, fuera de la conciencia de los hombres, independiente de sus ideas, deseos, intenciones. Aunque la voluntad de los hombres, por afirmación o negación, al insertarse en la dinámica histórica trace pauta e imprima sello a los sucesos que tejen su urdimbre.

Si Albizu pensó alguna vez en que su liderato tuviese sucesión nadie puede imaginarse que lo quisiera distinto en esencia al suyo. Pero no habría podido pasar inadvertido a la misma generación que enmarcó su actividad libertadora la inutilidad de una orientación policlasista.

Por convencimiento, por ideología, y si no por demagogia, el nuevo liderato independentista tendría que orientarse hacia la clase obrera y el socialismo. Esta reacción llevará hasta «la tendencia a teñir de color comunista las corrientes democrático burguesas de liberación de los países atrasados», dice Lenin, tendencia que debe ser combatida «resueltamente» por los comunistas, como inmediatamente aconseja. (Lenin, «Esbozo inicial de las Tesis sobre los Problemas Nacional y Colonial», junio de 1920).

Esta nueva orientación se depurará en la lucha misma, en la profundizante lucha de clases, en la hegemonía de la clase obrera en la lucha por la independencia, en la guerra popular como expresión máxima de la lucha de clases con el marxismo-leninismo como guía para la acción. Las grandes masas oprimidas darán al movimiento su ancha dimensión de verídica unidad nacional, marchando con el proletariado en una revolución de clase, un partido y una bandera: la clase obrera, el partido comunista revolucionario, la bandera roja.

A esto fue a lo que Albizu verdaderamente «embocó a Puerto Rico».

¿Habría ocurrido sin que mediara su intervención en el proceso político puertorriqueño? Seguramente. Pero esa es la clase de pregunta que no se hace quien desee interrogar seriamente a la historia. Y la historia no puede ignorar a Pedro Albizu Campos. En la repercusión del papel que le correspondió desempeñar en la lucha por la independencia, esta prueba final sobre la burguesía como anacronismo en el ascenso histórico de Puerto Rico era, estrictamente hablando una necesidad. No fue necesario que su generación sucesora lo comprobase. Él nos la dio como corroboración, como experiencia. Ni qué decir que fuese eso lo que él quiso. Fue la dialéctica de las fuerzas históricas, de las clases antagónicas en la sociedad puertorriqueña; la lucha implacable entre la clase que históricamente podía avenirse con el imperialismo y la que no tiene manera de hacerlo, esta cuyos intereses abren un abismo infranqueable que la separa a la vez de la burguesía imperialista y de cualquier intento recuperativo de la puertorriqueña, la que determinara en el liderato albizuísta aspecto tan positivo.

1972

CUENTOS

Génesis*

Eramos los que teníamos doce años. Habíamos vuelto de la escuela. Ángela (mi prima) y yo. Ángela tenía unos ojos grandes, entre azules y verdes. Trenzas de un castaño claro. Chica vivaz, entremetida, riente; ya se sentía una señorita. Era linda. Yo la quería sin amor de primo: la quería como una hermana gemela. Qué mucho admiraba sus travesuras y el postín que se daba. Y no supe sino mucho, mucho tiempo después, cuando, ya casada, con hijos (me lo dijo una bella velada), todos los secretos de sus silencios: que yo había sido su héroe, un héroe hermano, de quien se admiraban muchas cosas y se esperaban otras muy grandes. ¡Qué equivocación la de la pobrecita!

Esa tarde habíamos vuelto de la escuela y nos engolfamos en una discusión pavorosa. Era un callejón sin salida. Culpas de la geografía, culpas de aquel pobre maestro nuestro, tan bueno, ¡tan bruto! Por más que Ángela y yo le discutimos, se emperrió, el muy animal, en que no teníamos razón, que éramos unos mocosos parejeros y nada más.

Lo grande es que nuestra madre (mi madre, que era también, por derecho de amor, la suya) nos dio la razón.

Ángela y yo se lo discutimos al maestro. A nuestro Puerto Rico no lo habían hecho al mismo tiempo que a los demás países. ¡Qué va! Una vez (dos vacaciones atrás) Ángela y yo le dimos la vuelta a la isla. Nuestros ojos se llenaron de una curva armoniosa, toda azul, esmeralda, oro, encendida lumbre, círculo de pedrería preciosa. Volviendo hacia el valle montaños que arrulló nuestra cuna, ascendía la isla majestuosa y solemne, en guirnaldas de flores, encendimientos de trinitarias, manos blancas de magnolias, caídas sonoras y espumosas de líquidos cristales; verdes, verdes pálidos, verdes suaves, verdes subidos, verdes dorados, y, más arriba, el cielo azul, azul, bogado de nevadas nubes, o, cuando los verdes se bañaban en sombra, temblando de puntos luminosos, grandes, cercanos, como naranjas, como si pudiesen alcanzar con la mano, desde allá, desde la lontananza, donde el monte gigante yergue su cono sombrío. ¡Qué va! A nuestra Borinquen no la hicieron al mismo tiempo que al resto del mundo. ¿Cómo es lo demás del mundo? ¿Por qué no se ve? ¿Por qué no podemos ir allá a caballo o en ferrocarril o en coche? ¿Y ese mar que está ahí, qué?

Así razonaba nuestra ciencia infantil. Mamá dejó la labor de aguja, que la ocupaba siempre a aquellas horas. Se nos quedó mirando fijamente. Una sombra augusta le cruzó los ojos bondadosos y severos. Luego, una bella expresión le inundó el rostro. Nos atrajo sobre su pecho: «A ver, criaturas, que les voy a explicar el misterio.»

* De *El cumplido*, Editorial Antillana, Río Piedras, Puerto Rico, 1979.

Nos sentamos cerca de ella. Entonces nos contó lo que sigue. (Muchos años más tarde, cuando el amor y el estudio disiparon mi espíritu de innecesarias sombras y fui, en cuerpo y alma, de mi patria y amé y comprendí, por mi patria, el universo uno y diverso, ya supe que lo que aquella tarde mi madre nos contara es un mito muy bello de la mitología borincana.) Dijo mi madre:

«Una vez, hace muchos, muchos años, había una montaña enorme, mucho más grande que todas las montañas que ustedes ven, puestas la una encima de la otra. Sólo esa montaña existía. Inmensa y sola. En la cumbre de la montaña creció un árbol. Era un árbol gigantesco, más grande que todos los árboles que ustedes conocen, puestos juntos. Al pie del árbol nació una mata de calabazas. Esta mata de calabazas se enroscó al tronco y subió por todo el árbol, hasta cubrirlo por completo. Cuando ya hubo cubierto todo el árbol, dio fruto. Un solo fruto: una sola, enorme calabaza, una calabaza más grande que todas las calabazas puestas juntas. Era como una montaña la calabaza. Creció tanto esta calabaza, que ya el bejuco que la sostenía se debilitaba.

»Unos hombres tuvieron una disputa por la calabaza. Querían cortarla, pero no podían. Cada uno quería llevar la calabaza y llevarla a su valle y, presentando la calabaza, ganar la admiración de su pueblo y hacerse cacique.

»Estos hombres que disputaron la calabaza llegaron a un acuerdo. Ahora que el bejuco estaba debilitado, ambos tirarían de él. Luego que estuviese la calabaza en el suelo, decidirían, en lucha a muerte, a cuál de los dos pertenecía.

»El bejuco cedió. La calabaza cayó. Al caer, se partió en dos. Entonces, de sus adentros brotó enorme caudal de agua. La calabaza contenía dentro el mar. El mar, así libertado de su prisión por la audaz ambición de aquellos hombres, se derramó, invadiéndolo todo. Todo quedó arrasado. Los hombres perecieron. Cuando el mar se hubo acomodado en su cuna, quedó, sobre las aguas inmensas, embellecida por el baño, la cumbre de la montaña. Sobre la cumbre de la montaña se salvaron algunos hombres y mujeres muy fuertes, muy grandes, que vencieron la furia de las aguas a brazo. Aquella embellecida cumbre de la gran montaña es Puerto Rico. Así se hizo Borinquen.»

Ángela y yo nos abrazamos de contento. Teníamos razón. ¡Qué bruto, pero, qué bruto era nuestro profesor de geografía!

La maldición

Sentado en el ture, taciturno, Braulio chupaba el cabo del jumazo. La sombra se apretaba alrededor de la lámpara, oscureciendo el bohío.

Fuera, la luna de enero vagaba entre estrellas de cielo recién lavado. Deambulaba por guabas y cafetos, rimada por la suave brisa del sur. Hacía un charco placentero en el batey. Noche de la sabana de Borinquen, tan bella, ¿en qué piensa Braulio?

Braulio anda a puñetazos con su pensamiento.

Nació peón. Le meció humilde coy de saco los gorjeos y llantos del amanecer de la vida. Fue del lado del sol tempranero, en rica hacienda criolla. Lo cobijó desde entonces, el techo de matojo del bohío.

La güela vivía luego. Su dulce voz, de quejosas vocales criollamente largas, desvanecía sobre el coy de saco. Voz dulce como la guanábana, sedosa y tierna como la pulpa del guamá. Qué corazón el de la güela. Perenne surtidor de amores. ¡Qué manos las de la güela! Ellas multiplicaban el pan del guineo y la guábara y la buruquena de la joya. Ella hacía del trapo, vestido.

Pero no podía encastillar el bohío. No para Braulio.

Fue siempre igual. Veinte años vivieron juntos. El huérfano con la güela. Y no pudo.

¿Por qué era Braulio así? Se lo explicaba la güela. Ella también nació en bohío. Bohío de yagua con techo de matojo. El bohío se hacía más pequeñito, allá en su barrio cerca a la ceiba titánica, dominado el valle por la triple majestad de los Picachos de Jayuya. Y cuando se casó con Mingo, luna de miel en bohío, acá, en este barrio en donde ya no fue forastera, parte suya después, como el salto del Balbas y el bravo mugido de la torada en celo. Así fue.

Hace dos meses la sacó Braulio del bohío. Iba tiesa. Las mandíbulas sujetas por el madrás que tocaba sus canas. Hierven ahora los fuegos fatuos sobre el rectángulo de tierra. Igual que su madre, hace tiempo. Ella no era más que unos grandes ojos negros —grandes, negros, implorantes.

Braulio jamás aceptó la conformidad de la anciana. Y, sin embargo, jamás se preguntó, ¿qué hacer?

Pájaro que quiere volar y no se acuerda de las alas. Braulio ahora encogido, cabizbajo, en medio de la sombra, mirando la lámpara, como múcaro del cafetal que se encandila con la ventana de la hacienda.

Braulio se va a casar mañana.

Mañana, cuando cante el pitirre, cuando muja la primera vaca, cuando platee la primera franja de claror la cresta del cerro. Braulio irá —dominguero— a llevar al altar a Ceci. Ceci es criatura de hasta diecisiete años, de brisas curvas, hiriente seno, bravo mirar: la flor del mujerío de la tierra.

Pero a Braulio se le deshace la novia en un feo charco de pobreza y caduquez. No hace sino mirar al bohío y la ve así, flaca, fea, achacosa, regañona. Maldito bohío, ¡maldición del bohío!

Braulio arroja lejos de sí, al brillo del lunado batey, la viva ascua del cabo. Lo ve fulgir en el aire —breve, ilusorio astro. Bello. Vuelve súbitamente los ojos hacia el claroscuro del bohío. Y se pone en pie, frenético. Toma la lámpara y la acerca al matojo del techo. El matojo arde. Arde la yagua. Arden las tablas de tronco de palma. Atorbellinado chirriar y rojo penacho le circundan. Siente la quemadura y parte veloz, desesperado, loco. Viviente antorcha por la vega.

Jinete de junio

El pueblecito se solaza en medio de dos ríos. El camino vecinal parte del centro. Desciende hasta el río que lo besa por occidente. Lo cruza. Trepa la violenta vertiente. Bordea las cumbres calinas. Se hunde culebreando por las abras. Se ensombra de guabas y cafetos. Se afina entre peñascos y se ensancha en la bella sabana. La sabana de Frontón es muy bella.

En la sabana de Frontón vive Regino. Regino es rey de la sabana. Su pequeña finca da en abundancia frutos menores, café, tabaco. Y aún le sobraba una punta de maleza que su brazo hacendoso convirtió en cercado. En el cercado pastan dos lecheras. En el pesebre está la jaca. La jaca es un ensueño cumplido. Todo el que vive de ilusiones no muere de desengaños. Tener una jaca fue ilusión de infancia de Regino. Cuando era pobre hijo de agregado, cuando caminaba a pie para llevar de la brida el potrillo del amito de la hacienda, cuando de mocete le ensillaba el alazán a don Juan Manuel. Regino soñaba. Soñaba que un día tendría también su jaca. No sabía de donde sacarla. Tenía un machete. Se la sacó al machete.

No hubo en el barrio bracero como Regino. Su juventud se inyectaba en el machete. No trabajaba sino por ajuste. Por ajuste en la cosecha. Por ajuste cuando el levante y por ajuste cuando la limpia. No había descanso para Regino. Y en la zafra se echaba la mochila a la espalda rumbo a la bajura. Con sudor y ahorros se hizo de la finca y de la jaca.

La jaca sería el mayor orgullo de Regino ahora. Lo sería sí, si desde hace algún tiempo Blanca no compartiese con él la vida... y la jaca.

Blanca era una criolla muy guapa. Sus labios abultados pedían besos a gritos. El cruce racial producía en ella esos maravillosos, inexplicables ojos verdes de la altura borincana.

Los recién casados vivían en las cumbres de la dicha. Nana, la vieja sirvienta de la hacienda, había venido a vivir adonde la llamaba el corazón: bajo el techo de la nieta remonísima, recién casada con el jornalero convertido en propietario.

Nana era vieja como el lugar. Había que oírla. Cuando don Ceferino Montes puso las primeras estacas de la vieja casona, ya era vieja Nana. Cuando al niño que salió mambí se lo llevó por delante la Guardia Civil, ya era vieja Nana. Cuando el pirata Cofresí rondaba los mares, ya era vieja Nana. Si se le daba oídos, también, cuando Colón «hizo aguas» en Aguada, ya era vieja Nana. Pero, cuando era de veras vieja Nana, era a la hora de la velada, en la prima noche, cuando hundida en el ture, hilando con sus viejos, huesudos dedos en el uso negro, negro, viejo, viejo, hacía historias de antiguas apariciones, de sortilegios y hechicerías.

Nana tenía un cuento favorito. Ahora, hundida en el ture, lo cuenta a sus nietos, acarameladamente echados en la hamaca. Lo oyen ellos por milésima vez. Como lo oyeron sus padres y sus abuelos. Es la leyenda consustancial de la sabana. Algo tan suyo como el discurrir del Cialitos, como el salto de Balbas, como el café, como la tierra misma.

Vivía, hace muchos, muchos años, un andaluz parlanchín y mujeriego, pesadilla de los padres y delicia de las muchachas, regalo de rosarios y velorios, flor de las jaranas. Don Pancho Alcázar tenía una jaca negra. Era veloz como el rayo. Se le conocía a la distancia, anunciando como un heraldo la presencia risueña y dañina de su jinete, con largo y constante resoplido. Parecía una locomotora.

Gustaba don Pancho recorrer la sabana a todo galope en las noches de junio. Husmeaba jolgorios y faldas. Las espaciosas habitaciones de las casas solariegas oían con atento oído el resoplido lejano, el eco creciente de las herraduras, la carcajada burlona de don Pancho pasar velozmente. Lo oían los humildes en los bohíos. «Allá va don Pancho.»

Una noche de junio cruzó don Pancho Alcázar la Sabana por última vez. Al amanecer, los peones de la hacienda que cochaban la recua hacia el poblado encontraron su cadáver a la vera del camino. Le husmeaba cariñosamente la jaca negra. Tenía el cráneo cercenado. El machete de la venganza jíbara descendió como ira de huracán sobre aquel hacedor de entuertos. Y se acabó para siempre.

No. No se acabó. Desde entonces, desde hace tantos años, don Pancho Alcázar galopa la sabana imaginativa de la región. Desde entonces, cada vez que amarillean las chinas de la cuaresma, cuando se doran los pastos y se seca la hojarasca en los balseros, cuando arde el sol lujurioso desde las yemas hasta las raíces y encelan hasta las bestias de carga, cuando la luna deambula sobre la sabana, cruza en las noches temblorosas el fantasma galopante de don Pancho Alcázar. Lo oyen en las alcobas de las ricas haciendas. Lo oyen en los bohíos.

Muchos juran haberlo visto. Pasa veloz como la ráfaga, jinete en su jaca, como relámpago negro. Viste la misma arbitraria indumentaria que le acompañó en su jacarandosa vida. Rojo, flotante pañuelo le vuela al cuello. Pero, lleva por cabeza, horrorosa calavera.

Regino y Blanca sienten, bajo el hechizo del relato, el escalofrío del terror. La superstición los posee. Con inquieta mirada se van a la cama. La fe oscura y firme de la vieja los aplana.

Regino se duerme sobre el seno de Blanca. Según le crece el sueño se le va la amada realidad. Trama contra él la pesadilla.

Es noche de junio. La sabana, dormida bajo la luna, despierta bajo un galope lejano. Dos verdades (una real y otra imaginativa) discurren conjuntamente. Una en el campo. Otra en Regino.

Un hacendado regresa a prisa del pueblo. Galopa el caballo por la lunada sabana. Don Pancho Alcázar regresa a la sabana. El hacendado, a quien han dado un encargo para Regino, abandona el camino vecinal y toma el trillo que lleva a la casa de Regino. Don Pancho Alcázar regresa en la jaca, como relámpago negro vuela, como un huracán, hacia la casa de Regino. Regino, parado en la meseta, machete en mano, lo aguarda. El hacendado detiene bruscamente el galope de su caballo. Llama dos veces. Como nadie le responde, trata de despertar a Regino dando fuerte latigazo en el seto. Don Pancho Alcázar ha llegado. Regino avanza hacia él. Don Pancho Alcázar no le llevará a su Blanca. Regino alza el machete. Lo va a hundir en el cráneo desnudo, en la cara horrenda de don Pancho. Entonces don Pancho alza el foete y, antes que Regino pueda evitarlo, se abre la ventana. En la rabiza, envuelto como en una red, va el cuerpo desnudo de Blanca.

Entonces, la verdad real se impone. Un grito trágico despierta la casa. Regino se arroja de la cama. Su mujer y su suegra quieren sujetarlo. Agarra el machete. La terrible arma recorre mortalmente la casa.

En un charco de sangre yace Blanca. Nana huye despavorida.

En los ojos locos de Regino arde una diabólica llama de aquellarre.

Para que muriese un revolucionario

Luis Carlos vivía en una humilde casa de huéspedes. Hacía ya tres años que podía haber terminado sus estudios en el Instituto de La Habana. Pero sus estudios coincidieron con el amanecer de la conciencia estudiantil cubana, alertada por la funesta represalia del tirano. Luis Carlos se encontró un día en medio de un ambiente conspiratorio, de sangre y de violencia, lejos de los libros y lejos de su propia, natural inclinación (de suyo más del lado de lo reposado, que del andar a salto de mata).

En la casa de huéspedes Luis Carlos era tratado con sumo cariño. Silencioso, servicial, humilde, los compañeros de hospedaje —dependientes de comercio, un empleado de carnicería, un pequeño burgués ahído de su escasa renta—, le dividían la conversación en dos aspectos: unos, los que se atrevían a hablar, en el susurro conversacional de las épocas de tiranía, le echaban en cara su timidez, su falta de conciencia patriótica. Los otros, los apocados, los que se

inquietaban en sus tranquilas camas al bramido lejano de la dinamita, le alababan como a joven ejemplar, alejado de esas locuras de la juventud actual, infectada de revolución. Y ambos disparataban en la ignorancia de la verdadera vida de Luis Carlos.

Una tarde de domingo Luis Carlos salió de paseo hacia Guanabacoa. Quedóse la noche en casa de unos parientes y se dejó convencer el lunes para permanecer una semana. Estuvo insistente la tía. Pero pesaron mucho más en su resolución los ojos negros de Rosalinda, la prima mocita de 17 años.

Días después veían juntos una película en el cinecillo cercano. Luis Carlos tenía entre las suyas las manos frías de Rosalinda. En la pantalla Carlos Gardel enamoraba al voluptuoso ritmo del tango.

Por un fenómeno peculiar en los hombres entrados en la lucha, la llama del bochorno le ardió de pronto en las mejillas: «¡Chica, me había olvidado...!»

De lo que se había olvidado Luis Carlos era de que había una manifestación de protesta por el asesinato de un compañero y se esperaba camorra. Se excusó (con una excusa fútil) y salió precipitadamente para La Habana.

Al llegar a cierta esquina de calles, un grupo de soldados descargaba, desde un automóvil, con una ametralladora. El grupo tiroteado se refugiaba pegado a una pared, sin oportunidad de escape. Luis Carlos vaciló un instante y se resolvió. De un salto se avalanzó sobre la ametralladora. Recibió la descarga casi tapando la boca de fuego con el pecho. Fue sólo un instante. Lo suficiente para que muriese un revolucionario y se salvaran ocho, a toda la necesaria velocidad de sus piernas.

Turey

Dialogábamos de montura a montura. La bella sabana se abría verdecida, húmeda de matinal sereno. El ala del cafetal le rozaba el oriente encendido. Declinaba hacia el norte y se erguía magnífica en las cumbres del Frontón Morales, más allá del salto del Balbas, rizado de fragorosa espuma, entre vaporosos cendales. El sol subía lento y seguro. Y, subiendo, subiendo acallaba los claros pitirres, desvanecía las últimas nieblas, hasta entrar, victorioso, por las ramas del guabal espeso, chorreando luz por los troncos y cayendo benéfico sobre los cafetos temblorosos, hasta el parido guineal, hasta la madre tierra, húmeda y parda.

—Carlín...—dijo mi tío, alzándose sobre los estribos.

Mi tío era un señor severo, muy serio y muy bondadoso, con la manía de nutrir en la historia sus más íntimas conversaciones. De joven había sido mambí, de pura cepa. Anduvo embriscado por seborucos y tabonucos, con la Guardia Civil en los talones, allá por las postrimerías de nuestro siglo XIX. Y a su hermano, menor que él sólo dos años, por parecersele, lo iba a fusilar contra el seto de la tahona una patrulla del Batallón Patria. Un teniente criollo lo salvó, cuando le distinguió el color de los ojos. Los del mayor eran azules. Los del menor, negros. Sobre el azul de los ojos se había creado mi tío una leyenda. Muy bella, por cierto.

—Carlín... —repitió.

Y como no le contestase, soltó ya su espontánea e incontinente elocuencia, ufanamente.

—Carlín... Así como brilla en esta mañana de Borinquen, ha brillado sobre todas las civilizaciones, encontrándose siempre en las cumbres, las de las teogonías como las geográficas... Es el Febo, el Helios, el rubicundo Apolo de los antiguos; nuestro Camuy, el Camuy que clareó la primera mañana de Borinquen. Nuestros abuelos taínos así le llamaron. Nosotros, malagradecidos, le hemos cambiado el nombre. Deambula y vive en esa mansión sublime por donde surca luminoso: en Turey. Divino Turey, que un día el amor entró en nuestros ojos, los aclaró y quedó acá dentro para siempre, llenándonos el alma de nuevas dimensiones.

Desde luego, mi tío era poeta. Y como poeta, mitad en broma, mitad en serio, gustaba de contar esta leyenda, invención suya, pero, embellecida y hasta cierto punto sustentada por el fondo histórico de su contenido.

—Sobrino... —comenzó diciendo esta vez—. Llegaron los blancos a nuestra tierra y vino entre ellos un mancebo asturiano, rubio como el maíz. Era hermoso y valiente. Sobre la frente

pálida se rizaba la ola dorada del cabello. Los ojos azules se doraban bajo el halo de los rizos. En su mano, la espada era como el rayo de Huracán, veloz y mortal. En su corazón no cabía un solo aliento de amor. Su crueldad era la del terremoto, universal y sola. Se llamaba Fabián.

Una joven borinqueña quedó prendada de aquellos ojos azules, nacidos de una especial bondad de Turey. Era esta joven hija regalona de un noble de la dinastía de Guaybaná. Su nombre era Anaoba.

Era Anaoba muy bella. En sus ojos, de profunda negrura, radiaban secretos astros. El caballero Fabián la vio y decidió tomársela. Engañóla y, luego, negóse a cubrirla con el techo del matrimonio.

Has de ver, sobrino, que Fabián y Anaoba eran, por lo menos, iguales en la división de clases de aquel entonces. Ambos eran nobles. Y más lo era ella que él. Él era no más que el hijo aventurero de un hidalgo de menor cuantía. Ella era la hija de un poderoso Guamiquina, más que un Grande de España.

Pero, él era el Conquistador y ella, la hija del héroe difunto. Respalado por la espada, podía burlarse de los débiles. Y se burló, jactándose entre carcajadas y palabrotas, de que los ojos azules heredados del cielo de Europa no iban a caer deshonrados en el vientre de una india de Borinquen.

Anaoba, burlada, desapareció del Incaieque. Erró llorando por los valles más sombríos. Subió, clamando de cólera, las más altas cumbres y una mañana de espléndido verano, contempló el mundo desde el pico más alto de la sierra de Luquillo. Furudi se desvistió sus habituales enaguas de niebla y Anaoba se encaró al turey iluminado que cobija y bendice a la tierra de Borinquen.

Estaba más bella que nunca. Desnuda sobre el mundo, sus ojos sorbían la lumbrer del camuy bienhechor que calienta la tierra y da su color al maíz. El raudal de turey le bañaba el cuerpo; los senos, como opacas lunas bronceadas, el vientre enjuto, la cadera de lavada línea. Sus pies desnudos se hundían en la tierra y de ellos le subía por el cuerpo, le alzaba orgullosamente el pecho, la cabeza, los rabiosos brazos, las nerviosas manos, algo como una misteriosa fuerza telúrica.

Anaoba apostrofó a Turey: «Turey que azulaste sobre la tierra de Borinquen y asomando sobre ella los brazos dorados de Camuy te trazaste costas infranqueables a la colérica belleza de Baguá. Turey que envías la lluvia generosa a los conucos: ¡pido venganza! Tuya es también la furia de Huracán. ¡Pido venganza!»

Súbitamente, se estremeció Furudi. Se abrió el cielo y Turey en persona asomó detrás de su desgarrada vestimenta. Era tan bello, que se hacía imposible mirarlo. Dijo: «Aquí va tu venganza.»

Se oyó entonces el vuelo de un guaraguao ciclópeo. Se oyó que el vuelo se alejaba y regresaba. Y el guaraguao inmenso desgarró el vientre de Anaoba y le sembró adentro los ojos azules que traía en el pico; los ojos azules de Fabián.

Turey extendió una mano y el ave se ocultó en Furudi. Turey rozó con su dedo el vientre desgarrado de Anaoba y quedó intacto. Tocóle el pecho sobre el corazón y la volvió a la vida. Luego, se ocultó otra vez tras su vitrina azul.

A Anaoba le nació un hijo de oscura tez, nocturna cabellera y ojos celestes. Su hijo no era indio ni español. Era el primer puertorriqueño.

Bibliografía de Juan Antonio Corretjer

Poesía (1924-1984)*

A. Obra poética de Corretjer recogida en libros y opúsculos

- Agüebana. Poemas criollos*, Ponce, Puerto Rico, Tipografía del Llano, 1932.
Ulises. Versos al mar de un hombre de tierra adentro, Ponce, Puerto Rico, Puerto Rico Evangélico, 1933.
Amor de Puerto Rico, San Juan, Puerto Rico, Editorial La Palabra, 1937.
Cántico de guerra, San Juan, Puerto Rico, Imprenta Puerto Rico, 1937.
El Leñero. Poema de la Revolución de Lares, Nueva York, s/e, 1944.
Los primeros años, San Juan, Puerto Rico, Imprenta Baldrich, 1950.
Tierra nativa, San Juan, Puerto Rico, Casa Baldrich, 1951.
Un recuerdo de Cuba, San Juan, Puerto Rico, s/e, 1952.
Alabanza en la torre de Ciales, San José, Costa Rica, Ediciones del Repertorio Americano, 1953.
Don Diego en El Cariño, San Juan, Puerto Rico, Ediciones La Escrita, 1956.
Distancias, Santurce, Puerto Rico, Ediciones Vela, 1957.
Yerba bruja, Guaynabo, Puerto Rico, Imprenta Venezuela, 1957.
Genio y figura. Rapsodia criolla, Guaynabo, Puerto Rico, Litografía Guilliani, 1961.
Pausa para el amor, Guaynabo, Puerto Rico, Cooperativa de Artes Gráficas Romualdo Real, 1967.
Canciones de Consuelo que son canciones de protesta, Guaynabo, Puerto Rico, Liga Socialista Puertorriqueña, 1971.
Día antes. Cuarenta años de poesía (1927-1967). Selección, notas y glosario de Ramón Felipe Medina, Río Piedras, Puerto Rico, Editorial Antillana, 1973.
Aguinaldo escarlata, Guaynabo, Puerto Rico, s/e, 1974.
Para que los pueblos canten, Guaynabo, Puerto Rico, 1976.
Pausa para el amor, San Juan, Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1976.
Obras completas. Prólogo de José Luis Vega, San Juan, Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1977.
Poesía y revolución. Edición de Joserramón Meléndez, Río Piedras, Puerto Rico, Editorial quAse, 1981.
El estado del tiempo, Guaynabo, Ediciones Islabón, 1983.
Los días contados, Guaynabo, Puerto Rico, s/e, 1984.

* Tomada de Ramón Felipe Medina, *Juan Antonio Corretjer, Poeta Nacional puertorriqueño*. Se ha actualizado para esta edición.

B. Obra poética difundida en antologías

- Arce de Vázquez, Margot, Laura Gallego y Luis Arregoitia, *Lecturas puertorriqueñas: poesía*, Sharon, Conn., Troutman Press, 1968.
Babín, María Teresa y Stan Steiner, *Borinquen. An Anthology of Puerto Rican Literature*, New York, Alfred A. Knopf, 1974.
Díaz Alfaro de Sosa, Dalila, *Niños y alas. Antología de poemas para niños*, Río Piedras, Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, 1957.
Fernández Méndez, Eugenio, *Antología de la poesía puertorriqueña*, San Juan, Puerto Rico, Ediciones El Cemí, 1968.
Gómez Tejera, Carmen, *Poesía puertorriqueña. Antología para niños*, La Habana, Cultural, 1938.
Hernández Aquino, Luis y Ángel Valbuena Briones, *Nueva poesía de Puerto Rico*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1952.
———, *Cantos a Puerto Rico*, San Juan, Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1967.
Labarthe, Pedro Juan, *Antología de poetas contemporáneos de Puerto Rico*, México, D.F., Editorial Clásica, 1946.
Laguerre, Enrique A. y Esther M. Melón, *El jíbaro de Puerto Rico: símbolo y figura*, Sharon, Conn., Troutman Press, 1968.
Magaloni, Honorato Ignacio, *Poesía de América*, (Número antológico de poesía combativa), México, DF, Oct.-Dic., 1955, p. 45.
Martínez Capó, Juan, *Antología poética de Asomante (1945-1959)*. Introducción por Concha Meléndez, San Juan, Puerto Rico, Ateneo Puertorriqueño, 1962. (Cuadernos de Poesía, No. 14.)
Matilla, Alfredo e Iván Silén, *The Puerto Rican Poets*, New York, 1972.
Rosa-Nieves, Cesáreo, *Aguinaldo lírico de la poesía puertorriqueña*, Madrid, 1957. (Tres tomos.)

Rosario Quiles, Luis Antonio, *Poesía nueva puertorriqueña*, Río Piedras, Puerto Rico, Producciones Bondo, 1971.
Varios, *Lecturas hispánicas*, Río Piedras, Puerto Rico, Editorial Edil, 1974.

C. Reseñas y crítica a libros de Juan Antonio Corretjer

Sobre *Agüebana*:

Fonfrías, Ernesto Juan, «Estampas de hoy... *Agüebana*, libro de versos de Juan Antonio Corretjer», *Gráfico de Puerto Rico*, San Juan, Puerto Rico, 18 de agosto de 1932, pp. 9, 49.
González Alberty, Fernando, «*Agüebana* (Poemas criollos de Juan Antonio Corretjer)», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 25 de noviembre de 1932, p. 6.
Margenat, Alfredo, «El libro de Juan Antonio Corretjer», *El País*, San Juan, Puerto Rico, 22 de julio de 1932, p. 4.
Pacheco Padró, A, «El poema criollo de Juan Antonio Corretjer», *Gráfico de Puerto Rico*, San Juan, Puerto Rico, 4 de agosto de 1932, p. 15,
Padró, Humberto, «Juan Antonio Corretjer, poeta de imaginación», *Gráfico de Puerto Rico*, San Juan, Puerto Rico, 21 de julio de 1932, pp. 5, 47.

Sobre *Amor de Puerto Rico*:

Anónimo, «*Amor de Puerto Rico*: Último libro de versos de Juan Antonio Corretjer», *La correspondencia de Puerto Rico*, San Juan, Puerto Rico, 26 de abril de 1937, p. 4.
Sobre *Los primeros años*:

Hernández Aquino, Luis, «Revista de libros: *Los primeros años*», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 4 de febrero de 1951, p. 11.
Martínez Capó, Juan, «Temario isleño», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 24 de diciembre de 1950, p. 18.

Sobre *Tierra nativa*:

Anónimo, «Desfile de libros puertorriqueños», *Alma Latina*, San Juan, Puerto Rico, 7 de febrero de 1973, p. 4.

Sobre *Don Diego en El Cariño*:

Anónimo, «Círculo cultural hará entrega de premios certamen de poesía en Yauco», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 26 de marzo de 1957, p. 13.
Marrero, Carmen, «Notas bibliográficas: *Don Diego en El Cariño*», *El Imparcial*, San Juan, Puerto Rico, 27 de mayo de 1956, p. 37.
Villaronga, Luis, «*Don Diego en El Cariño*. El último libro de Juan Antonio Corretjer», *El Imparcial*, San Juan, Puerto Rico, 17 de junio de 1956, pp. 37-38.

Sobre *Distancias*:

Anónimo, «*Distancias*: Imagen de Borinquen por Juan Antonio Corretjer», *El Imparcial*, San Juan, Puerto Rico, junio de 1957, s/p.
González, José Emilio, «De Juan Antonio Corretjer, *Distancias*», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 23 de noviembre de 1957, p. 24.

Sobre *Yerba bruja*:

Alpízar, Sergio P., «Un comentario en torno al libro *Yerba bruja* de Juan Antonio Corretjer», *Hoy Domingo*, La Habana, 5 de febrero de 1961, p. 5.
Hernández Aquino, Luis, «Poesía puertorriqueña: Un libro de Juan Antonio Corretjer», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 29 de marzo de 1958, p. 26.
Jiménez Lugo, A., «*Yerba bruja*. Tres escritores elogian obra de Juan Antonio Corretjer», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 29 de marzo de 1958, p. 26.

Laguerre, Enrique A., «Un libro de Juan Antonio Corretjer». Puntos de Partida (programa radial), WIPR, San Juan, Puerto Rico, 4 de mayo de 1958 (14 pp. del libreto).

———, «Perspectiva», *Artes y Letras*, San Juan, Puerto Rico, 21 de septiembre de 1958, p. 2.

López González, Julio César, «El sentido de la patria en un poemario de Juan Antonio Corretjer», en *Pasión de poesía*, San Juan, Puerto Rico, Ediciones Rumbos, 1960, pp. 15-22.

Sobre *Genio y figura*:

Jiménez, A., «Publican en San Juan libro de Juan Antonio Corretjer», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 24 de enero de 1962, p. 17.

Sobre *Alabanza en la torre de Ciales*:

Robinson, Lee, «Books», *San Juan Review*, San Juan, Puerto Rico, April, 1965, p. 29.

Sobre *Pausa para el amor*:

Martínez Capó, Juan, «La escena literaria», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, Suplemento de Puerto Rico Ilustrado, 16 de agosto de 1969, p. 22.

Sobre *Canciones de Consuelo que son canciones de protesta*:

Martínez Capó, Juan, «La escena literaria», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, Suplemento de Puerto Rico Ilustrado, 29 de abril de 1973, p. 24.

Sobre *Construcción del Sur y Quieto en mi isla voy*:

Martínez Capó, Juan, «La escena literaria», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, Suplemento de Puerto Rico Ilustrado, 8 de diciembre de 1974, p. 10.

Sobre *Día antes*:

González, José Emilio, «*Día antes*, antología de la poesía de Juan Antonio Corretjer», *Claridad*, Suplemento En Rojo, 11 de enero de 1975, pp. 14-15.

Barradas, Efraín, «Después de *Día antes*», *Claridad*, Suplemento *En Rojo*, San Juan, 16 de marzo de 1979, pp. 10-11.

Martínez Capó, Juan, «Juan Antonio Corretjer, *Día antes*», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 29 de febrero de 1976, p. 6-B.

Sobre *Aguinaldo escarlata*:

Martínez Capó, Juan, «Juan Antonio Corretjer, *Aguinaldo escarlata*», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 24 de abril de 1977, p. 7-B.

Sobre *Para que los pueblos canten*:

Martínez Capó, Juan, «Juan Antonio Corretjer, *Para que los pueblos canten*», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 1 de mayo de 1977, p. 7-B.

Sobre *Obras completas*:

Barradas, Efraín, «Corretjer, Juan Antonio, *Obras completas*», *Sin Nombre*, San Juan, Puerto Rico, X, 4, marzo de 1980, pp. 100-101.

Martínez Capó, Juan, «Juan Antonio Corretjer, *Obras completas*», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 19 de octubre de 1980, p. 9-C.

Sobre *Laurel negro*:

Martínez Capó, Juan, «Juan Antonio Corretjer, *Laurel negro*», *El Mundo*, San Juan, 20 de diciembre de 1981, p. 14-B.

Sobre *El estado del tiempo*:

Martínez Capó, Juan, «Juan Antonio Corretjer, *El estado del tiempo*», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 15 de enero de 1984, p. 11-B.

D. Sobre la obra poética de Juan Antonio Corretjer en general

Arce de Vázquez, Margot, Laura Gallego y Luis Arrigoitia, *Lecturas puertorriqueñas: poesía*, Sharon, Conn., Troutman Press, 1968.

Arrigoitia, Luis de, «Cuatro poetas puertorriqueños: José de Diego, Luis Lloréns Torres, Luis Palés Matos y Juan Antonio Corretjer», *Caravelle*, Toulouse, Francia, 1972, pp. 59-76.

Babín, María Teresa, «Ocho poetas de Puerto Rico», *Artes y Letras*, San Juan, Puerto Rico, agosto de 1958, pp. 4-6.

———, *Panorama de la cultura puertorriqueña*, Nueva York, Las Américas Publishing, 1958.

Barradas, Efraín, «Lo que es Corretjer», *Claridad*, San Juan, Puerto Rico, 6 de octubre de 1974, pp. 22-23.

Cabrera, Francisco Manrique, *Historia de la literatura puertorriqueña*, Nueva York, Las Américas Publishing, 1956.

Crescioni, Gladys, «Encuentro cultural», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 12 de octubre de 1980 y 10 de enero de 1982.

Díaz Cáceres, Ángel, «Corretjer: cuarenta años de vida poética», *La Nao*, Ponce, Puerto Rico, Suplemento, 21 de febrero de 1973, pp. 2-4.

Díez de Andino, Juan, «En el homenaje al poeta Corretjer», *El Mundo*, 1 de abril de 1967, p. 37.

Franco Oppenheimer, Félix, *Imagen de Puerto Rico en su poesía*, Río Piedras, Puerto Rico, Editorial Universitaria, 1972.

Frenk Alatorre, Margit, trad. *La poesía*, de Johannes Pfeiffer, México, DF, Fondo de Cultura Económica, 1966.

González, José Emilio, «La poesía puertorriqueña de 1930 a 1954», *Asomante*, San Juan, Puerto Rico, enero-marzo de 1955, pp. 73-74, 76-77, 84, 87-88, 90-91.

González, José Emilio, «Índice de la poesía puertorriqueña», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 4 de junio de 1944, p. 12.

———, «Los poetas puertorriqueños de la década del 1930», en *Ciclo de conferencias sobre literatura de Puerto Rico*, Instituto de Cultura Puertorriqueña, Ediciones Rumbos, 1960, pp. 15-18, 29-30.

———, «La poesía puertorriqueña de 1945 a 1963», *Asomante*, San Juan, Puerto Rico, julio-septiembre de 1964, pp. 55-56, 63-65, 72, 77-78.

———, *La poesía contemporánea de Puerto Rico*, San Juan, Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1972.

Hernández Aquino, Luis, *Poesía puertorriqueña*, San Juan, Puerto Rico, Cuadernos de la Universidad de Puerto Rico, 1954.

———, «Bibliografía puertorriqueña: Historia de nuestra literatura», *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 6 de julio de 1957, p. 25.

———, *Nuestra aventura literaria*, Santo Domingo, R.D., Editora Arte y Cine, 1964.

Laguerre, Enrique A. y Esther Melón, *El jíbaro de Puerto Rico: símbolo y figura*, Sharon, Conn., Troutman Press, 1968.

Lee de Corretjer, Consuelo, «Testimonio», *Reíntegro*, Año III, No. 2, agosto de 1983, p. 4.

Mari Bras, Juan, «Habló el poeta», *Claridad*, 15 de octubre de 1975, p. 12.

Matos Paoli, Francisco, «La poesía de Juan Antonio Corretjer», *El Boricua*, Santurce, Puerto Rico, 15 de agosto de 1947, p. 6.

———, *Diario de un poeta*, Santurce, Puerto Rico, Ediciones Puerto, 1973.

Medina, Ramón Felipe, «Guajana: Diez años de compromiso y poesía», *Guajana*, Número extraordinario, septiembre de 1973, pp. 18, 22.

———, «Juan Antonio Corretjer: Homenaje a la figura total», *Sin Nombre*, San Juan, Puerto Rico, enero-marzo de 1975, pp. 49-61. (Leído en el Ateneo Puertorriqueño el 28 de noviembre de 1973.)

———, *El cumplido: Narraciones arbitrarias de Juan Antonio Corretjer*, con Prólogo-estudio, selección, notas, glosario y bibliografía. (Inédito.)

Medina, Ramón Felipe, «Juan Antonio Corretjer Poeta Nacional puertorriqueño. (Tesis inédita presentada en la Universidad Nacional de México.)

Meléndez, Joserramón. «Entrevista a Juan Antonio Corretjer», *El Nuevo Día*, San Juan, Puerto Rico, 29 de noviembre de 1981.

———, «Prólogo a *Poesía y revolución*», Río Piedras, Puerto Rico, Editorial quAse, 1981.

- , «Entrevista a Juan Antonio Corretjer», *Reintegró*, Año III, No. 2, agosto de 1983, Suplemento *Extraordinario*, pp. 2, 3, 5, 7, 9, 11, 13, 15.
- Mirabal, Mili, «Tres poetas revolucionarios», *El Mundo*, San Juan, 28 de agosto de 1977, p. 10-B.
- Montes Cumming, Carmen, «Juan Antonio Corretjer: poeta nacional puertorriqueño. (Tesis inédita presentada en la Universidad de Tennessee, en Knoxville, 1982.)
- Nolla, Olga, «Corretjer, poeta: un canto de amor a Puerto Rico», *El Nuevo Día*, San Juan, Puerto Rico, 14 de febrero de 1976.
- Pagán, Juan Bautista, «Juan Antonio Corretjer: El hombre, el revolucionario, el poeta», *El Imparcial*, San Juan, Puerto Rico, 22 de mayo de 1937, pp. 17, 25.
- Rivera de Álvarez, Josefina, *Diccionario de la literatura puertorriqueña*, Río Piedras, Puerto Rico, Ediciones de la Torre, 1955.
- , *Literatura puertorriqueña, su proceso en el tiempo*, Madrid, Ediciones Partenón, 1983.
- , *Historia de la literatura puertorriqueña*, San Juan, Puerto Rico, Editorial del Departamento de Instrucción Pública, 1969.
- Rodríguez, Ángel Manuel, «La poesía proletaria de Juan Antonio Corretjer», *El Imparcial*, San Juan, Puerto Rico, 25 de julio de 1937, p. 6.
- Rosa-Nieves, Cesáreo, *Aguinaldo lírico de la poesía puertorriqueña*, T. III. San Juan, Puerto Rico, Librería Campos, 1975.
- Rosado, María Gisela, «Revitalización del mito aruaco en la poesía de Juan Antonio Corretjer», Tesis de Maestría, San Juan, Puerto Rico, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1998. (Inédita.)
- Rosario Quiles, Luis Antonio, «Conversación con Juan Antonio Corretjer», *Versiones*, San Juan, Puerto Rico, marzo de 1968, s/p.
- Sánchez, Luis Alberto, *Nueva historia de la literatura hispanoamericana*, Buenos Aires, 1944.
- Sánchez, Sister María Rosario, «El neocriollismo en *Amor de Puerto Rico* y la primera serie poética de Juan Antonio Corretjer», San Juan, Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico. (Tesis inédita.)
- Torres-Rioseco, Arturo, *Nueva historia de la literatura iberoamericana*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1964.
- Valbuena Briones, Ángel, *Nueva poesía de Puerto Rico*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1952.
- Vega, José Luis, «Prólogo» en *Obras completas*, San Juan, Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1977.

Glosario

- ABBAD, ÍÑIGO.** Autor de la *Historia general y geográfica de Puerto Rico*.
- AGÜEYBANA.** Cacique que se alzó contra los españoles.
- ALBAYALDES.** Insecto diminuto cuya picada es muy ardorosa. Crece en los troncos de los cafetos.
- ALTO DE LA BANDERA.** Monte cercano a Adjuntas.
- ARECIBO.** Pueblo de Puerto Rico. Castellanización del nombre de un cacique aborigen.
- AREYTO.** Canto y danza de los primitivos pobladores de las Antillas. Por su valor en la educación de los integrantes de estos pueblos, y en la conservación, por tradición oral, de la historia de sus comunidades, el areyto era una especie de «escuela pública del indio antillano».
- ASOMANTE.** Monte entre Aibonito y Coamo, pueblos de Puerto Rico. Última trinchera de España en América.
- AUSUBO** (*Dumelia nigra*). Árbol de 15 a 20 metros de altura. Su madera roja y sumamente dura es excelente para toda clase de construcciones.
- BAJO DE PATILLAS.** Bajo y lugarejo en la costa sur de Puerto Rico, cerca del pueblo de Patillas.
- BALBAS.** Afluente del Cialito, en la jurisdicción de Ciales. Cascada. Corresponde al sistema hidrográfico del Río Grande de Manatí.
- BATEYES DEL OTUAO.** Otuaó era un cacicazgo cuyo nombre resuena aún en el de Utuado. Bateyes del Otuaó hace referencia a las notables plazoletas indígenas descubiertas en el barrio Caguana, de Utuado.
- BAYOÁN.** Castellanización de Urayoán, primer indio en dudar de la inmortalidad de los españoles, poniéndola a prueba. Héroe de la novela de Hostos *La peregrinación de Bayoán*.
- BETANCES, RAMÓN EMETERIO** (1830-1898). Escritor y político. Padre de la patria puertorriqueña.
- BONGÓ.** Tambor criollo de origen africano.
- BORDONÚA.** Variedad de guitarra.
- BORICUA.** Puertorriqueño.

BORINQUEN. Nombre indígena de Puerto Rico. Significa: Tierra del valiente Señor.

CABO ROJO. Pueblo al oeste de Puerto Rico. Cuna de Betances.

CAMUY. Pueblo de Puerto Rico, en el distrito de Arecibo. El Sol, en lengua aborigen.

CAMPECHE, JOSÉ. Primer pintor puertorriqueño. Siglo XVIII.

CANEY. Casa grande de los caciques. Persiste el uso de este nombre en la literatura con el significado de choza del campesino; sinónimo de bohío.

CAPARRA. Primera población fundada por Ponce de León.

CARACOLAS. Caracoles. Trompa. Fotuto. Instrumento musical de los taínos. Usado en los campos de Puerto Rico para avisar las crecientes.

CARIMBO. Instrumento con el que se marcaba a los esclavos.

CARPINTERO (*Melanerpes portoricensis*). Pájaro. Cava su nido a picotazos en el tronco de los árboles.

CARRAO. Nombre de un pájaro.

CASTELLANOS, JUAN DE. Historiador y poeta. Autor de las famosas *Elegías de varones ilustres de Indias*.

CAYEY. Pueblo de la Cordillera Central.

CEIBA. Árbol colosal cuyas semillas están envueltas por una especie de algodón. Aplícase este nombre a diversas especies de bombáceas (*Bombax ceiba*; *Eriodendrom xylum*).

CEMÍ. Dios. Ídolo.

CIALES. Ayuntamiento en el centro de Puerto Rico. Lugar de nacimiento de José A. Corretjer.

CIALEÑO. Natural de Ciales.

CIALITOS. Barrio rural y río, en el término municipal de Ciales.

CIBA. Piedra.

COABEY. Valle de los muertos. Especie de paraíso, o Nirvana, taíno. Barrio de Jayuya, de bellísimo paisaje, centro de la insurrección nacionalista del 30 de octubre de 1950.

COLLAR. Talla india en piedra, exclusiva de los taínos de Puerto Rico.

COLLORES. Coyor. Palma. Da una nuez de cubierta negra y muy dura, de la cual se hacen sortijas y cuentas. La carne es blanca y muy sabrosa. También, nombre de muchos barrios rurales de Puerto Rico. El más famoso, el de Juana Díaz, fue inmortalizado por el poema de Luis Lloréns Torres.

COMERÍO. Pueblo situado en el centro de Puerto Rico.

CONUCO. Plantío.

COQUÍES. Pequeña ranita.

CUATRO. Instrumento de cuerdas.

CUCUBANO (*Pyrophorus luminosus illiger*). Especie de luciérnaga de aproximadamente una pulgada de largo.

CULEBRA. Una de las islas territoriales de Puerto Rico, situada al Este.

CHANGO. Pájaro de color negro.

DITA DE GUINEOS. Dita, plato jíbaro, hecho de la corteza de la fruta de la higuera. Guineo, variedad de plátano.

DOÑA ANA. Personaje folklórico puertorriqueño.

EL MORRO. Castillo de San Juan.

«ÉL VIO UNA SOMBRA GALOPANTE.» Alusión al drama *El héroe galopante*, de Nemesio R. Canales.

ENCANDILAR. Perder el sueño. Asustarse, alarmarse, enfadarse. Acobardarse. Estado eufórico.

ESCOTERO. Caballo que va sin montura, jinete ni carga.

FOGÓN. Hogar.

FRONTÓN. Barrio en el término municipal de Ciales.

GARABATO. Horqueta, o vara larga, que termina en una punta hacia abajo, haciéndola útil para agarrar y bajar ganchos o frutas. También persona muy flaca e inclinada.

GAUTIER BENÍTEZ, JOSÉ. Gran poeta patrio.

GROSELLA (*Cicca disticha*). Fruta ácida y dulce, pequeña, de color blanco amarillento, y piel fina y rugosa.

GUABA (*Inga vera*; *Mimosa inga*). Árbol de aspecto verde oscuro, muy frondoso, que se emplea para proteger los cafetales. No es frutal.

GUABAL. Bosque de guabas.

GUAMÁ. (*Inga laurina*; *Mimosal*; *M. fagifolia*). Árbol cuya legumbre contiene de tres a seis semillas envueltas en una pulpa blanca, dulce y agradable al gusto.

GUANÓN. Pectoral dorado, insignia de mando en los caciques borincanos. También oro; sinónimo de *caona*, o *caoni*.

GUARAGUAO. Ave de rapiña.

GUARIONEX. Cacique indio, héroe de la guerra contra la Conquista española.

GUAYABA. Fruta.

GUAYBANA. Cacique que dirigió la guerra india contra los Conquistadores. Murió en la batalla de Yagüecas.

GUAYNABO. Río y pueblo de Puerto Rico. De *guanín*, oro, y *abo*, río.

GUAYZAS. Carátulas hechas de pedrería de huesos de pescado. Habíalas también labradas de algodón y piedras, con hojuelas de oro y a veces estaban adheridas a cintos de vistoso adorno.

GUAZÁBARA. Voz indígena. Guerra, batalla.

GUTIÉRREZ. Compositor puertorriqueño y organista del siglo XIX.

HACIA UN LEJANO SOL. Novela de Nemesio R. Canales.

HAYTINALES. Postes. Espeques.

HORMIGUEROS. Pueblo natal de Ruiz Belvis.

HUMACAO. Ciudad en la costa oriental de Puerto Rico.

HURAKÁN. Huracán. Dios del viento. Ciclón.

HYÉN. Licor.

INCAHIEQUE. Variantes: yucateque, incayeque. Poblado indígena. Aldea.

INDA. Diminutivo familiar de la esposa de Hostos.

INFORME. Se refiere al famoso Informe contra la esclavitud, redactado por Ruiz Belvis.

JAGUA (*Genipa americana*). Árbol rubiáceo de fruto como un huevo de ganso, drupáceo y pulpa agri dulce.

JÁQUIMA. Cabezote de sogas para caballos.

JARANA. Baile de confianza, no de etiqueta.

JÍBARO. Campesino puertorriqueño.

JURUTUNGO. Lugar lejano, en los quintos infiernos.

LA PLATA. Río de Puerto Rico. También Hoya de Aibonito.

LARES. Población ubicada en el centro de Puerto Rico. Cuna de la República de 1868.

LEÑERO, EL. Sobrenombre del héroe puertorriqueño Manuel Rosado, quien dio el aviso para el Grito de Lares en 1868 y donde murió peleando.

LERÉN (*Maranta allouina*; arundinácea; curcuma americana). Planta de pequeñas flores blancas. De sus tubérculos, de pulgada y media, se extrae una comida farinácea blancuzca muy sabrosa.

LOARINA. Heroína de la leyenda indígena «La palma del cacique», de don Alejandro Tapia y Rivera.

LUQUILLO. Pueblo de Puerto Rico. Monte y playa notables.

MACANA. Garrote.

MAJAGUA (*Hibiscus tiliaceus*; *Daphnopsis*). Malvácea de terrenos anegadizos que proporciona buenos vencejos o ligaduras.

MALA PASCUA. Cabo al sureste de Puerto Rico.

MANQUE. Aunque. A pesar de. Por encima de todo.

MARÍAS (*Calophyllum calaba*). Árbol coposo, muy hermoso, cuya madera sirve para leña.

MARIÉN. Heroína de la novela de Hostos *La peregrinación de Bayoán*.

MAROHÓ. La luna. Cemí que la representa.

MARTINETE. Ave acuática.

MAYA (*Bromelis pinguin*; *Ananas p.*) Planta común, utilizada para cercas vivas. Parecida a la piña o ananás.

MAYAGÜEZ. Ciudad en la costa oeste de Puerto Rico.

MAZAMORRA. Enfermedad producida por la humedad a los trabajadores que trabajan descalzos.

MORELL CAMPOS, JUAN. El más insigne músico puertorriqueño.

MÚCARO (*Orden Strigiformes. Familia Strigidas. Gymnasio nudipes. Daudin*). Búho puertorriqueño.

MUESCA. Piedra cuya frotación producía el fuego.

NÍSPERO (*Sapota achras*; *mamosa*). Árbol de fruta muy sabrosa. La fruta de este.

OLLER, FRASQUITO. Gran pintor puertorriqueño.

OUBAO-MOIN. Isla de sangre.

PACHOLÍ (*Andropogon nardus*) Planta aromática, muy usada en los guardarropías.

PÁJARO-BOBO. Ave.

PALICABAN. «Algunas sombras palicaban.» Alusión a la obra *Paliques*, de Nemesio R. Canales.

PERONÍAS o PEONÍAS (*Abrus praecatorius L. Fabaceas*). La mata de peronías es un bejuco leñoso. Son atractivas sus semillas redondas roja escarlata, con un ojillo negro. Los campesinos usan esta semilla para hacer rosarios, collares, carteritas, etc. *Abrus* significa gracioso, en griego. *Praecatorius* se deriva de preces, y alude a su uso en rosarios.

PICACHOS DE JAYUYA. Macizo orográfico cercano al pueblo de ese nombre.

PICA-PICA (*Fleurya aestuans*, L.; *Stizolobium pruritum*). Arbusto. Su semilla produce un ardor desesperante.

PITIRRE. Es a la vez la alondra y el pájaro héroe de Puerto Rico.

POMARROSA (*Jambos jambos* L.) Fruta de muy gratos sabor y perfume. Es la manzana de Puerto Rico.

PONCE. Ciudad de la costa Sur de Puerto Rico.

PONCE, JUAN. Juan Ponce de León.

PROCLAMAS. Se refiere a las proclamas libertadoras e insurreccionales de Betances.

REINAMORA. Pajarillo de Puerto Rico.

REPARAR. Fijar. Notar.

RÍO DE LOÍZA. Como dice el poema, «el más grande río de la patria».

RUIZ BELVIS, SEGUNDO. Patricio puertorriqueño.

SALINAS. Pueblo al sur de Puerto Rico.

SAN PÍO. Momia romana en la Catedral de San Juan.

SAN TELMO. Personaje del folklore puertorriqueño. Es el mismo de los pescadores y marineros de muchos países.

SAUCO (*Sambucus simpsoni*). Arbusto de pequeñas flores blancas.

SEBORUCO. Bosque.

SILLA DE GUILARTE. Monte cercano a los pueblos de Adjuntas y Maricao.

SOLAR. Patio. Predio en que se construye una casa.

TABONUCO (*Dacryodes hexandra*; *Excelsa*; *Pachylobus hexandrus*). Árbol corpulento de cuyo tronco fluye una resina de olor alcanforado y fuerte. Su madera es bastante liviana, de dureza regular, textura fibrosa y grano bastante fino de color rosado. Su resina se usa para hacer antorchas y como incienso en las iglesias.

TERRERO. Ardiente.

TOA BAJA. Pueblo en la costa norte de Puerto Rico.

TORO DE CAYEY. Monte en las inmediaciones de Cayey.

TORRES VARGAS. Primer cronista puertorriqueño.

TUNA (*Opuntia ficus-indica* L.). Cactus espinoso, muy refrescante.

TUREY. El cielo.

«**UN HOMBRE UN DÍA MIRÓ ESTE MONTE**». Alude a Nemesio R. Canales.

VALLE DE COABEY. Valle en Jayuya, al pie de los Picachos y El Puntita, los picos más altos del país. En lengua aborígen, Coabey significa tierra de los muertos (véase). Lugar de nacimiento de Nemesio R. Canales, escritor precursor del pensamiento socialista entre los intelectuales puertorriqueños.

VERGÜENZA (*Coleus blumei*). Planta ornamental.

VIEQUES. La mayor de las islas en aguas puertorriqueñas. En ella desembarcó Bolívar en su estudio para la invasión de España.

VILLALBA. Pueblo en las últimas estribaciones de la vertiente sur.

«**VIRGEN DE BORINQUEN**». Precioso cuento de Betances.

YABOA. Nombre de un pájaro.

YABUCOA. Pueblo en la costa oriental de Puerto Rico.

YAGRUMO. Árbol.

YERBALUISA (*Aloysia triphylla*). Planta cuyas hojas se hierven en agua para uso tónico y sedante.

YUCA. Planta de raíz comestible, de la que los aborígenes hacían su pan, el casabe.

Contenido

Prólogo

Juan Antonio Corretjer Montes (1908-1985).

Marisa Rosado / 7

Cronología mínima de Juan Antonio Corretjer.

Marcos Reyes Dávila / 17

Principios poéticos de Juan Antonio Corretjer / 23

Poemas

Pero a pesar de todo... / 29

Agüebana / 30

El cafetal / 31

El ruisenor / 32

Calabozo / 33

Mar Caribe / 34

Alabanza en la torre de Ciales / 34

Distancias / 56

Un recuerdo de Cuba / 60

El Acabe / 65

La Guardarraya / 71

Prólogo de *Yerba bruja* / 75

Yerba bruja / 78

Guanín / 79

El mundo es de otra manera... / 79

Inriri cahuvial / 80

Recreaciones panorámicas / 81

De Ciales soy / 83

Serenata / 85

Ahora me estoy riendo / 86

En la vida todo es ir / 88

Andando de noche sola / 89

El diablo y yo / 91

Ahora me despido / 92

El Leñero. (Poema de la Revolución de Lares) / 94

Yo los encontré despiertos / 98

Guaracha segunda / 99

Día antes / 103

Poema para otro aniversario / 105

Aguinaldo escarlata / 107

En las aguas del Inabón el nombre / 109

Guasa sobre un loco / 111

Leído el soneto «El padre de mi abuelo» de Ramón Fernández Larrea, nacido en 1958, escribo:
2 sonetos / 113

Las rayas y las armas / 114

Ahora estos nombres que regresan... / 117

Farabundo recorre El Salvador / 118

Trova por Vieques / 119

Ensayos

Lloréns: juicio histórico / 123

Aproximación al bohío / 135

Mitología del Grito de Lares / 141
¡A qué embocó ese hombre a este pueblo? / 157

Cuentos

Génesis / 165
La maldición / 168
Jinetes de junio / 170
Para que muriese un revolucionario / 174
Turey / 176

Bibliografía de Juan Antonio Corretjer / 179

Glosario / 189